
MAISIE
SUMMERFIELD
LA VERDAD
QUE
OCULTÓ

Esta edición es una traducción de la siguiente obra, realizada con Kindle Translate, el servicio de traducción de libros basado en inteligencia artificial de Amazon:

Obra original: The Truth She Hid
Autor: Maisie Summerfield
Fecha de publicación original: Enero, 2026

La obra original ha sido traducida íntegramente. Los materiales complementarios, incluyendo prólogos, avisos de derechos de autor, reseñas y agradecimientos, han sido traducidos fielmente y pueden contener referencias específicas a la edición original en inglés.

LA VERDAD QUE ELLA OCULTÓ



MAISIE SUMMERFIELD

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20

Otros libros de Maisie Summerfield

CAPÍTULO 1



La fiebre ardía en Caroline como un incendio descontrolado. Margaret le aplicó un paño fresco en la frente, atenta a la respiración entrecortada que las había mantenido despiertas tres noches seguidas. Al otro lado de la estrecha ventana de su habitación alquilada, la ciudad de Nueva York bullía con su ruido habitual, pero dentro reinaba un silencio desesperado.

—Está empeorando —dijo la Tía Beatrice desde el umbral, con las manos retorcidas de angustia—. El Dr. Morrison dice que la fiebre reumática se le ha asentado en las articulaciones. No estará en condiciones de viajar en semanas. ¡Semanas!

Margaret volvió a sumergir el paño en la palangana, con cuidado de no salpicar agua sobre el telegrama que descansaba doblado en la mesita de noche. El papel amarillo parecía burlarse de todas ellas con su mensaje urgente. Elijah Cade había escrito para confirmar la fecha de llegada de Caroline y los planes de boda. Esperaba a su prometida en diez días.

—¿Qué le diremos? —continuó la Tía Beatrice, con la voz cada vez más aguda por el pánico—. La vergüenza de romper un compromiso. El dinero que ya hemos gastado en el ajuar de Caroline. La reputación de esta familia...

Margaret había escuchado aquel discurso una docena de veces desde que empezó la fiebre. Su tía no podía pensar en nada más

que en la desgracia social y los gastos desperdiciados. Pero Margaret pensaba en otras cosas. Pensaba en el rostro pálido de Caroline contra la almohada, y en cómo su hermana apenas había mirado las cartas de Elijah durante los meses que duró su correspondencia.

—Calla, tía —dijo Margaret con suavidad—. Caroline necesita descansar.

Pero los ojos de Caroline se abrieron, brillantes por la fiebre aunque todavía lúcidos.

—Margaret —susurró con voz ronca—. Ven aquí.

Margaret se inclinó hacia ella y sintió el calor que irradiaba su piel.

—Podrías ir tú —dijo Caroline, tan bajo que Margaret apenas captó las palabras—. Podrías ir en mi lugar. Él nunca me ha visto. No se daría cuenta.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire como humo. Margaret se enderezó y miró a su hermana con asombro.

—Caroline, estás delirando. No sabes lo que dices.

Pero los ojos de Caroline estaban más claros que en días.

—No estoy delirando. Piénsalo, Margaret. Podrías casarte con él. Ir a Wyoming. Tener la vida que él promete —una sonrisa amarga cruzó sus labios agrietados—. Bien sabe Dios que tú la deseas más de lo que yo la deseé nunca.

—No seas ridícula —dijo Margaret, pero le temblaban las manos mientras escurría el paño.

Caroline siempre había sido la hermosa, la encantadora, la que atraía todas las miradas dondequiera que fuese. Margaret era la hermana callada, la que permanecía en segundo plano, siempre dispuesta a ayudar y servir sin pedir nada a cambio. Incluso ahora, postrada y enferma, Caroline era más hermosa de lo que Margaret lo había sido nunca.

Pero al mirar a su hermana, Margaret se dio cuenta de que Caroline tenía razón en una cosa. Ella sí quería la vida que Elijah Cade ofrecía. Había leído cada una de sus cartas, había ayudado a Caroline a redactar las respuestas, había soñado con horizontes abiertos y con un hombre que buscaba una verdadera compañera, no un simple adorno.

—Escribe sobre su hija —dijo Margaret sin poder contenerse—. Lucy. Solo tiene seis años. Necesita una madre.

Caroline cerró los ojos.

—¿Ves? Ya te importan más que a mí —tosió con un sonido áspero que hizo a Margaret estremecerse—. Nunca quise ir a Wyoming. Solo lo guardaba como posibilidad por si no surgía nada mejor. Pero tú... Llevas tiempo imaginándote esa vida, ¿verdad?

Margaret no podía negarlo. Por las noches, cuando Caroline dormía, a veces sacaba las cartas de Elijah y las releía. Había memorizado detalles sobre su rancho, sobre las montañas que se veían desde la ventana de la cocina, sobre sus esperanzas de ampliar el rebaño. Se había imaginado en esa cocina, contemplando aquellas montañas, criando a Lucy.

—Es imposible —dijo Margaret—. Aunque quisiera... que no quiero... estaría mal. Sería deshonesto.

—¿Más deshonesto que casarme con él sin intención de ser una verdadera esposa? —la voz de Caroline destilaba amargura—. Al menos tú intentarías hacerlo feliz.

La Tía Beatrice se había acercado y escuchaba la conversación susurrada con creciente alarma.

—Niñas, ¿de qué estáis hablando? Caroline, tienes fiebre. Necesitas descansar.

Pero Caroline siguió hablando, cada vez más deprisa.

—Las cartas apenas mencionan detalles personales. Él sabe que tengo veinticinco años, que tengo el pelo castaño, que soy de Nueva York. Podrías hacerte pasar por mí fácilmente. Cumples todos los requisitos.

—Tengo el pelo más oscuro que tú —protestó Margaret sin convicción.

—El pelo se oscurece con la edad. Él nunca lo cuestionaría —Caroline forcejeó para incorporarse, con los ojos brillantes de repentina energía—. Piénsalo, Margaret. Piénsalo bien. ¿Qué tienes aquí? ¿Qué futuro?

La pregunta le dolió más de lo que esperaba. ¿Qué tenía? Un trabajo en la sombrerería que apenas daba para comer y pagar el alquiler. Una habitación diminuta que compartía con Caroline en una

pensión que olía a repollo y a fracaso. Los interminables días grises del invierno en la ciudad, la lucha por no pasar frío, por comer lo suficiente, por conservar la dignidad.

—Tengo responsabilidades —dijo Margaret—. Contigo. Con el nombre de nuestra familia.

—¿El nombre de nuestra familia? —Caroline soltó una risa amarga—. Margaret, apenas nos mantenemos a flote. Nuestros padres no nos dejaron más que deudas y expectativas. La Tía Beatrice actúa como si fuéramos damas de sociedad, pero no lo somos. Somos parientes pobres que ya estorbamos.

Aquella verdad dolía porque Margaret la había experimentado en carne propia. Cómo las amigas de su tía las miraban con una mezcla de lástima y desdén. El cuidadoso racionamiento de carbón y velas. Cómo remendaban sus vestidos una y otra vez en lugar de comprar nuevos.

—Además —continuó Caroline—, si vas, puedo decirle a todos que el compromiso se canceló por mi enfermedad. Con el tiempo me recuperaré, encontraré a alguien de aquí con quien casarme. Alguien que quiera una esposa que encaje en esta sociedad. Nos harías un favor a las dos.

La Tía Beatrice se dejó caer en la única silla de la habitación y se abanicó con el pañuelo.

—Esto es una locura. Una locura absoluta. Solo el engaño ya...

Pero incluso mientras protestaba, Margaret vio un destello calculador en los ojos de su tía. Si Caroline se recuperaba y se casaba con alguien de allí, la Tía Beatrice seguiría teniendo a su hermosa sobrina como baza social. Y si Margaret se marchaba a Wyoming, habría una boca menos que alimentar, una dote menos de la que preocuparse.

Margaret se acercó a la ventana y contempló la calle abarrotada. Caía una nevada ligera que se convertía enseguida en aguanieve sobre los adoquines. Intentó imaginar cómo sería Wyoming. Todo lo que sabía provenía de las cartas de Elijah y de las novelas baratas que Caroline leía a veces. Cielos inmensos. Aire puro. Un lugar donde una mujer podía valer por lo que hacía, no por su aspecto ni por su apellido.

—El billete de tren ya está comprado —dijo Caroline en voz baja —. A mi nombre. El vestido para la boda. Todo está listo.

Margaret se volvió hacia la cama.

—¿Y si se da cuenta de que no soy tú? ¿Y si alguien lo descubre?

—¿Cómo van a descubrirlo? No somos famosas. Nadie en Wyoming sabe qué aspecto tiene Caroline Dalton —la voz de Caroline se debilitaba, pero su determinación no había flaqueado—. Además, tú me has ayudado a escribir la mitad de mis cartas. Sabes todo lo que él sabe sobre «Caroline».

Era cierto. Margaret le había sugerido muchas veces qué responder a las preguntas de Elijah sobre sus intereses, sus esperanzas, su fe. Había sido ella quien redactó la aceptación de Caroline a su propuesta.

—Esto está mal —dijo Margaret, pero las palabras sonaron huecas.

—Lo que está mal es que yo me case con un buen hombre al que no amo ni amaré nunca —respondió Caroline—. Lo que está mal es que tú te quedes aquí consumiéndote cuando podrías tener la vida con la que has soñado.

Margaret miró el telegrama sobre la mesita de noche. En diez días, Caroline Dalton debía bajar de un tren en Wyoming y casarse con Elijah Cade. En diez días, se convertiría en la esposa de un ranchero, en la madre de una niña que había perdido a su propia madre siendo muy pequeña.

Diez días.

—No podría —susurró Margaret.

Pero incluso mientras lo decía, ya estaba pensando en cómo podría funcionar. Caroline tenía razón en una cosa. Elijah sabía muy poco sobre su futura esposa. Su correspondencia había sido correcta, formal, centrada en asuntos prácticos. Sabía que tenía estudios, que sabía leer y escribir, que estaba dispuesta a trabajar duro. Sabía que era hija de una viuda que buscaba empezar de nuevo.

Todo eso también se aplicaba a Margaret.

—Podrías —dijo Caroline, leyéndole la expresión—. Deberías. Por las dos.

Esa noche, cuando Caroline por fin se durmió y la tía Beatrice se fue a su habitación, Margaret se sentó sola junto al fuego moribundo. Sacó el fajo de cartas de Elijah, atadas con una cinta azul descolorida. Las había leído tantas veces que podía recitar pasajes de memoria.

«Espero encontrar una esposa que sea una verdadera compañera», había escrito en su tercera carta. «Alguien que pueda ayudar a construir algo duradero. Lucy necesita orientación y amor. El rancho necesita una mano femenina. Pero más que eso, necesito a alguien que pueda compartir las cargas y las alegrías de esta vida».

Una verdadera compañera. Margaret nunca había sido la verdadera compañera de nadie. Siempre había sido la hermana servicial, la que facilitaba las cosas a los demás pero nunca pedía nada a cambio.

Abrió su carta más reciente, la que había llegado con el telegrama.

«He preparado una habitación para ti que da al valle. Por las mañanas, puedes ver ciervos pastando cerca del arroyo. Lucy pregunta todos los días cuándo llegará su nueva madre. Espero tu llegada con más ilusión de la que quizás debería admitir. La soledad de este lugar se hace más patente a medida que se acerca el día en que podría acabar por fin».

La soledad de este lugar. Margaret entendía la soledad. Se había sentido sola toda su vida, incluso rodeada de gente. Especialmente rodeada de gente que solo la veía como la hermana callada de Caroline.

Volvió a doblar la carta con cuidado. Por la mañana, ayudaría a Caroline a escribir una respuesta explicando el retraso por la enfermedad. Pospondrían la boda, pedirían comprensión y confiarían en que Elijah tuviera paciencia.

O…

Margaret miró hacia el baúl en la esquina, donde el vestido de viaje de Caroline colgaba listo. El billete de tren estaba sobre el tocador, con el nombre de Caroline escrito con letra esmerada.

O podría hacer algo que la aterrorizaba y emocionaba a partes iguales.

Podría ocupar el lugar de Caroline. Podría convertirse en la mujer que entrara en esa habitación con vistas al valle, que diera la bienvenida a la niña que preguntaba por su nueva madre, que ayudara a aliviar la soledad de un buen hombre.

Estaría mal. Sería deshonesto. Un engaño que podría destruir vidas si se descubría.

Pero también sería una oportunidad de ser feliz. Una oportunidad de ser necesaria, deseada, valorada por sí misma en lugar de quedar siempre a la sombra de alguien más hermosa.

Margaret se quedó allí sentada hasta que el fuego se apagó del todo, pensando en trenes y montañas y una niña llamada Lucy. Pensó en cielos amplios y aire puro y un hombre que escribía sobre compañerismo en lugar de conquista.

Cuando por fin se fue a la cama, el billete de tren de Caroline ya no estaba sobre el tocador.

Estaba guardado a buen recaudo en el bolso de mano de Margaret, junto con la última carta de Caroline a Elijah y la pequeña fotografía que la presentaría a su nuevo marido.

Al amanecer, mientras Caroline dormía profundamente por primera vez en días y la tía Beatrice roncaba en la habitación contigua, Margaret se vistió en silencio con su vestido de viaje más sencillo. Metió sus escasas pertenencias en el bolso de viaje de Caroline, dejando atrás solo una nota en la que explicaba que había ido a buscar al médico.

Para cuando descubrieran la verdad, ella estaría a medio camino de Wyoming.

Para cuando pudieran detenerla, sería Caroline Cade.

Se detuvo en la puerta, mirando a su hermana dormida. La fiebre de Caroline había cedido durante la noche, y parecía en paz por primera vez en días. Hermosa incluso enferma, con el cabello dorado extendido sobre la almohada como un halo.

—Adiós, Caroline —susurró Margaret—. Gracias por la oportunidad.

Luego cogió el bolso de viaje y caminó hacia su nueva vida, con el corazón latiéndole de terror y esperanza y la necesidad desesperada de convertirse en otra persona. Alguien que importara.

Alguien que fuera deseada.

El tren a Wyoming saldría en dos horas. Caroline Dalton estaría en él.

Aunque Caroline Dalton tuviera un notable parecido con Margaret.

CAPÍTULO 2



El silbido agudo del tren rasgó el aire matutino mientras Margaret se acomodaba en su asiento, con el billete de Caroline tan apretado entre sus manos enguantadas que el papel había empezado a arrugarse. La culpa le pesaba en el pecho, una carga que parecía crecer con cada milla que la alejaba de Nueva York.

Apoyó el rostro contra la ventana, viendo cómo la ciudad se desvanecía en pueblos más pequeños, luego en tierras de cultivo, y después en parajes salvajes que jamás había imaginado. Cada giro de las ruedas la alejaba de la vida que conocía y la acercaba a la mentira que estaba a punto de vivir.

¿Qué había hecho?

Margaret rebuscó en su bolso las cartas de Elijah y las extendió con cuidado sobre su regazo. Necesitaba memorizar cada detalle, cada palabra que Caroline podría haber escrito, cada respuesta que podría haber dado. El engaño tenía que ser perfecto, o destruiría más vidas además de la suya.

—Tengo trescientas acres junto a Willow Creek —leyó en su segunda carta—. La casa tiene cuatro habitaciones y una buena chimenea de piedra. Lucy tiene su propio cuarto, pequeño, con una ventana orientada al sol de la mañana.

Margaret cerró los ojos e intentó imaginarlo. La habitación de una niña pequeña con la luz del sol filtrándose por cristales limpios. Una cocina con un hogar de piedra donde podría preparar comidas para una familia, y no calentar sopa aguada sobre una estufa de carbón. Amplios espacios abiertos donde una niña pudiera correr y jugar, y no estrechas calles urbanas llenas de peligros.

—¿Viaja lejos, querida?

Margaret se sobresaltó y alzó la vista para encontrar a una anciana que se acomodaba en el asiento de enfrente. La mujer iba pulcramente vestida con lana marrón práctica, y tenía ojos amables tras unas gafas de alambre.

—Sí —logró decir Margaret—. Al Territorio de Wyoming.

—¡Qué emocionante! Soy la señora Patterson, y este es mi esposo, Harold —señaló al anciano sentado a su lado, que se tocó el ala del sombrero cortésmente—. Vamos a Denver a visitar a nuestro hijo. Es la primera vez en el oeste para los dos.

—Soy Caroline —dijo Margaret; el nombre falso le resultaba extraño en la lengua—. Caroline Dalton.

—¿Y qué la lleva tan lejos al oeste, señorita Dalton?

El corazón de Margaret se aceleró. Era su primera prueba, la primera vez que tendría que mentirle a un desconocido mirándolo a los ojos.

—Voy a casarme —dijo, sorprendida de lo firme que le salía la voz—. Con un ranchero.

El rostro de la señora Patterson se iluminó de alegría.

—¡Qué romántico! Una boda en la frontera. Háblame de su prometido.

Margaret sintió que el calor le subía a las mejillas. Bajó la vista hacia las cartas en su regazo y eligió las palabras con cuidado.

—Se llama Elijah Cade. Tiene un rancho cerca de un pueblo llamado Prosperity. Tiene una hija, Lucy. De seis años.

—¿Viudo, entonces? —la voz de la señora Patterson destilaba una suave compasión—. Debe de ser difícil para la niña. Qué bendición tener una nueva madre.

Las palabras impactaron a Margaret como un golpe físico. Una nueva madre. Eso sería para Lucy si el engaño tenía éxito. Se

convertiría en madre de una niña que ya había perdido a una mujer en su vida.

—Sí —susurró Margaret—. Espero poder ser lo que ella necesita.

—Estoy segura de que lo será, querida. La maternidad surge de forma natural en las mujeres de buen corazón, y veo bondad en sus ojos.

Margaret volvió a mirar por la ventana, parpadeando para contener las lágrimas repentinas. Si la señora Patterson supiera la verdad. Si supiera que esa Caroline estaba construida sobre mentiras, que hasta el nombre era robado.

El tren se balanceaba suavemente mientras ganaba velocidad y las llevaba a través de las tierras de cultivo de Pensilvania. Margaret observó a una mujer que tendía ropa en el patio de una granja, con movimientos eficientes y decididos. Unos niños jugaban en la tierra cerca de la casa mientras un hombre trabajaba en un campo cercano. Todo se veía pacífico. Real. Rural. Nada que ver con la desesperada lucha por la supervivencia que había sido la vida de Margaret en Nueva York.

—¿Lo conoce desde hace mucho? —preguntó el señor Patterson, que hablaba por primera vez. Tenía la voz áspera pero cálida.

—Llevamos varios meses escribiéndonos —respondió Margaret, lo que era bastante cierto. Ella había ayudado a Caroline a escribir la mitad de las cartas.

—Los noviazgos por correspondencia pueden ser complicados —dijo la señora Patterson con una sonrisa cómplice—. La gente puede mostrarse muy distinta sobre el papel de como es en persona.

A Margaret se le encogió el estómago. Si la mujer supiera cuánta razón tenía.

A medida que avanzaba el día y el tren las llevaba más al oeste, Margaret se sorprendió recordando una tarde de verano de su infancia. Debía de tener ocho o nueve años, y Caroline once o doce. Sus padres las habían llevado a una merienda campestre de la iglesia, uno de los pocos eventos sociales a los que asistían como familia.

Margaret aún podía verlo con claridad. Caroline con un vestido rosa de cintas blancas, su cabello dorado reluciendo bajo el sol.

Había sido el centro de atención desde el momento en que llegaron, rodeada de otros niños que querían jugar con ella y de adultos que se deshacían en elogios sobre su belleza.

Margaret había llevado un vestido marrón sencillo, remendado en los codos. Había intentado unirse al círculo de admiradores de Caroline, pero no había sitio para ella. Cada vez que daba un paso adelante, alguien se interponía. Cada vez que intentaba hablar, la voz de Caroline sonaba más alta y cautivadora.

Al final, Margaret se había rendido y se había ido a sentarse bajo un árbol con un libro. Se había dicho que prefería leer a los juegos tontos, de todos modos. Pero había observado a Caroline por el rabillo del ojo, había visto con qué facilidad su hermana atraía a la gente, con qué naturalidad se convertía en el centro radiante de cualquier reunión.

Esa noche, Caroline había parloteado emocionada sobre todos los cumplidos que había recibido, todos los amigos nuevos que había hecho. No parecía haberse dado cuenta de que Margaret había pasado la tarde sola.

Siempre había sido así. Caroline brillaba mientras Margaret se desvanecía en el fondo. Caroline recibía la atención, los elogios, las oportunidades. Margaret recibía las sobras, si acaso.

Pero ahora, por primera vez en su vida, Margaret estaba tomando algo destinado a Caroline. Algo precioso, importante, que le cambiaría la vida.

La culpa le revolvía el estómago.

Al caer la tarde, Margaret sacó una hoja de papel de carta y comenzó a escribir una carta que sabía que nunca enviaría.

—Querida Caroline —escribió; la mano le temblaba ligeramente con el movimiento del tren—. Para cuando leas esto, estaré en el Territorio de Wyoming, casada con tu Elijah Cade. Sé que te enfadarás cuando descubras lo que he hecho. Tienes todo el derecho.

Hizo una pausa y miró el paisaje que se oscurecía. ¿Cómo podría explicar el anhelo que la había empujado a aquel acto desesperado? ¿Cómo podría hacer que Caroline entendiera lo que era sentirse invisible, no deseada, ignorada año tras año?

—He vivido toda mi vida a tu sombra —continuó escribiendo—. Siempre la hermana callada, la servicial, la que facilitaba las cosas a los demás pero nunca pedía nada a cambio. Te he visto recibir cada oportunidad, cada gesto de cariño, cada ocasión de ser feliz, mientras yo no he recibido más que alguna palmadita en la cabeza por ser útil.

Las palabras fluían más rápido ahora; veintidós años de rencor enterrado se derramaban sobre la página.

—Sé que esto está mal. Sé que es egoísta, deshonesto y cruel. Pero por una vez en mi vida, quiero ser yo la que importa. Quiero ser yo la elegida, la deseada, la amada. Quiero dejar de ser la sombra y convertirme en la luz.

Escribió sobre sus sueños del rancho, de la pequeña Lucy, de un hombre que había escrito sobre compañerismo y cargas compartidas. Escribió sobre su miedo a que descubrieran el engaño, sobre su terror a ser demasiado corriente y del montón para conservar el amor de alguien una vez que la conocieran de verdad.

—Tengo miedo, Caroline. Más miedo del que he tenido en toda mi vida. Pero también me siento viva como nunca antes. Con cada kilómetro que este tren me lleva hacia el oeste, me siento menos como Margaret la sombra y más como alguien que de verdad podría importarle a alguien.

Cuando terminó la carta, Margaret la dobló con cuidado y la guardó en su retículo. Nunca la enviaría, pero escribirla la había ayudado de algún modo. Había dado voz a sentimientos que nunca se había atrevido a pronunciar.

El tren empezó a aminorar la marcha al acercarse a una estación. Margaret contempló el pequeño pueblo que desfilaba junto a las ventanas: los edificios de madera, la amplia calle principal, el vasto cielo sobre ellos. Así era el Oeste. Este era el mundo en el que estaba entrando.

Un mundo donde nadie la conocía como la hermana callada de Caroline. Un mundo donde podía ser quien quisiera.

El revisor recorrió el vagón anunciando la siguiente estación.

—¡Prosperity, Territorio de Wyoming! ¡Próxima parada, Prosperity!

El corazón de Margaret se aceleró. Mañana. Mañana se bajaría de este tren y conocería al hombre que esperaba casarse con Caroline Dalton. Mañana lo miraría a los ojos y pronunciaría las primeras palabras de una mentira que definiría el resto de su vida.

Recogió las cartas de Elijah, las dobló con cuidado y las guardó de nuevo en su retículo. Luego se llevó la mano al cabello, súbitamente consciente de su color más oscuro, de su estilo sencillo. ¿Notaría él la diferencia entre ella y la fotografía que Caroline había enviado? ¿Vería de inmediato que no era la mujer que esperaba?

El silbato del tren sonó de nuevo, un sonido solitario que parecía reflejar la soledad que Margaret había cargado durante tantos años. Pero mañana, si no le fallaba el valor, esa soledad podría terminar por fin.

Mañana se convertiría en Caroline Cade.

El pensamiento la aterrorizaba y emocionaba a partes iguales. Mientras el tren se alejaba de la estación y continuaba hacia el oeste a través de la oscuridad, Margaret apoyó la palma en la ventana fría y susurró las palabras que le diría a su nuevo esposo en menos de veinticuatro horas.

—Hola, señor Cade. Soy Caroline. Su prometida.

Las palabras le sonaban extrañas, pero eran la llave de todo lo que siempre había deseado. Un hogar. Una familia. Un lugar donde importara.

Las haría realidad, costara lo que costara.

Aunque le costara el alma.

Al otro lado de la ventana, las estrellas fueron apareciendo una a una en el vasto cielo del oeste, cada punto de luz una promesa de la nueva vida que la aguardaba en el Territorio de Wyoming. Margaret las contempló hasta que los párpados le pesaron, y entonces se acomodó en su asiento y dejó que el traqueteo de los rieles la llevara hacia su destino.

Por la mañana, se bajaría de este tren como Caroline Dalton, lista para casarse con un hombre que jamás había visto su rostro, jamás había oído su voz, jamás había conocido su verdadero nombre.

Por la mañana, comenzaría su nueva vida.

Pero esa noche, durante aquellas últimas horas preciosas, seguía siendo Margaret. Seguía siendo la hermana sombra, la mujer a la que nadie había elegido jamás.

Mañana, eso cambiaría para siempre.

CAPÍTULO 3



Las ruedas del tren chirriaron contra el hierro mientras la locomotora se detenía. Margaret pegó el rostro a la ventana, con el corazón latiéndole tan fuerte que estaba segura de que los demás pasajeros podían oírlo. A través del cristal polvoriento, vio una pequeña estación de madera con «Prosperity, Territorio de Wyoming» pintado en letras descoloridas sobre la puerta.

Era el momento. El instante en que su engaño triunfaría o la destruiría por completo.

El vapor silbó desde la máquina mientras Margaret reunía valor y recogía su bolsa de viaje. Le temblaban las manos al alisarse el vestido y comprobar que el cabello seguía bien recogido. No se parecía en nada a la belleza dorada que habría sido Caroline, pero ya era demasiado tarde para cambiar eso.

—Buena suerte, querida —dijo la señora Patterson con calidez mientras Margaret se ponía de pie para marcharse—. Seguro que su pretendiente la espera con impaciencia.

«Si tan solo lo supiera», pensó Margaret. Logró esbozar una débil sonrisa y se dirigió por el estrecho pasillo.

El conductor la ayudó a bajar los empinados escalones, y de repente se encontró de pie en la plataforma de madera con la bolsa a sus pies, rodeada por la inmensidad del Territorio de Wyoming. El

aire olía distinto allí. Limpio y penetrante, con toques de pino y algo salvaje que no lograba identificar.

Y allí, apoyado contra un poste cerca de la puerta de la estación, estaba el hombre que tenía que ser Elijah Cade.

Margaret lo reconoció de inmediato por las descripciones de las cartas, aunque las palabras no le habían hecho justicia. Era más alto de lo que había imaginado, con hombros anchos que hablaban de años de trabajo duro. El cabello negro le asomaba ligeramente despeinado bajo el sombrero, y cuando levantó la vista y la vio, sus ojos eran de ese gris azulado exacto que él había descrito en una de sus cartas. Ojos penetrantes que parecían atravesarla.

Se enderezó al verla, y su mirada recorrió la figura de Margaret con una intensidad que la hizo querer esconderse. Durante un largo momento, simplemente se miraron a través de la plataforma. A Margaret se le secó la boca. ¿Podía darse cuenta ya de que ella no era Caroline? ¿Estaba el engaño escrito tan claramente en su rostro?

Entonces él echó a andar hacia ella con pasos deliberados y medidos. Se movía con una ligera cojera, advirtió Margaret, probablemente por el accidente de equitación que había mencionado en una de sus cartas.

—Señorita Dalton —dijo cuando la alcanzó. Su voz era más profunda de lo que ella había esperado, enronquecida por el viento y años de vocear órdenes a campo abierto.

—Señor Cade —logró decir ella, con la voz apenas por encima de un susurro.

Él se tocó el ala del sombrero en un gesto que podría haber sido cortés, pero su expresión permaneció seria. Sin sonrisa. Sin calidez. Solo aquellos ojos penetrantes que la estudiaban con una intensidad que la hacía sentirse como un espécimen bajo el cristal.

—Es más menuda de lo que esperaba —dijo tras un momento.

A Margaret se le cayó el alma a los pies. ¿Estaba decepcionado? ¿Se habría descrito Caroline como más alta?

—Yo... el viaje fue largo. Quizás eso me hace parecer...

—No importa —dijo él, cortando su torpe explicación—. Llegó a salvo. Eso es lo que cuenta.

Se agachó para recoger la bolsa, y Margaret reparó en la fuerza de sus manos, la piel curtida que delataba años de trabajo al aire libre. Todo en él transmitía capacidad y experiencia ganada con esfuerzo. Se sintió muy joven y muy tonta allí plantada con su ropa de ciudad.

—El pastor nos está esperando —dijo Elijah, enderezándose con la bolsa en la mano—. Si está lista.

Margaret parpadeó.

—¿Ahora? ¿Hoy?

Algo centelleó en sus ojos. Sorpresa, tal vez, o decepción.

—Ese era el acuerdo. A menos que haya cambiado de opinión.

Percibió la cautela en su voz, la cuidadosa distancia. Era un hombre al que habían herido antes, comprendió. Un hombre que esperaba que la gente lo decepcionara.

—No —dijo ella rápidamente—. No he cambiado de opinión. Es solo que... Ha sido un viaje muy largo.

Él asintió con brusquedad.

—La iglesia está justo al final de la calle. Podemos celebrar la ceremonia y luego ir al rancho. Lucy está deseando conocerla.

Lucy. La hija de seis años que pasaría a ser suya en cuestión de horas. A Margaret se le encogió el corazón con una mezcla de miedo y anhelo. ¿Y si la niña la odiaba? ¿Y si era capaz de descubrir el engaño igual que podría hacerlo su padre?

Caminaron por el pequeño pueblo en silencio. Margaret intentó asimilar el entorno: la amplia calle de tierra, los edificios de madera con sus fachadas falsas, las montañas que se alzaban a lo lejos como guardianes púrpuras. No se parecía en nada a Nueva York, con sus calles abarrotadas y sus edificios imponentes. Aquí, el cielo parecía extenderse hasta el infinito, vasto, azul, abrumador.

La iglesia era un sencillo edificio de madera con un modesto campanario y ventanas de vidrio simple. El reverendo Matthews los estaba esperando, un hombre de rostro amable con cabello canoso y ojos bondadosos. Su esposa, una mujer regordeta con harina en el delantal, hizo de testigo.

—Bienvenida a Prosperity, señorita Dalton —dijo el reverendo Matthews con calidez—. Confío en que el viaje haya ido bien.

—Sí, gracias —respondió Margaret, aunque su propia voz le sonaba extraña.

La ceremonia fue breve y práctica. Margaret se descubrió repitiendo palabras que parecían salir de la boca de otra persona, prometiendo amar y honrar a un hombre al que había conocido diez minutos antes. Las respuestas de Elijah fueron igual de mecánicas, con voz firme pero carente de emoción.

Cuando el reverendo Matthews los declaró marido y mujer, Elijah no la besó. Simplemente asintió y estrechó la mano del pastor, y luego se volvió hacia Margaret con la misma expresión seria que había mantenido durante toda la ceremonia.

—Señora Cade —dijo, y el nombre la sacudió como una descarga eléctrica. Era la señora Cade ahora. Caroline Cade, esposa de un hombre que creía conocerla pero que no sabía absolutamente nada.

Firmaron el certificado de matrimonio. A Margaret le temblaba la mano mientras escribía «Caroline Dalton Cade» con letra cuidadosa. La mentira era oficial, registrada en tinta y refrendada ante la ley.

Fuera de la iglesia, Elijah la ayudó a subir a un carro cargado de provisiones. Subió a su lado y tomó las riendas sin ceremonias, con movimientos eficientes y practicados.

—El rancho no está lejos —dijo mientras se alejaban de la iglesia —. El camino puede ser accidentado.

Margaret asintió, sin fiarse de su propia voz. Ahora que la ceremonia había terminado, todo el peso de lo que había hecho se le asentaba sobre los hombros como una manta de plomo. Estaba casada con un desconocido. Había pronunciado sus votos bajo un nombre falso. Vivía una mentira que tendría que mantener el resto de su vida.

Viajaron en silencio a través del campo ondulado. Margaret intentó concentrarse en el paisaje, las interminables praderas salpicadas de ganado, las montañas que crecían a medida que avanzaban. Pero era plenamente consciente del hombre a su lado, de cómo sostenía las riendas con soltura, de la línea de su mandíbula bajo el ala del sombrero.

Se había descrito a sí mismo en sus cartas como un simple ranchero, pero no había nada simple en Elijah Cade. Irradiaba una

fuerza tranquila, una intensidad controlada que le hacía pensar en un lobo observando desde las sombras. Se preguntó qué estaría pensando mientras los llevaba hacia su nueva vida juntos.

—El rancho tiene ciento veinte hectáreas —dijo de repente, rompiendo el silencio—. Buena agua, pastizales decentes. La casa es sencilla pero sólida.

Margaret asintió.

—Suena maravilloso.

Él la miró de reojo.

—La vida en la ciudad debe de haber sido muy distinta.

—Sí —coincidió ella—. Muy distinta.

—Lucy está muy ilusionada con tu llegada —continuó él—. Nunca ha tenido madre. La suya murió cuando apenas tenía dos años.

Las palabras le atravesaron el pecho. Otra pérdida, otra herida en la vida de aquel hombre.

—Haré todo lo posible con ella —dijo en voz baja.

—Es una buena niña. Callada, como su padre. No confía fácilmente, pero es ecuánime cuando decide que alguien merece su confianza.

Margaret percibió la advertencia en sus palabras. Aquella niña, igual que su padre, la juzgaría y no daría la talla si resultaba ser falsa. La ironía era amarga. Toda su presencia allí estaba construida sobre una mentira.

El paisaje se extendía hasta el infinito en todas direcciones, vasto y abierto bajo un cielo más grande que cualquier cosa que Margaret hubiera visto jamás. En Nueva York, el cielo había sido una franja estrecha entre edificios altos. Aquí, parecía no tener fin, y eso la hacía sentirse muy pequeña y muy sola.

—Es hermoso —dijo, y lo decía de corazón a pesar de sus temores.

Elijah siguió su mirada hacia las montañas.

—Hermoso, sí. Pero duro. Esta tierra no perdona errores ni debilidades. Hay que ser fuerte para sobrevivir aquí.

¿La estaba advirtiendo? ¿Poniéndola a prueba? Margaret irguió la espalda.

—Soy más fuerte de lo que parezco.

Por primera vez desde que se habían conocido, algo parecido a la aprobación brilló en los ojos de él.

—Ya veremos.

Cuando coronaron una pequeña colina, un grupo de edificios apareció ante ellos. Una casa, un granero, varios cobertizos, todos dispuestos alrededor de un patio donde las gallinas picoteaban la tierra. El humo se elevaba de la chimenea, y Margaret distinguía cortinas en las ventanas.

—Ahí está —dijo Elijah—. El hogar.

La palabra quedó suspendida entre ellos, cargada de posibilidad e incertidumbre. Margaret contempló el rancho que se extendía a sus pies e intentó imaginarse viviendo allí, cocinando en aquella cocina, durmiendo en una de aquellas habitaciones. Parecía pacífico y acogedor, pero también aislado. No había vecinos a la vista.

Cuando se acercaron a la casa, una pequeña figura apareció en el umbral. Lucy. Incluso desde lejos, Margaret distinguía el cabello castaño rojizo de la niña, que brillaba bajo el sol de la tarde, su menuda silueta recortada contra el oscuro umbral.

La niña esperó mientras se detenían frente a la casa. Sus ojos grises, tan parecidos a los de su padre, estudiaban a Margaret con solemne curiosidad. Era más bonita de lo que Margaret había esperado, con rasgos delicados y un aire de seria inteligencia que la hacía parecer mayor de sus seis años.

—Lucy —dijo Elijah mientras bajaba del carro—. Ven a conocer a tu nueva madre.

La niña se acercó lentamente, sin apartar los ojos del rostro de Margaret. Margaret bajó del carro y se arrodilló a la altura de Lucy, con el corazón desbocado.

—Hola, Lucy —dijo en voz baja—. Me alegro mucho de conocerte.

Lucy la miró fijamente durante un largo momento.

—Eres diferente de lo que pensaba —dijo al fin.

A Margaret se le heló la sangre.

—¿Diferente cómo?

—Más pequeña. Y tu voz es más suave —Lucy ladeó la cabeza, pensativa—. Pero tienes ojos amables. Papá dijo que los tendrías.

El alivio inundó a Margaret con tal fuerza que le flaquearon las rodillas. La niña había notado diferencias, pero las había atribuido a variación natural, no a un engaño.

—Espero que seamos buenas amigas —dijo Margaret.

Lucy asintió con solemnidad.

—Yo también lo espero.

Elijah descargó el baúl de Margaret del carro mientras ella y Lucy se observaban. Había algo casi ritual en aquel momento, como si se estuvieran midiendo la una a la otra.

—Te mostraré tu habitación —dijo Elijah tras dejar el baúl en el porche—. Querrás descansar antes de la cena.

Margaret lo siguió al interior de la casa y reparó en los muebles limpios pero escasos, en los toques femeninos que sugerían que una mujer había vivido allí tiempo atrás. La cocina era más grande de lo que había esperado, con una buena estufa y ventanas que daban al valle.

Elijah la condujo por un pasillo corto hasta un dormitorio en la parte trasera de la casa. Estaba amueblado con sencillez: una cama individual, una cómoda y un lavabo. Una colcha cubría la cama y unas cortinas colgaban de la única ventana.

—Esta será tu habitación —dijo mientras dejaba el baúl a los pies de la cama—. La habitación de Lucy está al lado. La mía, al otro lado del pasillo.

Habitaciones separadas. Margaret sintió una mezcla confusa de alivio y decepción. Sabía que aquel sería un matrimonio de conveniencia, pero la distancia física era un recordatorio más de lo desconocida que era para aquel hombre.

—Gracias —dijo.

Elijah se quedó un momento en el umbral, con expresión inescrutable.

—La cena es a las seis. Lucy suele ayudar en la cocina, pero hoy estaba demasiado nerviosa para concentrarse.

—Sé cocinar —dijo Margaret con presteza—. Me gustaría ayudar.

Él asintió.

—Hablaremos más por la mañana. Sobre expectativas, responsabilidades. Lo que este arreglo necesita para funcionar.

Arreglo. No matrimonio. No unión. Arreglo. La palabra dolió más de lo que debería.

—Por supuesto —dijo Margaret.

Él se dio la vuelta para marcharse, pero se detuvo.

—¿Caroline?

El nombre falso en sus labios le revolvió el estómago a Margaret.

—¿Sí?

—Bienvenida a casa.

Y se fue, dejándola sola en la pequeña habitación que sería suya. Margaret se dejó caer en la cama; las piernas ya no la sostenían.

Lo había logrado. Ahora era Caroline Cade, casada con un hombre que no sonreía, madrastra de una niña que ya había perdido demasiado. El engaño había funcionado, pero allí sentada en aquella habitación sencilla, con el viento de Wyoming silbando al otro lado de la ventana, Margaret nunca se había sentido más sola.

A través de las delgadas paredes, oía a Lucy preguntarle a su padre por la nueva mujer de la casa. También oía la voz más grave de Elijah respondiendo, aunque no lograba distinguir las palabras.

Esta era ahora su familia. Aquellos desconocidos que creían conocerla, pero que no sabían nada de ella.

Margaret deshizo su escaso equipaje: colgó el vestido de viaje de Caroline en el estrecho armario y dejó el cepillo y el espejo sobre la cómoda. Cuando todo estuvo en su sitio, se sentó en la cama y se quedó mirando las manos.

Era Caroline Cade. Tenía que recordarlo. Caroline, la que había sido lo bastante valiente para cruzar el país y casarse con un desconocido. Caroline, capaz de lidiar con la vida del rancho y la maternidad, y con aquel cielo infinito que parecía aplastar la casa con su peso.

Al otro lado de la ventana, el sol comenzaba a ponerse y teñía las montañas de púrpura y oro. Era hermoso, pero también ajeno, tan distinto de su vida anterior como lo habría sido la luna.

Mañana empezaría a aprender a ser la esposa y la madre que esta familia necesitaba. Esa noche, simplemente intentaría recordar quién debía fingir ser.

La risa de Lucy llegó flotando por el pasillo y, a pesar del miedo, Margaret sonrió. Quizás, si tenía mucho cuidado y mucha suerte, podría salir adelante.

Quizás podría llegar a ser la mujer con la que Elijah Cade se había casado, aunque esa mujer jamás hubiera existido.

CAPÍTULO 4



Margaret despertó oyendo voces en la cocina y oliendo el café recién hecho. Por un momento, no recordó dónde estaba. La cama estrecha, la colcha sencilla, la ventana que daba a montañas en vez de edificios. Entonces todo le volvió de golpe. Wyoming. El matrimonio. El nombre que no era el suyo.

Ahora era Caroline Cade. Esposa de un hombre que apenas hablaba, madrastra de una niña que necesitaba que fuera alguien en quien no estaba segura de poder convertirse.

Margaret se vistió deprisa con un sencillo vestido marrón y se recogió el pelo en un moño pulcro. A través de las finas paredes, oía a Lucy preguntar cosas y las respuestas más graves de Elijah. Sonaban a gusto juntos, padre e hija. Margaret se preguntó si alguna vez habría sitio para ella en aquella complicidad.

Cuando entró en la cocina, Lucy ya estaba sentada a la mesa de madera, con las manitas rodeando una taza de leche. Llevaba un sencillo vestido azul cuidadosamente remendado en los codos, y el pelo castaño rojizo recogido en dos trenzas bien hechas. Alzó la vista cuando apareció Margaret, y sus ojos grises estudiaron a la nueva mujer de la casa con una mezcla de cautela y esperanza.

—Buenos días —dijo Margaret con suavidad.

—Buenos días —respondió Lucy, con voz educada pero cautelosa.

Elijah estaba junto a la estufa, vertiendo café en una taza de hojalata. Llevaba ropa de trabajo, pantalones recios y una camisa que había conocido tiempos mejores. Tenía el pelo negro húmedo de lavarse, y se había afeitado, advirtió Margaret. La miró al entrar, pero no dijo nada.

—Espero no llegar tarde —dijo Margaret, sin conocer aún la rutina de la casa.

—Lucy madruga —dijo Elijah, tendiéndole la taza de café—. El desayuno suele ser sencillo. Panecillos, huevos cuando las gallinas cooperan, beicon cuando hay.

Margaret asintió y rodeó la taza caliente con las manos. El café era fuerte y amargo, nada que ver con el aguachirle al que estaba acostumbrada en Nueva York. —¿Qué quiere que haga?

Elijah la miró un buen rato, como si la pregunta lo hubiera pillado desprevenido. —Lo que haga falta —dijo al fin—. Esta es tu casa ahora.

Las palabras deberían haber sonado acogedoras, pero su tono era neutro, práctico. Tu casa. No nuestra casa. Margaret sintió la diferencia como un viento frío.

—Prepararé el desayuno entonces —dijo ella.

Elijah asintió y cogió el sombrero de una percha junto a la puerta. —Voy a revisar el ganado en la pradera norte. Volveré a mediodía —hizo una pausa y miró de Margaret a Lucy—. Lucy conoce bien la casa. Puede enseñarte dónde está todo.

Y se marchó, dejando a Margaret a solas con la niña que se convertiría en su hija si conseguía no echarlo todo a perder.

Lucy siguió en la mesa, observando a Margaret con aquellos ojos grises y serios. —Papá suele hacer los panecillos —dijo—. Pero no le salen muy bien.

Margaret sonrió a pesar de los nervios. —¿Quieres ayudarme a hacerlos?

Lucy asintió y se bajó de la silla. —Sé dónde guardaba mamá la harina.

La palabra impactó a Margaret como un puñetazo. Mamá. La niña aún pensaba en su verdadera madre en presente, como si

simplemente estuviera en otro sitio en vez de haberse ido para siempre.

Lucy la llevó hasta un armario alto y señaló un bote en el estante de arriba. Margaret lo cogió con movimientos lentos y cuidadosos. Había hecho panecillos antes, pero pocas veces. En Nueva York, el pan venía de la panadería cuando podían permitírselo, y cuando no, se apañaban con lo más barato.

—Mamá me dejaba medir la harina —dijo Lucy, sin perder de vista cada movimiento de Margaret.

—Entonces hoy también deberías medirla tú —respondió Margaret, aunque la voz le tembló un poco al pensar que una niña de menos de dos años difícilmente habría podido hacer aquello.

Mientras trabajaban juntas, Margaret se descubrió observando la cocina con más atención. Estaba limpia pero austera, sin ninguno de esos toques femeninos que la habrían hecho más acogedora. Los platos eran de hojalata corriente y loza gruesa. Las cortinas de las ventanas eran de percal descolorido que había conocido tiempos mejores. Todo en ella hablaba de lo práctico antes que de lo bello, de supervivencia antes que de comodidad.

Pero también había señales de esmero. La mesa de madera estaba fregada hasta quedar limpia y suave. El suelo había sido barrido. Alguien se había tomado la molestia de colocar flores silvestres en un tarro de cristal en el alféizar.

—¿Las flores las cogiste tú? —le preguntó Margaret a Lucy.

La niña asintió. —Ayer. Para ti. Papá dijo que venías y yo quería que todo estuviera bonito.

Aquel gesto tan sencillo le hizo un nudo en la garganta a Margaret. Aquella niña había cogido flores para una mujer a la que no conocía de nada, con la esperanza de que se sintiera bienvenida.

—Son preciosas —dijo Margaret—. Gracias.

Lucy sonrió, y fue la primera sonrisa de verdad que Margaret le había visto. Le transformó la carita seria y la hizo parecer más pequeña y despreocupada.

Margaret mezcló la masa de los panecillos, intentando recordar las instrucciones que su madre le había dado años atrás. Pero las proporciones no le cuadraban, y cuando intentó encender la cocina,

el fuego no prendía bien. El humo inundó la estancia y las hizo toser a las dos.

—Hay que abrir el tiro —dijo Lucy, servicial, señalando una palanca en el tubo de la cocina.

Margaret lo ajustó y el humo empezó a disiparse, pero no sin antes haberse manchado de ceniza las mejillas y la pechera del vestido. Cuando por fin consiguió que el fuego ardiera bien y metió los panecillos en el horno, estaba sofocada y avergonzada.

No era precisamente el ama de casa competente que Elijah esperaba haberse encontrado al casarse.

—Mamá también quemaba cosas a veces —dijo Lucy con dulzura, como si le leyera el pensamiento—. Papá decía que era porque estaba pensando en otras cosas.

Margaret miró a la niña, asombrada de su perspicacia. —¿En qué tipo de cosas pensaba?

Lucy se encogió de hombros. —Cosas bonitas. Le gustaba dibujar flores y pájaros. Me contaba historias de damas que vivían en castillos y llevaban vestidos preciosos.

Una soñadora, entonces. La primera esposa de Elijah había sido una mujer que pensaba en castillos mientras se le quemaban los panecillos. Margaret se preguntó qué le habría pasado, adónde habría ido. Elijah le había dicho que la madre de Lucy había muerto cuando la niña apenas tenía dos años, pero Lucy hablaba de ella como si la recordara con claridad.

Los panecillos, cuando salieron del horno, estaban algo quemados por debajo pero se podían comer. Lucy se comió el suyo con miel de un tarro que sacó de la despensa, y Margaret agradeció que la niña no hiciera ningún comentario sobre sus imperfecciones.

Después del desayuno, Margaret lavó los platos mientras Lucy seguía sentada a la mesa, con las piernas colgando y los ojos fijos en ella. El silencio se alargó entre las dos, no exactamente incómodo, pero sí cargado de incertidumbre.

—¿Quieres que te lea algo? —preguntó Margaret por fin.

A Lucy se le iluminó la cara.

—¿Sabes leer?

—Sí. ¿Y tú?

—Un poco. Papá me enseñó algunas letras, pero tampoco lee muy bien.

Margaret se secó las manos con un paño y echó un vistazo a su alrededor.

—¿Tienes algún libro?

Lucy asintió entusiasmada y llevó a Margaret a un pequeño saloncito junto a la cocina. Estaba amueblado con sencillez: dos sillas, una mesita y una estantería estrecha. La mayoría de los libros eran manuales de agricultura y ganadería, pero algunos resultaban más prometedores.

Margaret sacó una colección de cuentos de hadas con la encuadernación de cuero gastada pero intacta.

—¿Te gustaría oír el cuento de Cenicienta?

Lucy se acomodó en una de las sillas y se recogió los pies debajo.

—¿La de las zapatillas de cristal?

—Esa misma.

Margaret se sentó en la otra silla y abrió el libro. Cuando empezó a leer, Lucy la escuchó con atención absoluta, los ojos grises muy abiertos y fijos.

Qué bien se sentía volver a leer en voz alta. En Nueva York, Margaret a veces les leía a los niños del barrio cuando sus madres estaban ocupadas, pero en la lucha por sobrevivir apenas había habido tiempo para esos pequeños placeres. Aquí, en esta habitación tranquila con las montañas asomando por la ventana, la lectura parecía un lujo que podían permitirse.

Cuando terminó el cuento, Lucy guardó silencio un momento.

—¿Crees que las hadas madrinas existen de verdad? —preguntó.

—¿Tú qué crees? —respondió Margaret.

Lucy se lo pensó con seriedad.

—Papá dice que la magia no existe. Pero a veces pasan cosas buenas que parecen magia. Como que vinieras a vivir con nosotros.

Las palabras le atravesaron el pecho a Margaret. Como magia. Si esta niña inocente supiera que su presencia allí se sostenía sobre mentiras y engaños. Si supiera que la verdadera Caroline jamás

habría venido, que Margaret era un pobre sustituto de la hermana que debería estar allí.

—A veces sí pasan cosas buenas —dijo Margaret con cautela—. Pero hay que esforzarse para que duren.

Después de la lectura, Margaret exploró la casa mientras Lucy jugaba fuera con una muñeca de hojas de maíz. Las habitaciones estaban limpias pero austeras, con solo los muebles imprescindibles. En el salón, un escritorio ocupaba una pared, con la superficie pulcra y ordenada. Margaret pasó los dedos por el borde y apreció la cuidadosa artesanía. Elijah lo había hecho él mismo, comprendió. Era un hombre hábil con las manos.

Probó los cajones del escritorio, pero uno estaba cerrado con llave. Papeles personales, seguramente. Registros financieros y correspondencia de negocios que no eran asunto suyo. Aun así, no pudo evitar preguntarse qué guardaba Elijah Cade bajo llave.

En el dormitorio grande, frente al suyo, Margaret percibió un leve aroma a lavanda. Flotaba en el aire como un recuerdo, dulce y vagamente triste. Abrió el armario y encontró ropa de hombre colgada con esmero a un lado. El otro lado estaba vacío salvo por un único vestido, que colgaba como si su dueña pudiera volver a buscarlo en cualquier momento.

El vestido era precioso, de seda azul pálido con botones labrados y costuras primorosas. Se notaba que era caro, mucho más elegante que cualquier prenda que Margaret hubiera tenido en su vida. Acarició la tela con suavidad, pensando en la mujer que lo había llevado. ¿De dónde venía? ¿Qué la había traído a este rancho tan apartado? ¿Y por qué había abandonado a su pequeña?

—Ese era el vestido favorito de mamá.

Margaret se volvió y encontró a Lucy en el umbral, con expresión solemne.

—Lo siento —dijo Margaret enseguida—. Solo estaba...

—No pasa nada —dijo Lucy—. Papá lo guarda ahí porque todavía huele a ella. A veces se queda aquí mucho rato, mirándolo.

La imagen de Elijah solo en aquella habitación, llorando a una mujer que ya no estaba, le encogió el corazón a Margaret. ¿Qué

clase de amor había sentido por su primera esposa? ¿Qué pérdida seguía arrastrando?

—Era muy guapa —continuó Lucy—. Todo el mundo lo decía. Tenía el pelo rubio como el sol y los ojos como el cielo. Cantaba como un pájaro y bailaba como una princesa.

Hermosa y con talento. Una mujer hecha para los vestidos de seda, que dibujaba castillos. Margaret se miró el sencillo vestido marrón y las manos curtidas por el trabajo. ¿Cómo iba a estar ella a la altura de semejante recuerdo?

—Parece maravillosa —dijo Margaret en voz baja.

—Lo era —coincidió Lucy—. Pero también estaba triste muy a menudo. Sobre todo después de que yo naciera. Papá dice que la tristeza se le hizo demasiado grande para soportarla.

Demasiado grande para soportarla. Margaret se preguntó qué querría decir aquello. ¿Había estado enferma la esposa de Elijah? ¿Había pasado algo que la hiciera tan infeliz como para abandonar a su familia?

Volvieron a la cocina, y Margaret pasó el resto de la mañana intentando entender la rutina del hogar. Encontró la despensa y comprobó qué provisiones escaseaban. Dio de comer a las gallinas siguiendo las pacientes instrucciones de Lucy sobre dónde echar el grano. Intentó encender fuego en la chimenea del salón y solo consiguió llenar la habitación de humo, hasta que Lucy le enseñó a abrir el tiro.

A mediodía, cuando Elijah volvió, Margaret se sentía agotada e inútil. Tenía ceniza en el vestido, harina en el pelo y la humillante certeza de que una niña de seis años había tenido que enseñarle las tareas domésticas más básicas.

Elijah entró por la puerta de la cocina con barro en las botas y paja en el pelo. Parecía cansado, y tenía un arañazo profundo en la mano de trabajar con alambre de espino.

—¿Qué tal la mañana? —preguntó mientras colgaba el sombrero en su gancho.

—Bien —dijo Margaret, aunque la palabra le supo a poco—. Lucy me ha ayudado mucho.

Los ojos de Elijah repararon en el aspecto desaliñado de Margaret y en el leve olor a humo que aún flotaba en el aire. Si estaba decepcionado con lo que veía, no lo demostró.

—A esta vida hay que acostumbrarse —dijo sin más—. No tiene nada de malo.

Margaret asintió, agradecida por su comprensión aunque no la mereciera.

Esa noche, cuando se sentaron a cenar en la mesa de la cocina, Lucy no paró de charlar sobre su día: le contó a su padre los cuentos que Margaret le había leído y las flores que habían recogido para adornar la mesa. Elijah la escuchaba con paciencia y de vez en cuando hacía alguna pregunta o algún comentario cariñoso.

Al verlos juntos, Margaret percibió el profundo vínculo entre padre e hija. Era evidente que Lucy adoraba a Elijah, y a pesar de su carácter reservado, el amor que él sentía por su hija se notaba en cada gesto, en cada palabra.

—A Lucy le cuesta dormir cuando hay truenos —dijo Elijah de repente, mirando a Margaret—. Seguramente irá a tu habitación si hay tormenta. Solía... —Se detuvo y continuó con más cuidado—. Siempre le han dado miedo los ruidos fuertes.

Margaret asintió.

—No me importa.

—Hay una lámpara junto a su cama. Enciéndela si se asusta.

Era información práctica, la que un padre compartiría con un ama de llaves o una institutriz. Pero Margaret percibió algo más en su voz. Un instinto protector profundo, una determinación feroz de resguardar a su hija de cualquier cosa que pudiera causarle dolor.

—¿Siempre le han dado miedo las tormentas? —preguntó Margaret.

La expresión de Elijah se tornó distante.

—Desde que era muy pequeña. Su madre solía... —Se interrumpió, conteniendo las palabras—. No recuerda mucho de esos primeros años. Es mejor así.

Mejor así. ¿Qué había pasado en esos primeros años que era mejor olvidar? Margaret quería preguntar más, pero algo en el rostro de Elijah le advirtió que no insistiera.

Una vez que Lucy se acostó, Margaret y Elijah se sentaron en la cocina a tomar café. El silencio entre ellos pesaba, cargado de preguntas sin formular e historias sin contar.

—El rancho me tiene muy ocupado —dijo Elijah al fin—. Tendrás que encargarte de la casa, el jardín y la educación de Lucy. ¿Crees que podrás con todo?

—Aprenderé —dijo Margaret, aunque no estaba segura de sonar muy convincente.

Elijah estudió su rostro a la luz de la lámpara.

—No eres lo que esperaba —dijo tras un momento.

A Margaret se le paró el corazón.

—¿Qué quieres decir?

—Más callada. Más reflexiva. —Dio un sorbo al café—. Tus cartas eran más... directas.

Porque Caroline había escrito la mayoría, pensó Margaret con desesperación. Caroline, que nunca era callada ni dudaba de nada.

—La gente puede parecer distinta por escrito —dijo con cautela.

—Es cierto. —Elijah dejó la taza—. Haremos que esto funcione, Caroline. Por el bien de Lucy, si no por nada más. Necesita estabilidad. Seguridad. Ya ha tenido bastantes sobresaltos en su corta vida.

El peso de aquellas palabras cayó sobre los hombros de Margaret como un yugo. Hacer que esto funcione. Por el bien de Lucy. Pensó en la niña que dormía en la habitación de al lado, la niña que había recogido flores para dar la bienvenida a una desconocida, que había compartido lo que sabía de la estufa y las gallinas con dulce paciencia.

Lucy merecía algo mejor que una madrastra construida sobre mentiras. Pero ya estaba allí, y echarse atrás era imposible. Lo único que podía hacer Margaret era intentar convertirse en la mujer que esta familia necesitaba, aunque no tuviera ni idea de cómo empezar.

—Quiero que Lucy sea feliz —dijo Margaret—. Quiero ser una buena madre para ella.

Algo se suavizó en la mirada de Elijah.

—Tiene buen ojo para juzgar a la gente. Si te acepta, probablemente merezcas que lo haga.

Era lo más parecido a un cumplido que le había hecho, y Margaret se aferró a él como a un salvavidas. Si lograba ganarse la confianza y el cariño de Lucy, quizá pudiera construir algo real allí. Quizá pudiera convertirse en Caroline Cade de verdad, no solo de nombre.

Más tarde, tumbada en su estrecha cama y escuchando los sonidos nocturnos del rancho, Margaret se quedó mirando el techo y pensó en la mujer cuyo vestido aún colgaba en el armario de Elijah. Una mujer de cabello rubio y ojos azules como el cielo que dibujaba castillos y cantaba como un pájaro.

Una mujer cuya tristeza había crecido demasiado para poder soportarla.

Margaret se tocó el cabello oscuro y se preguntó qué le había pasado realmente a la madre de Lucy. Y se preguntó si alguna vez podría llenar el vacío que aquella mujer había dejado, o si siempre sería una pobre sustituta del recuerdo de alguien hermosa y perdida.

Al otro lado de la ventana, el viento de Wyoming susurraba entre la hierba, portando secretos que no podía entender y promesas que no estaba segura de poder cumplir.

CAPÍTULO 5



Margaret llevaba casi una semana en el rancho cuando decidió limpiar el estudio de Elijah. La pequeña habitación estaba contigua a la sala de estar y, aunque ordenada, una fina capa de polvo lo cubría todo. Elijah trabajaba fuera desde el amanecer hasta el anochecer, y era evidente que las tareas domésticas más allá de lo básico se habían descuidado.

Lucy dormía la siesta bajo el sol de la tarde, agotada tras ayudar a Margaret a tender la ropa en el tendedero de detrás de la casa. La niña había insistido en ayudar con cada tarea; sus pequeñas manos habían trabajado junto a las de Margaret mientras fregaban platos, barrían suelos y cuidaban el huerto, que apenas comenzaba a mostrar brotes verdes.

Margaret había llegado a atesorar aquellas tranquilas horas de la tarde en que Lucy dormía y Elijah estaba fuera con el ganado. Era el único momento en que podía ser realmente ella misma, en que no tenía que acordarse de responder al nombre de Caroline ni preocuparse por decir algo que revelara su engaño.

Reunió trapos limpios y una palangana con agua, y entró en el estudio. Era una habitación masculina, con un pesado escritorio de madera, dos sillas y estanterías repletas de libros sobre agricultura, cría de animales y negocios. De las paredes colgaban algunos

documentos enmarcados, entre ellos lo que parecía ser la escritura del rancho.

Margaret comenzó por las estanterías, retirando con cuidado cada volumen para quitarle el polvo tanto a él como al estante de debajo. La mayoría de los libros eran prácticos, pero encontró algunas novelas intercaladas entre tratados sobre cría de ganado y manejo del suelo. Alguien en aquella casa había disfrutado en otro tiempo de la lectura por placer.

Al llegar al escritorio, movió los papeles con cuidado para no alterar el trabajo de Elijah. La mayoría parecían correspondencia comercial, facturas de suministros y registros de ventas de ganado. Pero al levantar un pesado libro de contabilidad para quitar el polvo de debajo, algo revoloteó hasta el suelo.

Una fotografía.

Margaret se agachó a recogerla y se quedó inmóvil al ver lo que contenía. La imagen estaba dañada, parcialmente quemada por un borde, pero quedaba lo suficiente para mostrar el rostro de una mujer. Incluso con la mitad de la fotografía perdida, Margaret podía ver que había sido hermosa. Deslumbrantemente hermosa.

La mujer tenía el cabello claro, casi dorado en los tonos sepia de la fotografía. Sus ojos, grandes y expresivos, estaban enmarcados por pestañas oscuras. Los labios, carnosos, se curvaban en una leve sonrisa que parecía a la vez triste y misteriosa. Llevaba lo que parecía un vestido de novia, o al menos un vestido muy fino con encaje en el cuello.

Margaret le dio la vuelta a la fotografía y encontró unas palabras escritas con tinta desvaída: «Helen, 1869». El año en que nació Lucy.

Aquella era la primera esposa de Elijah. La madre de Lucy. La mujer cuyo vestido de seda azul aún colgaba en el armario, cuyo aroma a lavanda aún flotaba en el aire.

Margaret estudió la fotografía dañada, intentando imaginar cómo habría sido entera. Helen había sido todo lo que Margaret no era. Dorada donde Margaret era morena, delicada donde Margaret era sencilla, hermosa donde Margaret era corriente.

No era de extrañar que Elijah se mostrase tan distante con su nueva esposa. ¿Cómo iba a estar cualquier mujer a la altura de semejante recuerdo?

Margaret volvió a colocar la fotografía con cuidado donde la había encontrado, escondida detrás del libro de contabilidad. No le correspondía mirarla, no le correspondía cuestionarla. Pero mientras seguía quitando el polvo, no podía dejar de pensar en ella.

¿Por qué estaba quemada la fotografía? ¿Se había dañado en un accidente o alguien había intentado destruirla deliberadamente? ¿Y por qué Elijah la guardaba escondida en su escritorio en lugar de tenerla a la vista?

Las preguntas siguieron inquietándola después de terminar de limpiar el estudio y pasar a otras tareas. Preparó un guiso para la cena con verduras del huerto y tocino salado del ahumadero. Remendó un desgarrón en uno de los vestidos de Lucy. Barrió el porche delantero y dio de comer a las gallinas.

Pero en todo ese tiempo, no dejaba de pensar en el rostro de Helen en aquella fotografía dañada. La hermosa, triste y misteriosa Helen, que había llevado vestidos de seda y dibujado castillos, que había dejado atrás a una hija, a un marido y a una casa que aún resonaba con su ausencia.

Al caer la tarde, nubes oscuras comenzaron a acumularse en el horizonte. Margaret olía la lluvia en el aire, y el viento arreciaba, hacía traquetear las ventanas y levantaba remolinos de hojas por el patio. Lucy se puso inquieta a medida que la luz se desvanecía: se mantenía cerca de Margaret y se sobresaltaba con cada ruido.

—¿Va a haber tormenta? —preguntó la niña, apretada contra el costado de Margaret mientras las dos miraban por la ventana de la cocina cómo se acumulaban las nubes.

—Eso parece —dijo Margaret con dulzura—. Pero aquí dentro estarás a salvo conmigo.

Lucy asintió, pero tenía el rostro pálido de preocupación. Margaret recordó lo que Elijah le había dicho sobre el miedo de la niña a las tormentas y se aseguró de mantener las lámparas bien encendidas mientras cenaban.

Elijah entró justo cuando empezaban a caer las primeras gotas de lluvia. Parecía cansado y preocupado, y sus ojos fueron de inmediato a las ventanas.

—La tormenta va a ser grande —dijo mientras colgaba el sombrero en su gancho—. Se huele en el aire.

Lucy se acercó más a la silla de Margaret.

—¿Estará segura la casa, papá?

—Claro que sí, pequeña. Esta casa ha resistido muchas tormentas. —La voz de Elijah se volvía suave cuando hablaba con su hija; toda la dureza se desvanecía—. Pero puede que perdamos algunas tejas del granero. He revisado los animales. Están todos a salvo.

Terminaron de cenar mientras el viento arreciaba y la lluvia empezaba a caer con fuerza. Lucy ayudó a Margaret con los platos, pero no dejaba de mirar hacia las ventanas, donde los relámpagos comenzaban a centellear a lo lejos.

—Creo que es hora de irse a la cama —dijo Margaret cuando el último plato estuvo seco—. ¿Quieres que te lea un cuento?

Lucy asintió con entusiasmo, y Margaret la arropó en la cama y le leyó un cuento de hadas sobre una princesa que no tenía miedo de nada. Pero mientras leía, la tormenta se volvió más feroz. Los truenos retumbaban sobre sus cabezas y los relámpagos iluminaban la ventana del dormitorio con destellos cegadores.

—No me gusta —susurró Lucy, y se subió la manta hasta la barbilla.

—Lo sé, cariño. Pero las tormentas siempre pasan. Por la mañana volverá a brillar el sol.

Margaret se quedó con Lucy hasta que la niña por fin se durmió; luego regresó a la cocina, donde Elijah estaba sentado con una taza de café, mirando la tormenta por la ventana.

—Está dormida —informó Margaret.

—Bien. Esta va a ser ruidosa. —Como si quisiera darle la razón, un tremendo trueno sacudió la casa, seguido de inmediato por un destello cegador de relámpago.

Margaret se sirvió café y se sentó con él a la mesa. Permanecieron un rato en cómodo silencio, oyendo cómo la

tormenta se desataba fuera. Resultaba extraño estar sentada tan tranquila junto a aquel hombre al que apenas conocía, compartir un momento de paz mientras la naturaleza desataba su furia a su alrededor.

—¡El granero! —gritó Elijah de pronto, y se puso en pie de un salto.

Margaret miró hacia donde él señalaba y vio algo aterrador. Un rayo había caído cerca del granero, y las llamas ya eran visibles a pesar de la lluvia.

—¡Fuego! —Elijah agarró el abrigo y el sombrero—. ¡Quédate con Lucy!

Pero Margaret ya se había puesto en marcha.

—Lucy está a salvo en su cuarto. Voy contigo.

Elijah empezó a protestar, pero no había tiempo. Salió disparado por la puerta de la cocina hacia la tormenta, y Margaret lo siguió de cerca, con el corazón desbocado por el miedo y la adrenalina.

La lluvia caía a cántaros y los empapó a ambos en cuestión de segundos. El viento azotaba las faldas de Margaret contra sus piernas y casi la tiró al suelo. Pero podía ver las llamas cada vez más intensas cerca del granero, y sabía que cada segundo contaba.

Elijah gritaba órdenes a su peón, Joe, que había aparecido desde el barracón. El fuego aún no había alcanzado el granero principal, pero había prendido en un pajar y avanzaba hacia un cobertizo lleno de forraje y aperos.

—¡Cubos! —gritó Elijah por encima de la tormenta—. ¡Necesitamos todos los que podamos encontrar!

Margaret corrió al pozo y empezó a sacar agua mientras los hombres organizaban una cadena. El vestido le pesaba empapado, el pelo se le pegaba a la cabeza, pero no se detuvo. Llenó cubo tras cubo y se los pasaba a Joe, que corría con ellos hasta donde Elijah combatía las llamas.

Cuando se les acabaron los cubos, Margaret agarró sacos de forraje del cobertizo y los empapó en el abrevadero. Lanzó los sacos pesados y chorreantes a Elijah, que los usaba para sofocar las llamas que amenazaban con alcanzar la pared del granero.

El trabajo era agotador y aterrador. El fuego parecía crecer más rápido de lo que podían combatirlo, alimentado por el viento a pesar de la lluvia torrencial. El humo le escocía los ojos a Margaret y le llenaba los pulmones, y la hacía toser y jadear.

En un momento dado, un trozo de madera ardiendo voló por el aire y cayó cerca de sus pies. Sin pensarlo, Margaret lo pisoteó con la bota y siguió empapando sacos y acarreando agua.

Finalmente, después de lo que parecieron horas pero probablemente fueron solo minutos, las llamas empezaron a remitir. La lluvia ganaba la batalla, y sus esfuerzos habían evitado que el fuego se propagara a los edificios principales.

Margaret se quedó de pie en el patio embarrado, tambaleándose de agotamiento, con las manos cortadas y ampolladas de tanto acarrear cubos y manejar cuerda mojada. El vestido estaba arruinado, rasgado y tiznado de hollín. El pelo se le había soltado por completo de las horquillas y le caía en mechones mojados y enmarañados sobre la cara.

Pero habían salvado el granero. Y a los animales, y la mayor parte de los aperos. Las pérdidas eran mucho menores de lo que podrían haber sido.

Elijah caminó hacia ella bajo la lluvia, con la cara tiznada de hollín y la ropa tan destrozada como la de ella. Por un momento, se limitaron a mirarse, ambos jadeando, ambos maltrechos por la tormenta y la batalla.

Entonces, para sorpresa de Margaret, Elijah habló.

—Gracias —dijo, con la voz ronca del humo y de tanto gritar—. Podrías haberte quedado a salvo en la casa. No tenías por qué ayudar.

—Sí tenía —respondió Margaret—. Este también es mi hogar ahora.

Algo brilló en sus ojos al oír aquellas palabras. Sorpresa, tal vez. O aprobación.

—Eres más fuerte de lo que aparentas, Caroline.

El nombre falso le atravesó el pecho con la familiar punzada de culpa, pero la apartó. Esa noche se había puesto a prueba. Esa noche había demostrado que podía ser la compañera que el rancho

necesitaba, aunque no fuera la mujer con quien Elijah creía haberse casado.

—Deberíamos ir a ver a Lucy —dijo.

Regresaron a la casa, ambos empapados y exhaustos. Joe se fue al barracón a secarse, dándoles las gracias por encima del hombro.

Dentro, Margaret encendió una lámpara y fue a ver a Lucy, que seguía durmiendo plácidamente a pesar de la tormenta que aún rugía fuera. La niña no se había movido en toda la conmoción.

Cuando Margaret volvió a la cocina, Elijah estaba junto a la estufa, intentando reavivar el fuego. Le temblaban ligeramente las manos, fuera por el frío, el agotamiento o los restos del miedo.

—Deja, ya lo hago yo —dijo Margaret, apartándolo con suavidad.

Había aprendido a dominar la caprichosa estufa durante la última semana, y pronto tuvo un buen fuego encendido. El calor era una bendición después de la lluvia helada.

—Deberías quitarte esa ropa mojada —dijo—. Vas a coger frío.

Elijah asintió, pero no se movió. La miraba con una expresión que ella no acababa de descifrar.

—¿Qué pasa? —preguntó Margaret.

—Nada —dijo tras un momento—. Solo que... te juzgué mal. En las cartas parecías... diferente. Más preocupada por las apariencias. Esta noche has trabajado como un peón y no te has quejado ni una sola vez.

A Margaret se le cayó el alma a los pies. Claro, Caroline habría parecido diferente en sus cartas. Se habría preocupado por las apariencias, habría escrito sobre vestidos elegantes y reuniones sociales en lugar de los asuntos prácticos de la vida en el rancho.

—La gente cambia —dijo Margaret con cautela—. La experiencia la cambia.

—Supongo que sí —Elijah seguía mirándola con aquella expresión desconcertada—. Voy a cambiarme. Tú deberías hacer lo mismo.

Cuando él se fue, Margaret se quedó sola en la cocina, chorreando agua sobre el suelo. Se vio en el pequeño espejo junto a la puerta y casi se echó a reír. Parecía una rata ahogada, con el pelo revuelto y la cara tiznada de hollín. Caroline jamás habría permitido que la vieran en semejante estado.

Pero Margaret nunca se había sentido tan orgullosa de sí misma. Esa noche había sido útil. Esa noche había sido fuerte. Esa noche había demostrado que pertenecía allí, aunque su presencia estuviera construida sobre una mentira.

Se puso un vestido seco y se trenzó el pelo mojado, luego volvió a la cocina a preparar café caliente para los dos. Cuando Elijah regresó, limpio y seco con ropa limpia, le tendió una taza humeante.

—¿Mejor? —preguntó.

—Mucho —se sentó a la mesa y la observó con atención—. ¿Estás herida? Tienes las manos llenas de cortes.

Margaret se miró las manos y vio que, efectivamente, estaban arañadas y ampolladas por el trabajo duro.

—Nada grave. Se curarán.

—Deberías ponerte algo en esos cortes. Con heridas así siempre hay riesgo de infección.

Su preocupación la sorprendió. Era la primera vez que mostraba verdadero interés por su bienestar.

—Me las curaré —prometió.

Se quedaron sentados en un silencio apacible, escuchando cómo la tormenta se alejaba poco a poco. Los truenos sonaban ya más lejanos, y la lluvia se había convertido en un repiqueteo constante en lugar del aguacero torrencial de antes.

—La madre de Lucy... ¿me contarías algo de ella? —preguntó Margaret de pronto, y al instante deseó poder retirar las palabras.

El rostro de Elijah se tornó deliberadamente inexpresivo. —¿Qué pasa con ella?

—Lucy habla de ella como si se hubiera marchado hace poco, solo por un tiempo. Lo siento, solo intento comprender mejor la situación. No pretendía entrometerme.

—No tienes derecho a preguntar sobre asuntos de familia —dijo él. Su voz volvió a ser fría; toda la calidez de la emergencia compartida se había evaporado.

—Solo tenía curiosidad. Podría entender mejor a Lucy si supiera más —Margaret sintió que el calor le subía a las mejillas—. Solo pregunto porque Lucy habla tanto de ella, como si la conociera

mejor de lo que sería posible si solo la hubiera tratado cuando era una bebé. Dice que era muy hermosa.

Elijah se levantó bruscamente y la silla raspó contra el suelo. —Eso no es asunto tuyo.

—Lo sé. Lo siento. Solo... —Margaret buscaba desesperadamente palabras que no empeoraran las cosas—. Quiero entender a esta familia a la que me he unido. Quiero saber de la madre de Lucy.

—La madre de Lucy está muerta —dijo Elijah con voz inexpresiva —. Eso es todo lo que necesitas saber.

Pero algo en su voz le dijo a Margaret que esa no era toda la verdad. Había dolor, sí, pero también ira. Y secretos.

—Por supuesto —dijo Margaret en voz baja—. No volveré a mencionarlo.

Elijah asintió secamente y se dirigió hacia la puerta. —Voy a revisar el granero otra vez. A asegurarme de que no quede nada ardiendo.

Cuando él se marchó, Margaret se quedó sola en la cocina, sintiendo cómo la distancia entre ellos volvía a abrirse justo cuando había pensado que empezaban a entenderse.

Pensó en la mujer de la que Lucy hablaba con tanto cariño. Recuerdos que no debería tener si su madre había muerto cuando ella aún era una niña pequeña. ¿Qué le había pasado a la madre de Lucy? ¿Y por qué Elijah reaccionaba con tanto dolor e ira cada vez que la mencionaban?

Afuera, la tormenta por fin amainaba, dejando el aire limpio y fresco. Pero dentro de la casa, Margaret se sentía como si aún estuviera rodeada de nubes oscuras, cargadas de secretos y verdades calladas que quizás nunca llegaría a comprender.

Aun así, cuando repasó la velada en su mente, sintió una pequeña chispa de esperanza. Durante aquellos minutos combatiendo el incendio, ella y Elijah habían trabajado como un equipo. Habían salvado algo importante juntos. Y por un breve instante, él la había mirado no como a una extraña que lo había decepcionado, sino como a una mujer que había demostrado ser digna de respeto.

No era amor. Ni siquiera era amistad todavía. Pero era un comienzo.

Margaret se miró las manos cortadas y llenas de ampollas, pensando en cómo habían trabajado juntos bajo la tormenta. Quizás, con tiempo y paciencia, podría construir algo real con aquel hombre reservado y su hija herida.

Quizás podría convertirse en la mujer que necesitaban, aunque hubiera empezado siendo alguien completamente distinta.

La tormenta había pasado, pero Margaret sospechaba que los verdaderos desafíos aún estaban por llegar.

CAPÍTULO 6



La mañana después del incendio amaneció clara y luminosa, como si la tormenta hubiera dejado el mundo limpio. Margaret se despertó temprano y salió a evaluar los daños. El pajar había desaparecido, reducido a un montón de cenizas y madera carbonizada, y una esquina del cobertizo estaba ennegrecida, pero el granero principal seguía intacto. Habían tenido suerte.

Lucy apareció a su lado, restregándose los ojos, todavía medio dormida.

—¿De verdad hubo un incendio anoche? Pensé que lo había soñado.

—Así fue —dijo Margaret, rodeándole los hombros con el brazo—. Pero tu papá, Joe y yo conseguimos apagarlo antes de que se propagara.

—¿Ayudaste a apagar el incendio? —Lucy la miró con los ojos como platos—. Mamá siempre decía que las señoras no deben hacer cosas peligrosas.

La mención casual de su madre le provocó a Margaret una punzada familiar en el pecho. Lucy hablaba de ella con tanta naturalidad, como si simplemente estuviera de viaje en lugar de haberse ido para siempre.

—A veces las señoras tienen que hacer cosas peligrosas —dijo Margaret con cautela—. Cuando las personas que quieren están en

peligro.

Prepararon el desayuno juntas, y cuando Elijah volvió de sus quehaceres matutinos, pareció sorprendido de encontrar panecillos calientes y café esperándolo. Llevaba las manos limpias y el pelo peinado, y Margaret notó que se había arreglado más de lo habitual.

—Buenos días, papá —dijo Lucy alegremente—. Margaret me ha contado lo del incendio. Siento haberme quedado dormida.

—Mejor así —respondió Elijah, aceptando la taza de café que Margaret le tendía—. No tienes por qué preocuparte por esas cosas.

Mientras comían, Margaret se sorprendió observando el rostro de Elijah. Los acontecimientos de la noche anterior habían cambiado algo entre ellos; lo notaba. Él seguía siendo reservado, seguía midiendo sus palabras, pero había algo nuevo en la forma en que la miraba.

—He pensado en ir al pueblo hoy —dijo Margaret mientras le servía más café—. Necesitamos provisiones, y me gustaría dar las gracias al reverendo Matthews y a su esposa por la ceremonia.

Elijah asintió.

—Llévate el carro. Lucy puede enseñarte el camino.

Lucy dio una palmada de alegría.

—¿Podemos parar en la tienda de la señora Henderson? Tiene unas cintas preciosas.

—Si nos da tiempo —accedió Margaret.

Cuando Elijah se marchó a trabajar, Margaret y Lucy engancharon el carro y emprendieron el viaje de una hora hasta Prosperity. El pueblo era pequeño pero bullicioso, con una calle principal flanqueada por edificios de madera y pasarelas de tablones. La gente las saludaba con una inclinación de cabeza al pasar, y algunas mujeres se detuvieron a charlar.

—¿La señora Cade, verdad? —preguntó una mujer regordeta con una cofia azul—. Soy Sarah Mitchell. Mi marido es el dueño de la tienda de grano. ¿Qué tal se está adaptando?

—Muy bien, gracias —respondió Margaret, a quien todavía le resultaba extraño que la llamaran señora Cade.

—Y esta debe de ser la pequeña Lucy. Dios mío, eres clavadita a tu padre —la sonrisa de Sarah Mitchell titubeó un instante—. Tienes

sus ojos, aunque el color del pelo supongo que lo sacaste de tu madre.

Lucy asintió con solemnidad.

—Mamá tenía el pelo rubio como el sol. Todo el mundo lo dice.

—Sí —dijo Sarah con dulzura—. Helen era muy guapa. Qué tragedia, su muerte.

A Margaret se le heló la sangre. Helen era el nombre escrito en el reverso de la fotografía quemada. La madre de Lucy. Pero si había muerto, ¿por qué Lucy hablaba de ella como si siguiera viva?

Terminaron las compras y emprendieron el camino de vuelta, pero Margaret no podía quitarse de la cabeza las palabras de Sarah Mitchell. Esa noche, ya sentados a la mesa para cenar, decidió hacer la pregunta que la había estado atormentando todo el día.

—Ayer encontré una fotografía antigua mientras ordenaba tu despacho —dijo con cautela, observando el rostro de Elijah—. ¿Era la madre de Lucy?

El cambio en Elijah fue inmediato y radical. El tenedor se le quedó suspendido a medio camino de la boca, y su expresión se tornó fría y dura.

—¿Qué fotografía? —preguntó, aunque por su tono estaba claro que sabía perfectamente a qué se refería.

—Estaba dañada, medio quemada —continuó Margaret, pese a la advertencia en su voz—. Pero pude ver que era muy guapa.

Elijah dejó el tenedor con precisión deliberada.

—Ya te lo dije. No tienes por qué andar rebuscando entre mis cosas.

—No estaba rebuscando nada —dijo Margaret, herida por su dureza—. Estaba limpiando y se cayó de detrás de un libro de cuentas. Apenas la vi un instante.

—Entonces viste demasiado —la voz de Elijah era gélida—. Mi esposa está muerta, y eso es todo lo que necesitas saber de ella. No quiero que Lucy oiga hablar de cosas que no le incumben.

Lucy los miró a ambos con ojos preocupados.

—¿Papá? ¿Estás enfadado?

—No, pequeña —dijo Elijah, y su voz se dulcificó al instante al dirigirse a su hija—. Termina de cenar.

Pero el daño estaba hecho. La cómplice calidez que había empezado a surgir entre Margaret y Elijah tras el incendio se había esfumado, sustituida por la misma distancia gélida que había marcado sus primeros días juntos.

Después de cenar, Elijah salió a trabajar en las reparaciones del cobertizo dañado. Margaret recogió la cocina en silencio, con el corazón encogido por el arrepentimiento. Había presionado demasiado, hecho demasiadas preguntas. Ahora el frágil avance que habían logrado estaba destruido.

Lucy la ayudó a secar los platos mientras parloteaba sobre el viaje al pueblo y la gente que habían conocido. Pero cuando su padre volvió a entrar, se quedó callada, percibiendo la tensión en el ambiente.

—A la cama, Lucy —dijo Elijah sin mirar a Margaret.

—¿Puede leerme un cuento Caroline? —preguntó Lucy esperanzada.

—Caroline tiene otras cosas que hacer —respondió Elijah secamente—. Esta noche te leo yo.

Margaret sintió las palabras como una bofetada. Se había excedido, y ahora la estaban castigando. La habían devuelto a su lugar: el de una extraña sin derecho a conocer el pasado de aquella familia.

Una vez que Lucy estuvo arropada en la cama, Margaret se sentó sola en la cocina, conteniendo las lágrimas de frustración y dolor. Había sido una ingenua al pensar que podía preguntar sin más sobre la fotografía y esperar que Elijah se abriera a ella. Aquel hombre cargaba con heridas profundas, y sus torpes preguntas solo habían empeorado las cosas.

Incapaz de quedarse quieta con aquel peso en la conciencia, Margaret se acercó a su cesta de costura y sacó los retazos de tela que había estado guardando. Si no lograba acercarse a Elijah, quizás aún podía encontrar la forma de llegar hasta Lucy.

Trabajó hasta bien entrada la noche a la luz de la lámpara, con los dedos moviéndose firmes mientras cortaba y cosía. La muñeca de hojas de maíz con la que jugaba Lucy estaba ya muy gastada, y

Margaret pensó que a la niña le gustaría tener algo nuevo. Algo hecho especialmente para ella.

La muñeca que fue cobrando forma entre las manos de Margaret era sencilla pero estaba elaborada con esmero. Usó lana marrón para el pelo, botones para los ojos e hilo rosa para la boca. El vestido estaba hecho con un retazo de percal azul, con botoncitos y puntadas primorosas.

No era gran cosa, pero estaba hecha con amor. Quizás eso bastara.

A la mañana siguiente, Margaret se despertó temprano y descubrió que Elijah ya se había marchado. Lucy aún dormía, así que Margaret preparó el desayuno y esperó a que la niña se despertara.

Cuando Lucy apareció en la cocina, somnolienta y despeinada, Margaret sintió que el corazón se le alegraba a pesar de los problemas de la noche anterior.

—Buenos días, cariño —dijo—. Tengo algo para ti.

A Lucy se le abrieron los ojos de par en par cuando Margaret sacó la pequeña muñeca.

—¿Para mí? ¿La has hecho para mí?

—Pensé que te gustaría tener una nueva amiga —dijo Margaret, arrodillándose para ponerse a su altura—. ¿Qué te parece?

Lucy cogió la muñeca con reverencia, examinando cada detalle.

—Es preciosa. Parece que tiene ojos amables, igual que tú.

Aquellas sencillas palabras hicieron que a Margaret se le hiciera un nudo en la garganta.

—¿Cómo te gustaría llamarla?

Lucy se lo pensó muy en serio.

—Rose. Porque las rosas son bonitas y huelen bien, y tú hueles al jabón de lavanda que usas.

—Rose es un nombre perfecto —convino Margaret.

Lucy estrechó la muñeca contra el pecho y luego sorprendió a Margaret echándole los bracitos al cuello.

—Gracias, mamá —susurró.

La palabra la golpeó como un rayo. Mamá. Lucy la había llamado mamá, con toda naturalidad, como si fuera lo más normal del

mundo.

A Margaret se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Oh, Lucy —susurró, estrechando a la niña con fuerza.

Ninguna de las dos reparó en Elijah, que estaba de pie en el umbral; había vuelto a la casa a buscar una herramienta que se le había olvidado. Observó la tierna escena entre su hija y su esposa, y algo cambió en su expresión.

Lucy se apartó y miró a Margaret con una sonrisa radiante.

—¿Rose puede sentarse con nosotras en el desayuno?

—Claro que sí —dijo Margaret, secándose los ojos.

Desayunaron felices, con Lucy parloteando con su nueva muñeca y Margaret disfrutando del cariño de la niña. Por un rato, olvidó la tensión con Elijah y simplemente disfrutó de formar parte del mundo de Lucy.

No fue hasta más tarde, cuando volvió al estudio de Elijah a quitar el polvo, que reparó en algo que le dio un vuelco al corazón.

El cajón del escritorio, el que siempre estaba cerrado con llave, estaba ligeramente entreabierto.

Margaret se quedó mirándolo fijamente un buen rato, con el corazón latiéndole con fuerza. ¿Lo habría dejado abierto sin querer? ¿O era aquello algún tipo de prueba?

Se acercó al escritorio lentamente, debatiéndose entre la conciencia y la curiosidad. No debería mirar. Ya había causado suficientes problemas al preguntar por la fotografía.

Pero el cajón estaba lo bastante abierto como para ver que había papeles dentro. Cartas, quizás. O documentos que podrían explicar el misterio de la madre de Lucy.

Margaret alargó la mano hacia el tirador del cajón, pero se detuvo. No. Se había prometido a sí misma que sería digna de la confianza de aquella familia, y eso significaba respetar la intimidad de Elijah aunque él no se lo pusiera fácil.

Se apartó del escritorio y se concentró en quitar el polvo, pero la imagen de aquel cajón abierto le estuvo rondando la cabeza todo el día.

Esa noche, Elijah entró a cenar con aspecto cansado y cubierto de polvo tras un largo día de trabajo. Lucy corrió hacia él enseguida,

deseosa de enseñarle su nueva muñeca.

—¡Mira lo que me ha hecho Margaret, papá! Se llama Rose, va a dormir en mi cama y me va a ayudar a no tener miedo de las tormentas.

Elijah examinó la muñeca con detenimiento; sus dedos callosos fueron delicados al tocar las diminutas puntadas.

—Está muy bien hecha —dijo al fin—. Has hecho un buen trabajo, Caroline.

Era la primera cosa amable que le decía a Margaret desde la discusión sobre la fotografía. Sintió un pequeño aleteo de esperanza en el pecho.

—Gracias —dijo en voz baja.

Durante la cena, Lucy no paró de hablar de su día, de su muñeca y de sus planes para enseñarle a Rose todo lo que una muñeca de verdad debería saber. Elijah la escuchó con paciencia, y de vez en cuando hacía alguna pregunta o algún comentario cariñoso.

Pero Margaret se dio cuenta de que él también la observaba cuando creía que ella no se daba cuenta. Había algo diferente en su expresión. Seguía cauteloso, pero ya no tan frío como antes.

Después de acostar a Lucy, que se abrazaba a su nueva muñeca, Margaret y Elijah volvieron a quedarse solos en la cocina. El silencio se extendió entre ellos, cargado de palabras no dichas.

—Lo de la muñeca ha sido un detalle muy bonito —dijo Elijah al fin—. Hacía mucho que Lucy no se ponía tan contenta por algo.

—Es una niña maravillosa —respondió Margaret—. Merece ser feliz.

Elijah asintió y pareció debatirse con algo que quería decir.

—Fui duro contigo ayer. Con lo de la fotografía.

Margaret levantó la vista, sorprendida por la confesión.

—Tienes derecho a tu intimidad.

—Quizás —dijo él—. Pero no estabas husmeando a propósito. Lo sé.

Guardó silencio un momento y luego añadió:

—Hay cosas sobre la madre de Lucy que son... difíciles de contar. Cosas que Lucy no recuerda, y prefiero que siga siendo así.

No era una explicación, pero sí el reconocimiento de que había más de lo que le había contado. Margaret comprendió que aquello era lo más parecido a una disculpa que iba a recibir.

—Lo entiendo —dijo con suavidad.

Elijah asintió y se levantó para marcharse, pero se detuvo en la puerta de la cocina.

—Que Lucy te haya llamado mamá esta mañana... ¿te ha molestado?

Margaret sopesó la pregunta con cuidado.

—No —dijo al fin—. Me parece bien. Si a ti te parece bien.

Algo brilló fugazmente en los ojos de Elijah.

—Se ha encariñado contigo. Más de lo que esperaba.

Vaciló y luego añadió:

—No eres lo que pensé que serías, Caroline. Tus cartas sugerían a alguien más... preocupada por las apariencias sociales.

—La gente se adapta a los cambios —dijo ella con cautela—. La vida los cambia.

—Supongo que es cierto —coincidió Elijah. Luego, en voz más baja—: Me alegro de que estés aquí. Por el bien de Lucy.

Cuando él se marchó, Margaret se quedó sola en la cocina, con el corazón lleno de emociones contradictorias. Elijah estaba empezando a aceptarla, a verla como alguien que pertenecía a la vida de su hija. Pero esa aceptación se basaba en una mentira. Él creía que empezaba a apreciar a Caroline, cuando en realidad estaba aprendiendo a confiar en Margaret.

El engaño le quemaba en el pecho como ácido. ¿Cuánto tiempo podría mantener aquella farsa? ¿Y qué pasaría cuando la verdad saliera inevitablemente a la luz?

Más tarde, esa noche, mientras Margaret se preparaba para acostarse, notó que la ventana había quedado ligeramente abierta a pesar del aire fresco nocturno. Cuando fue a cerrarla, encontró algo en el alféizar que le cortó la respiración.

Una pequeña ramita de artemisa, con sus hojas verde plateado aún húmedas por el rocío del atardecer.

Margaret la recogió con cuidado, aspirando su aroma penetrante y limpio. Alguien la había dejado allí a propósito. Alguien que quería

hacerle saber que, a pesar de las tensiones del día, no era una intrusa en aquella casa.

Guardó la artemisa entre las páginas de su Biblia y se acostó, con el corazón más ligero de lo que lo había tenido desde la discusión sobre la fotografía.

Al otro lado de la ventana, la noche de Wyoming se extendía vasta y cuajada de estrellas. En algún lugar de la oscuridad, un coyote aulló, y el viento susurraba entre la hierba como una nana.

Margaret se subió el edredón hasta la barbilla y pensó en los brazos de Lucy rodeándole el cuello, en la confianza en la voz de la niña cuando la llamó mamá, en el cuidado con que Elijah había examinado su labor en la muñeca.

El día siguiente traería nuevos desafíos, nuevas oportunidades de demostrar que era digna de aquella familia. Pero esa noche, con el aroma de la artemisa en el aire y el recuerdo del amor de una niña calentándole el corazón, Margaret se permitió albergar la esperanza de que algún día pudiera pertenecer de verdad a aquel lugar.

Aunque esa pertenencia estuviera cimentada en mentiras, se sentía más real que nada de lo que hubiera conocido.

CAPÍTULO 7



Habían pasado dos semanas desde la noche en que Elijah dejó la rama de artemisa en el alféizar de Margaret, y el ambiente en la casa había cambiado de forma sutil pero significativa. La fría distancia que había marcado sus primeros días juntos se iba disipando poco a poco, dando paso a algo más cálido, aunque todavía cauteloso.

Margaret se había adaptado a una rutina que ya le resultaba casi natural. Se levantaba antes del amanecer para preparar el desayuno, cuidaba el huerto y las gallinas, ayudaba a Lucy con las letras y los números, y se ocupaba de las interminables tareas que mantenían en orden una casa de rancho. Por las noches, los tres se sentaban alrededor de la mesa de la cocina a compartir comidas sencillas y conversaciones prudentes.

Pero a altas horas de la noche, cuando Lucy dormía y Elijah hacía su última ronda para revisar los animales, Margaret se sentía irremediablemente atraída por su escritorio bajo la ventana del dormitorio. Era entonces, en aquellas horas de silencio en que la verdad le pesaba demasiado para cargar con ella a solas, cuando comenzaba a escribir cartas que jamás podría enviar.

Aquella noche en particular, la casa estaba especialmente tranquila. Desde la tarde caía una lluvia suave, uno de esos chubascos primaverales que hacen que todo huela a limpio y a

nuevo. Lucy se había dormido temprano tras pasar el día ayudando a Margaret a plantar semillas de judías en el huerto, con las manitas sucias y el corazón contento.

Margaret encendió una vela y se acomodó ante la pequeña mesa que había acercado a la ventana de su dormitorio. Había comprado papel y tinta en su último viaje al pueblo, diciéndose que era para llevar las cuentas del hogar. Pero la primera carta que escribió no tenía nada que ver con los asuntos del rancho.

—Queridísima Caroline —comenzó, con la pluma vacilante sobre el papel—. ¿Cómo podría explicarte lo que me ha sucedido en este lugar? ¿Cómo podría expresar con palabras la transformación que siento que está ocurriendo en mi propio corazón?

—Sé que a estas alturas debes odiarme. Seguro que Tía Beatrice te contó lo que hice, cómo te robé la oportunidad y el nombre. No espero perdón. Ni siquiera lo merezco. Pero necesito contarle la verdad a alguien, aunque estas palabras nunca lleguen a ti.

Margaret hizo una pausa y escuchó la lluvia contra la ventana. A lo lejos, oía las botas de Elijah en el porche mientras terminaba su ronda nocturna.

—Ya no soy la hermana que conocías —continuó escribiendo—. La mujer que salió a hurtadillas de nuestra habitación en aquel amanecer gris ahora me resulta una extraña. Aquella Margaret tenía miedo de todo. Miedo de que la olvidaran, miedo de no importarle nunca a nadie, miedo de vivir toda su vida en las sombras.

Pensó en la Margaret que había subido al tren en Nueva York, aferrada al billete de Caroline y temblando de terror y esperanza desesperada. Aquella mujer había estado dispuesta a construir su felicidad sobre cimientos de mentiras. Esta Margaret empezaba a comprender el terrible peso del engaño.

—Pero la mujer en la que me estoy convirtiendo aquí me asusta de otra forma. Me importan estas personas, Caroline. Más de lo que jamás creí posible. Lucy ya me llama mamá, con tanta naturalidad que el corazón me duele de culpa y de alegría a partes iguales. Y Elijah...

Margaret dejó la pluma y se cubrió el rostro con las manos. ¿Cómo podría escribir sobre Elijah? ¿Cómo explicar que el pulso se le

aceleraba cuando él la miraba con algo más suave que desconfianza? ¿Cómo describir que había empezado a fijarse en el cuidado con que le hablaba a Lucy, en la ternura que intentaba ocultar tras su fachada severa, en la soledad que parecía seguirlo como una sombra?

—Elijah no es el hombre que esperaba por sus cartas —escribió finalmente—. Es más duro y más tierno a la vez. Herido de formas que no alcanzo a comprender. Lo han traicionado antes, aunque no habla de ello. Lo veo en cómo se mantiene apartado, en cómo busca señales de decepción o abandono.

Margaret se enjugó una lágrima que había caído sobre el papel y había corrido ligeramente la tinta. —Lo terrible, Caroline, es que me estoy convirtiendo en la traición misma que él teme. Cada día que vivo esta mentira, cada día que respondo a tu nombre, me vuelvo más falsa ante las personas que más quiero.

Amor. La palabra le devolvía la mirada desde la página, honesta y aterradora. Sí, los quería. Quería los serios ojos grises de Lucy y su espíritu decidido. Quería cómo se iluminaba el rostro de la niña cuando Margaret le leía cuentos o le enseñaba a trenzar flores para la mesa. Quería el sentido de propósito que llenaba sus días, la sensación de ser necesaria y valorada por quien era, en lugar de ignorada por quien no era.

Y Elijah. Margaret cerró los ojos y se permitió admitir lo que llevaba semanas combatiendo. Se estaba enamorando de su esposo, que no era realmente su esposo, del hombre que creía estar aprendiendo a querer a Caroline Dalton cuando en realidad empezaba a confiar en Margaret.

—Estoy viviendo la mentira más hermosa —escribió—. Y me aterra que cuando la verdad salga a la luz, como sin duda ocurrirá, lo pierda todo. Perderé la familia que nunca supe que quería, el hogar que nunca supe que necesitaba, el amor que nunca creí merecer.

Margaret dobló la carta con cuidado y la deslizó en el forro de su baúl, donde llevaba escondiendo todas sus confesiones sin enviar. A la mañana siguiente, comprobaría que siguieran a salvo, como hacía

todos los días. Las cartas eran su vergüenza secreta y su única voz honesta en un mundo construido sobre el engaño.

La mañana siguiente amaneció luminosa y despejada, con el aire limpio tras la lluvia nocturna. Margaret se despertó temprano y revisó sus cartas ocultas antes de vestirse. Siete cartas ya, cada una un fragmento de su culpa y su anhelo hecho tangible.

En la cocina encontró a Lucy ya despierta, sentada a la mesa con su muñeca de hojas de maíz y la nueva muñeca de trapo que Margaret le había hecho.

—Buenos días, cariño —dijo Margaret, dándole un beso en la coronilla—. Te has levantado temprano.

—Quería recoger flores para ti —dijo Lucy, radiante—. ¡Ven a ver!

Llevó a Margaret al exterior, donde el mundo parecía transformado por la lluvia y el sol. La hierba lucía un verde esmeralda, salpicada de flores silvestres que se habían abierto durante la noche. Lucy ya había reunido un pequeño ramo de altramuces morados y castillejas blancas.

—Son preciosas —dijo Margaret, aceptando las flores—. ¿Por qué se te ocurrió recogerlas?

Lucy se lo pensó con seriedad. —Porque ahora pareces la primavera. Cuando llegaste, parecías triste, como el invierno. Pero ahora sonríes más y tienes los ojos alegres. Las flores de primavera son para la gente feliz.

La sencilla observación le llegó a Margaret al corazón. Se sentía diferente. A pesar de la culpa que ensombrecía cada momento, a pesar del miedo constante a ser descubierta, se sentía más viva que nunca en Nueva York. Se sentía valorada, necesitada y querida.

—Gracias, Lucy —dijo con dulzura—. Es lo más bonito que me han dicho nunca.

Arreglaron las flores en un tarro de conservas y lo colocaron en la mesa del desayuno. Cuando Elijah entró tras terminar sus tareas matutinas, se detuvo en seco al verlas.

—Lucy las ha recogido para mí —explicó Margaret, de pronto cohibida.

Elijah pasó la mirada de las flores a Margaret y luego a su hija, que prácticamente resplandecía de orgullo. Algo cambió en su

expresión, una dulcificación que hizo que a Margaret le diera un vuelco el corazón.

—Son muy bonitas —dijo finalmente—. Combinan bien con... —Hizo una pausa, buscando las palabras—. La casa parece diferente últimamente. Más como un hogar.

Era lo más parecido a un cumplido sobre sus labores domésticas que él le había hecho, y Margaret sintió que una calidez le inundaba el pecho.

Durante el desayuno, la conversación fluyó con más naturalidad que en sus primeros días juntos. Elijah le preguntó a Margaret por sus planes de ampliar el huerto. Ella quiso saber qué pensaba de comprar una vaca lechera. Lucy parloteó sobre los pollitos que habían nacido la semana anterior.

Aquello, pensó Margaret con una mezcla de alegría y terror, se sentía como una familia de verdad.

—Los Henderson van a levantar un granero la próxima semana —dijo Elijah mientras terminaba su café—. La mayoría de las familias vecinas estarán allí. Pensé que podríamos ir.

Margaret alzó la vista, sorprendida. —¿Todos nosotros?

—Claro que todos —dijo Lucy con entusiasmo—. Puedo enseñarles a todos mi muñeca nueva, y tú puedes conocer a las demás señoras.

La idea de conocer a los vecinos, de que la presentaran como Caroline Cade, le provocó una punzada de ansiedad. Pero Elijah la miraba con lo que bien podría ser esperanza en los ojos.

—Me gustaría —dijo, y lo decía en serio a pesar de sus temores.

—Bien —dijo Elijah, levantándose para coger su sombrero y sus herramientas—. Ya es hora de que la gente te conozca como es debido.

Después de que él se marchara a trabajar, Margaret y Lucy retomaron su rutina matutina. Alimentaron juntas a las gallinas: Lucy esparcía el grano mientras Margaret recogía los huevos. Deshierbaron el huerto, y Lucy aprendió poco a poco a distinguir entre los brotes de judía y las malas hierbas. Practicaron las letras: Lucy trazaba palabras en la tierra con un palo mientras Margaret le guiaba la mano.

—¿Puedes enseñarme a escribir mi nombre? —preguntó Lucy mientras se sentaban a la sombra del porche.

—Claro que sí —dijo Margaret, alisando un trozo de tierra—. L-U-C-Y. Lucy.

Lucy practicó las letras con cuidado, con la lengua asomada en señal de concentración. —¿Puedes escribir tu nombre también?

La mano de Margaret se quedó paralizada a medio camino. —¿Mi nombre?

—Caroline —dijo Lucy, como si fuera obvio—. Quiero ver lo bonito que queda.

El nombre falso le supo a veneno en la lengua. Pero lo escribió con cuidado en la tierra: C-A-R-O-L-I-N-E.

—Es precioso —dijo Lucy con admiración—. Pero es muy largo. ¿Tienes un nombre más corto? Mamá me llamaba Lu-lu a veces.

A Margaret se le hizo un nudo en la garganta. —Algunas personas me llamaban Maggie cuando tenía tu edad.

La verdad se le escapó antes de que pudiera contenerse. Maggie. Margaret. Su verdadero nombre, o casi.

—Maggie —repitió Lucy con una sonrisa—. Me gusta. ¿Puedo llamarte Maggie a veces?

—Si quieres —dijo Margaret en un hilo de voz.

Durante el resto del día, Lucy experimentó con ambos nombres: unas veces la llamaba Caroline, otras Maggie. Cada vez que oía su verdadero nombre, Margaret sentía una punzada agridulce. Era maravilloso que la conocieran, aunque solo fuera en parte, por quien realmente era. Pero también le recordaba lo hondo que calaba el engaño.

Esa noche, mientras cenaban, Lucy parloteó sobre su día y sobre lo que había aprendido a escribir. —Ya sé escribir mi nombre, papá. Y Caroline me enseñó a escribir el suyo también. Pero creo que me gusta más Maggie. Suena más simpático.

El tenedor de Elijah se quedó suspendido a medio camino de la boca. —¿Maggie?

—Es como me llamaban cuando era pequeña —dijo Margaret a toda prisa, con las mejillas encendidas—. Un apodo.

—Maggie —repitió Elijah, pensativo—. Te pega más que Caroline, no sé por qué.

La observación la sacudió por dentro. ¿Cómo podía saberlo? ¿Cómo podía intuir que Caroline no le sentaba bien, no como su verdadero nombre?

—¿Por qué lo dices? —preguntó, intentando que su voz sonara despreocupada.

Elijah guardó silencio un momento, meditándolo. —Caroline suena a alguien que estaría a gusto en salones elegantes y vestidos de gala. Maggie suena a alguien que ayudaría a apagar un incendio, que haría muñecas para niñas pequeñas y recogería flores silvestres para la mesa del desayuno.

Sus palabras se acercaban tanto a la verdad que Margaret apenas podía respirar. La estaba describiendo a ella, a Margaret, no a la elegante Caroline que nunca había existido.

—Quizá he cambiado desde que llegué aquí —dijo con cautela.

—Quizá —convino Elijah—. O quizá siempre fuiste Maggie por dentro, y solo hacía falta el lugar adecuado para que saliera a la luz.

Después de cenar, mientras Margaret fregaba los platos y Elijah apuraba su café, Lucy salió corriendo a jugar con la última luz del día.

—Habla de ti constantemente —dijo Elijah de pronto.

Margaret alzó la vista del fregadero, sorprendida. —¿Lucy?

—Todos los días. Le contó a Joe que le enseñaste a plantar judías en hileras. Le dijo a la mujer del vecino que haces los mejores bizcochos del Territorio de Wyoming. Y a mí me contó que cantas mientras trabajas, y que eso hace que toda la casa parezca más alegre.

Margaret notó que se ruborizaba. —Es una niña maravillosa.

—Lo es —convino Elijah—. Y nunca se ha encariñado con nadie como se ha encariñado contigo. No desde... —Se detuvo, con la mirada perdida.

—Desde su madre —completó Margaret con suavidad.

Elijah asintió, con la mandíbula tensa. —Helen era... diferente con Lucy. Distraída. Le costaba ser madre. Era muy joven cuando nació Lucy, y nunca terminó de adaptarse a la vida del rancho.

Era lo más que había dicho nunca sobre su primera esposa, y Margaret contuvo el aliento, temerosa de romper el hechizo.

—Lucy apenas la recuerda —continuó Elijah—. Quizá sea mejor así. Helen no era... no era feliz aquí. Al final, apenas nos dirigía la palabra a ninguno de los dos.

—Eso tuvo que ser muy doloroso —dijo Margaret con dulzura.

—Fue así. —La voz de Elijah era serena, pero cargaba un dolor antiguo—. No dejaba de pensar que podía arreglarlo, que si me esforzaba más, si la quería mejor, ella encontraría algo de felicidad aquí. Pero hay personas que no están hechas para esta vida.

Entonces alzó la vista hacia ella, y sus ojos gris azulado le escudriñaron el rostro. —Tú sí lo estás, en cambio. Hecha para esta vida, quiero decir. Lucy lo ve. Caramba, hasta yo puedo verlo.

Las palabras la golpearon como un puñetazo. Él creía que ella pertenecía aquí, que estaba hecha para esta vida. Si supiera que todo en ella era mentira, que la mujer por la que empezaba a sentir algo no existía en realidad.

—Gracias —susurró, porque no se fiaba de que la voz le diera para más.

Elijah se levantó y se acercó a la ventana para observar a Lucy, que perseguía luciérnagas en el crepúsculo naciente. —Nunca había llamado Mamá a nadie antes que a ti —dijo en voz baja—. No desde que tuvo edad suficiente para entender lo que significaba esa palabra.

La culpa le ardía en el pecho como ácido. Aquella niña hermosa y confiada le había dado el regalo más precioso que puede dar un niño, y ella lo había aceptado con engaños.

—La quiero —dijo Margaret, y la verdad brotó antes de que pudiera contenerla—. La quiero tanto que me asusta.

Elijah se volvió hacia ella, y algo en su expresión le cortó el aliento. —Bien —dijo sin más—. Se merece que la quieran así.

Más tarde, esa noche, Margaret se sentó junto a la ventana a escribir otra carta que nunca enviaría. Fuera, las estrellas de Wyoming salpicaban el cielo como diamantes desperdigados, y en algún lugar de la oscuridad, un pájaro nocturno llamaba a su pareja.

«Caroline», escribió, «vivo en un mundo levantado sobre tu nombre, pero cada día me convierto más en mí misma. La mujer en la que Elijah está aprendiendo a confiar no eres tú. Soy yo, Margaret, la hermana que nunca supiste ver. Y me aterra que cuando descubra la verdad, me odie por el engaño. Pero también me aterra quererlo demasiado para confesar, demasiado para arriesgarme a perder esta vida que estamos construyendo juntos».

Selló la carta y la escondió con las demás, y luego se quedó contemplando la noche. El día siguiente traería nuevos desafíos, nuevas oportunidades de demostrar que era digna de la confianza de aquella familia. Pero también la hundiría más en la mentira que le estaba destrozando el corazón, aun cuando le daba todo lo que siempre había deseado.

Al otro lado de la ventana, el viento susurraba entre la hierba, portando secretos y promesas que no sabía si podría cumplir.

CAPÍTULO 8



El día comenzó como cualquier otro: Margaret se despertó antes del amanecer al oír a Elijah moverse en silencio por la casa mientras se preparaba para el trabajo. Había llegado a amar este momento de la mañana, cuando el mundo estaba quieto y en paz, y podía cumplir con sus quehaceres con un propósito que había faltado en su vida en Nueva York.

Lucy todavía dormía, acurrucada con sus dos muñecas, así que Margaret se vistió en silencio y se dirigió a la cocina. Ya tenía el café haciéndose y los bizcochos en el horno cuando apareció Elijah, con el cabello húmedo de lavarse y la ropa de trabajo limpia, aunque ya dejaba entrever el duro día que le esperaba.

—Buenos días —dijo, aceptando la taza de café que ella le tendió. Durante las últimas semanas, estos intercambios matutinos se habían vuelto más fáciles, más naturales. Todavía andaban con cuidado el uno con el otro, todavía aprendían los límites de su extraño matrimonio, pero las asperezas de sus primeras interacciones se habían suavizado.

—La construcción del granero de los Henderson es mañana —dijo Margaret mientras revisaba los bizcochos—. Lucy no ha parado de hablar de ello en toda la semana.

—Así es —coincidió Elijah, y su voz se llenaba de calidez cuando hablaba de su hija—. Le vendrá bien pasar tiempo con otros niños.

Ha estado demasiado sola, rodeada solo de adultos.

Margaret sintió una punzada familiar ante sus palabras. Lucy había estado sola porque su madre se había marchado, porque la mujer que más debería haberla querido había elegido abandonarla. Fuera lo que fuese lo ocurrido entre Elijah y su primera esposa, Lucy había pagado el precio.

—Está deseando enseñar su muñeca nueva —dijo Margaret mientras ponía los bizcochos calientes sobre la mesa—. Y presentarnos a los dos ante todos como su familia.

Elijah levantó la vista, y algo cambió en su expresión.

—¿Es así como nos ves? ¿Como una familia?

La pregunta pilló a Margaret desprevenida. Llevaba semanas pensando en ellos como una familia, pero oírle preguntarlo directamente le hizo darse cuenta de cuánto significaba aquello para ella.

—Sí —respondió simplemente—. ¿Tú no?

Elijah guardó silencio un largo momento mientras bebía su café y miraba por la ventana hacia las montañas.

—Todavía estoy aprendiendo —dijo al fin—. Hemos sido solo Lucy y yo durante tanto tiempo... Había olvidado lo que se sentía al tener a alguien más en quien pensar, alguien más por quien preocuparse.

Aquella confesión era más personal que cualquier otra cosa que hubiera compartido con ella, y Margaret sintió que el corazón le daba un vuelco de esperanza. Él pensaba en ella como alguien por quien preocuparse, alguien que importaba.

—Yo también me preocupo por ti —dijo ella en voz baja—. Y por Lucy. No puedo evitarlo.

Los ojos de Elijah se encontraron con los suyos al otro lado de la mesa, y por un momento, la cuidadosa distancia entre ellos pareció desvanecerse.

—Bien —dijo en voz queda—. Así es como deben ser las familias.

Después de que él se marchara, Margaret cumplió con sus quehaceres habituales con el corazón más ligero. Ella y Lucy cuidaron el jardín juntas mientras la niña parloteaba sobre la construcción del granero y toda la gente que vería. Practicaron las letras, y Margaret se maravilló de lo rápido que aprendía la pequeña.

—¿Habrá baile en la construcción del granero? —preguntó Lucy mientras tendían la ropa.

—Puede que sí —dijo Margaret—. ¿Te gusta bailar?

Lucy asintió con entusiasmo.

—Mamá bailaba a veces. Cuando estaba contenta. Me cogía en brazos y me hacía girar hasta que las dos nos mareábamos.

Margaret sonrió al imaginarlo.

—Qué bonito.

—¿Bailarás conmigo si hay música? —preguntó Lucy.

—Claro que sí —prometió Margaret, y Lucy sonrió radiante.

La tarde transcurrió en paz. Margaret se dedicó a los remiendos mientras Lucy jugaba cerca. El cálido aire primaveral entraba por las ventanas abiertas y traía consigo el aroma de las flores silvestres y el sonido lejano del ganado en los pastos.

Era casi la hora de cenar cuando Elijah apareció en el umbral de la cocina, y Margaret supo de inmediato que algo iba mal. Tenía el rostro pálido bajo el bronceado y se sujetaba el antebrazo izquierdo contra el pecho. La sangre le manaba entre los dedos.

—¡Papá! —gritó Lucy. Dejó caer la muñeca y corrió hacia él.

—Tranquila, pequeña —dijo Elijah con voz tensa pero serena—. Solo es un corte. No pasa nada.

Pero Margaret veía cuánta sangre había, veía cómo Elijah protegía el brazo herido. Aquello era más que «solo un corte».

—Siéntate —dijo con firmeza mientras se acercaba a él—. Déjame ver.

—No es nada —protestó Elijah, pero se tambaleaba ligeramente.

—Siéntate —repitió Margaret en un tono que no admitía réplica. Había visto suficientes heridas en sus años de ayudar a los vecinos en Nueva York como para saber que aquello requería atención inmediata.

Elijah se dejó caer en una silla de la cocina, y Margaret le apartó la mano de la herida con cuidado. El corte era profundo, iba desde la muñeca casi hasta el codo y sangraba sin parar. Se veía que lo había hecho algo afilado y limpio, probablemente uno de los cuchillos de marcar.

—Lucy, necesito que me traigas toallas limpias del armario —dijo Margaret, procurando mantener la voz serena pese a la alarma que sentía—. Y llena la palangana con agua de la tetera.

Lucy asintió con solemnidad y se apresuró a ayudar, con los ojos muy abiertos por la preocupación pero los movimientos firmes. Margaret se sintió orgullosa de lo valiente que era la pequeña.

—Esto va a necesitar puntos —le dijo Margaret a Elijah mientras presionaba una toalla contra la herida para cortar la hemorragia—. ¿Cómo ha pasado?

—Se me resbaló el cuchillo de marcar —dijo Elijah con los dientes apretados—. Un error estúpido. Estaba distraído, pensando en otras cosas.

Margaret no preguntó qué le había distraído. Ahora, lo único que importaba era detener la hemorragia y cerrar bien la herida.

—Voy a necesitar aguja e hilo —dijo—. De los de remendar, no de coser. Y algo fuerte para beber, si tienes.

—Hay whisky en el despacho —dijo Elijah—. Pero no necesito...

—Sí lo necesitas —dijo Margaret con firmeza—. Esto va a doler.

Envió a Lucy a buscar el whisky mientras reunía lo que necesitaba. Le temblaba el corazón, pero las manos le respondían firmes mientras enhebraba la aguja. Había cosido cortes antes, pero nunca uno tan grave, y nunca en alguien que le importara tanto.

Cuando todo estuvo listo, Margaret se sentó frente a Elijah y le tomó el brazo herido entre las manos. La hemorragia había disminuido, pero no se había detenido, y pudo ver que el corte era aún más profundo de lo que había pensado en un principio.

—Esto podría dejarte cicatriz —le advirtió.

—No será la primera —dijo Elijah, y Margaret reparó en las otras cicatrices de sus manos y brazos, testimonio de años de trabajo duro.

Comenzó a limpiar la herida con toda la delicadeza posible sin descuidar la minuciosidad. Elijah apretaba la mandíbula con fuerza, pero no dejó escapar ni una queja. Lucy se sentó cerca, observando con ojos solemnes mientras sostenía la mano libre de su padre.

—Cuéntame cómo es eso de la construcción del granero —dijo Margaret mientras empezaba a coser, con la esperanza de distraerlos

a todos de lo que estaba haciendo—. ¿Cómo funciona?

—Se reúne toda la comunidad —dijo Elijah con voz tensa por el dolor, pero firme—. Los hombres trabajan en el granero mientras las mujeres cocinan y cuidan de los niños. Al anochecer, el granero está levantado y normalmente se celebra una fiesta.

—¿Habrá música? —preguntó Lucy.

—Normalmente sí —dijo Elijah—. El viejo Pete trae su violín, y a veces alguien lleva una guitarra.

Margaret siguió cosiendo con movimientos cuidadosos y precisos. Notaba la tensión en el brazo de Elijah, veía las arrugas de dolor en torno a sus ojos, pero él permaneció completamente inmóvil y la dejó trabajar.

—Ya casi he terminado —murmuró al llegar al final del corte.

—Tienes buena mano para esto —dijo Elijah en voz baja—. Manos firmes.

—A veces ayudaba a curar a los vecinos en Nueva York —dijo Margaret—. Aunque nunca nada tan grave como esto.

Ató el último punto y comenzó a vendar la herida, envolviéndola con cuidado para mantenerla limpia y protegida. Cuando terminó, se echó hacia atrás y observó su trabajo. No era perfecto, pero estaba bien hecho.

—Debería curarse bien si lo mantienes seco y cambias la venda cada pocos días —dijo.

Elijah flexionó los dedos a modo de prueba y torció el gesto levemente.

—Gracias —dijo, y había algo en su voz que hizo que Margaret alzara la vista hacia él.

Él la observaba con una expresión que nunca le había visto. Había gratitud, sí, pero también algo más profundo. Algo que le cortó la respiración.

—No tenías por qué hacerlo —dijo en voz baja—. Cuidarme así. Muchas mujeres habrían mandado llamar al médico.

—El médico está a una hora de distancia —señaló Margaret—. Habrías sangrado por toda la cocina mientras esperábamos.

—Aun así —dijo Elijah—. No dudaste. No te echaste atrás. Tomaste las riendas e hiciste lo que había que hacer.

Margaret notó que le ardían las mejillas.

—Cualquiera habría hecho lo mismo.

—No —dijo Elijah con firmeza—. No cualquiera. Helen habría... —Se detuvo y su expresión se volvió distante.

—¿Habría qué? —preguntó Margaret con suavidad.

Elijah guardó silencio tanto rato que Margaret pensó que no iba a responder. Lucy se había acurrucado en su silla, agotada por la tensión de ver a su padre herido, y cabeceaba a pesar de lo temprano de la hora.

—Helen no soportaba ver sangre —dijo Elijah por fin, en un hilo de voz—. Ni el dolor, ni nada feo o difícil. Quería que todo fuera hermoso, tranquilo y perfecto. Cuando no lo era... —Se encogió de hombros con el hombro bueno—. Desaparecía. A veces durante horas, a veces durante días.

A Margaret se le encogió el corazón al oír el dolor en su voz.

—Eso tuvo que ser muy duro.

—Para Lucy fue peor —dijo Elijah—. Una niña necesita saber que su madre estará ahí, que no va a desaparecer cuando las cosas se pongan difíciles. Pero Helen... —Se interrumpió y negó con la cabeza.

—¿Qué le pasó? —preguntó Margaret con suavidad.

Elijah la miró a los ojos, y ella vio en ellos años de dolor y culpa.

—La madre de Lucy no murió —dijo en voz baja, con un pesar tan hondo que a Margaret se le oprimió el pecho—. Se fue.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire entre ellos, cargadas de significado. Margaret lo había sospechado, había intuido que la historia encerraba algo más que la muerte de una joven madre. Pero oírlo de sus labios, ver el dolor en carne viva en el rostro de Elijah, lo volvió real de un modo que las meras sospechas no habían conseguido.

—¿Se fue? —repitió Margaret en voz baja.

—Una mañana, cuando Lucy tenía dos años, me desperté y se había ido. No se llevó más que la ropa que llevaba puesta y el dinero que pudo encontrar. Dejó una nota en la que decía que ya no podía más. Que no podía ser esposa ni madre ni vivir en un rancho en medio de la nada.

A Margaret le escocieron los ojos.

—Oh, Elijah.

—Lucy no paraba de preguntar dónde estaba mamá —continuó Elijah con la voz ronca por el viejo dolor—. No sabía qué decirle. ¿Cómo le explicas a una niña de dos años que su madre eligió abandonarla? Así que... le dije que mamá se había ido al cielo. Me pareció lo más piadoso.

—Por eso Lucy habla de ella como si hubiera muerto —comprendió Margaret.

Elijah asintió.

—No recuerda mucho de antes de que Helen se marchara. Solo fragmentos. Los bailes, los vestidos bonitos, los momentos en que Helen era feliz. No recuerda los días en que Helen no salía de la cama, ni las semanas en que apenas nos dirigía la palabra.

Margaret alargó el brazo por encima de la mesa y le cubrió la mano sana con la suya.

—Lo siento mucho.

—No dejo de pensar que debería haberlo visto venir —dijo Elijah —. Debería haber sabido lo desgraciada que era. Quizá si hubiera sido mejor marido...

—No —dijo Margaret con firmeza—. Una madre no abandona a su hija porque su marido no sea perfecto. Se fue por algo que llevaba dentro, no por nada que tú hicieras o dejaras de hacer.

Elijah bajó la mirada hacia sus manos entrelazadas, y Margaret cayó en la cuenta de que era la primera vez que se tocaban a propósito, sin la excusa de una urgencia médica o un accidente.

—Desde entonces he tenido miedo de confiar en nadie —admitió —. Miedo de que cualquier persona que me importa se marche cuando las cosas se pongan difíciles. Pero tú... —volvió a mirarla a los ojos—. Tú no te fuiste cuando el granero se incendió. No te echaste atrás cuando estaba desangrándome en la cocina. Tú no eres Helen.

El corazón de Margaret latía tan fuerte que estaba segura de que él podía oírlo.

—No —dijo en voz baja—. No lo soy.

Se quedaron en silencio durante un largo momento mientras el peso de su confesión se asentaba entre ellos. Margaret pensó en todo lo que ahora cobraba sentido, en todas las piezas del rompecabezas que por fin encajaban. Su cautela hacia ella, su reticencia a confiar, su manera feroz de proteger a Lucy. Lo había abandonado la mujer que amaba, traicionado de la forma más profunda posible.

Y allí estaba ella, viviendo una mentira que lo destrozaría si llegaba a descubrir la verdad.

La culpa le ardía en el pecho como ácido, pero la apartó de su mente. Fuera cual fuese su engaño, fuera cual fuese el riesgo para su propio corazón, jamás abandonaría a Lucy como había hecho Helen. Jamás abandonaría a Elijah cuando más la necesitara.

—Debería ir a ver a los animales —dijo Elijah por fin, haciendo ademán de levantarse.

—Deberías descansar —lo corrigió Margaret—. Has perdido sangre, y ese brazo necesita tiempo para curarse.

—Los animales...

—Pueden esperar hasta mañana. Joe puede encargarse de las tareas de la tarde. Margaret se puso de pie y empezó a recoger el material médico. —Necesitas comer algo y dormir un poco.

Elijah hizo amago de protestar, pero pareció pensárselo mejor. —Está bien —dijo—. Pero solo por esta noche.

Margaret sonrió ante su reticente aceptación. —Solo por esta noche.

Después de cenar —Elijah comió con la mano buena mientras Margaret le cortaba la carne—, acostaron juntos a Lucy. La niña seguía preocupada por su padre, así que ambos se sentaron en su cama mientras Margaret le leía un cuento y Elijah le aseguraba que el brazo se pondría bien.

—¿Prometes que no te irás como hizo mamá? —preguntó Lucy de repente, con los ojos muy abiertos y serios clavados en Margaret.

A Margaret se le encogió el corazón. —Te lo prometo —dijo, y lo decía con cada fibra de su ser—. No pienso irme a ninguna parte.

—Bien —dijo Lucy mientras se acurrucaba contra la almohada—. Te quiero, Maggie.

—Y yo a ti, cariño.

Cuando Lucy se durmió, Margaret y Elijah volvieron a la cocina. La luz del atardecer se desvanecía y proyectaba largas sombras sobre el suelo. Se movían por la estancia en silencio, sin estorbarse: Margaret fregaba los platos mientras Elijah permanecía sentado a la mesa con el brazo herido apoyado con cuidado sobre un cojín.

—Debería cambiarte ese vendaje antes de que te acuestes —dijo Margaret tras secar el último plato.

—De acuerdo.

Le desenvolvió el brazo con cuidado para revisar los puntos en busca de signos de infección o sangrado nuevo. La herida tenía buen aspecto, sin señales de infección. Pronto empezaría a cerrarse. Los puntos le habían quedado limpios y uniformes, y sintió una pequeña oleada de orgullo por su trabajo.

—Sanará bien —dijo mientras volvía a vendarlo con gasas limpias.

—Gracias a ti —dijo Elijah.

Al terminar de atar el vendaje, Margaret fue consciente de lo cerca que estaban sentados. Percibía el olor del jabón que él usaba, distinguía las motas doradas en sus ojos gris azulados. Aún tenía las manos sobre su brazo y notaba el calor de su piel a través de las vendas.

—Maggie —dijo él en voz queda, y el sonido de su apodo en aquellos labios le cortó la respiración.

Levantó la vista y lo encontró mirándola con una intensidad que le aceleró el corazón. Por un instante, se sostuvieron la mirada, el aire entre ellos cargado de algo nuevo, frágil y precioso.

—Gracias —dijo él en voz baja—. Por hoy. Por todo.

—No tienes que agradecerme —susurró ella—. Esto es lo que hacen las familias. Cuidarse unos a otros.

Algo cambió en su expresión: un muro que se desmoronaba, una puerta que se abría. —Sí —dijo—. Así es.

Margaret terminó con el vendaje y se echó hacia atrás, pero ninguno de los dos se movió para aumentar la distancia. La cocina estaba en silencio salvo por el suave tictac del reloj y el sonido lejano de los pájaros nocturnos que se llamaban unos a otros.

—Debería dejarte descansar —dijo Margaret al fin, aunque no quería marcharse.

—Sí —convino Elijah, aunque no hizo ademán de levantarse—. Mañana será un día largo.

—La construcción del granero.

—La construcción del granero.

Se quedaron sentados otro momento en cómodo silencio, y Margaret pensó en cuánto había cambiado entre ellos en una sola tarde. La confesión sobre Helen, la confianza que él había demostrado al dejarla curarle la herida, y el cuidado con que estaban aprendiendo a velar el uno por el otro.

Por fin, Margaret se levantó y empezó a recoger el material médico. —Buenas noches, Elijah.

—Buenas noches, Margaret.

Estaba casi en la puerta de la cocina cuando la voz de él la detuvo.

—¿Margaret?

Se volvió. —¿Sí?

—Me alegro de que estés aquí —dijo sin más—. Me alegro de que te hayas quedado.

Las palabras la golpearon con la fuerza de un impacto físico, dulce y doloroso a la vez. —Yo también —respondió, y lo decía de verdad a pesar de la culpa que ensombrecía su felicidad.

Más tarde, esa noche, mientras Margaret yacía en su estrecha cama oyendo el viento de Wyoming, pensó en las revelaciones de la tarde. Elijah había confiado en ella su dolor más profundo, le había permitido ver las heridas que el abandono de Helen había dejado tras de sí. Empezaba a encariñarse con ella, a creer que podría ser alguien en quien confiar.

La ironía era amarga. Él estaba aprendiendo a confiar en ella justo cuando el engaño la consumía viva por dentro. Cada día que se quedaba, cada momento de cercanía creciente entre ellos, hacía que la revelación inevitable fuera más devastadora.

Pero no podía marcharse. No ahora, no nunca. Le había prometido a Lucy que no se iría, y lo había dicho en serio. Había visto el miedo en los ojos de la niña, el terror a que todos los que

amaba la abandonaran. Margaret habría preferido morir antes que volver a poner esa expresión en el rostro de Lucy.

Y Elijah. Margaret se llevó la mano al pecho, donde el corazón le dolía de amor y culpa a partes iguales. Se estaba enamorando de él, de su fuerza silenciosa y su ternura oculta, de cómo amaba a su hija y de cómo estaba empezando a confiar de nuevo pese a sus cicatrices.

Vivía la mentira más hermosa, y estaba atrapada en ella por amor.

A la mañana siguiente, Margaret despertó y encontró una pequeña ramita de artemisa en el alféizar de la ventana, igual que semanas atrás, tras el incendio del granero. Pero esta vez había algo más junto a ella. Una sola flor silvestre, el mismo altramuz morado que Lucy había recogido para ella el día anterior.

Margaret se las llevó a los labios y cerró los ojos, permitiéndose un momento de pura felicidad antes de que el peso de su engaño volviera a posarse sobre sus hombros.

Pasara lo que pasara, costara lo que costara, atesoraría aquello. La noche en que Elijah le había confiado su corazón, la noche en que comprendió que haría cualquier cosa por proteger a la familia que había encontrado en aquel lugar salvaje y hermoso.

Aunque esa familia estuviera construida sobre una mentira que jamás podría contar. Colocó la nueva ofrenda entre las páginas de su biblia, apenas unas hojas más allá de la ramita de artemisa prensada.

CAPÍTULO 9



Los días posteriores a la lesión de Elijah trajeron un cambio al rancho que Margaret sintió hasta los huesos. Donde antes había habido distancia prudente y conversación cortés, ahora había algo más cálido, algo peligrosamente parecido a un matrimonio de verdad.

El brazo de Elijah sanaba bien, aunque aún no podía usarlo para trabajos pesados. Esto lo obligaba a quedarse cerca de la casa, lo que significaba que estaba allí cuando Margaret trabajaba en el huerto, cuando tendía la ropa y cuando enseñaba las letras a Lucy en el porche.

Esta nueva cercanía comenzó poco a poco. Elijah comentaba lo bien que crecían las plántulas de judías. Margaret le pedía consejo sobre dónde plantar los tomates. Se encontraban trabajando codo con codo, y sus movimientos se sincronizaban de un modo que resultaba natural y correcto.

Aquella mañana era especialmente hermosa; una suave lluvia primaveral había caído durante la noche y había dejado el aire limpio y la tierra oscura y fértil. Margaret se arrodilló en el huerto para trasplantar con cuidado las plántulas de col mientras el suelo aún estaba húmedo y fácil de trabajar.

—¿Te importa si ayudo?

Margaret alzó la vista y vio a Elijah de pie en el borde del huerto, con el brazo lesionado aún en cabestrillo pero la mano buena libre.

—Deberías estar descansando —dijo ella, aunque el corazón le dio un vuelco ante la idea de tenerlo cerca.

—No aguanto ni un minuto más sin hacer nada —respondió él, ya encaminándose hacia las hileras que ella había marcado—. Además, este trabajo se puede hacer con una sola mano.

Trabajaron juntos en un silencio agradable durante un rato; Margaret le enseñaba cómo espaciar las plantas y Elijah seguía sus indicaciones con atención. El sol de la mañana les calentaba suavemente la espalda mientras los pájaros cantaban en los álamos junto al arroyo.

—Sabes lo que haces —observó Elijah mientras Margaret le mostraba cómo apretar la tierra alrededor de cada planta—. Estos huertos son mejores que cualquiera que hayamos tenido desde... — hizo una pausa y continuó en voz más baja—. Desde que me encargo yo solo.

—Me enseñó mi madre —dijo Margaret mientras colocaba otra plántula en su sitio—. Teníamos un pequeño huerto detrás de casa, en Nueva York. No era gran cosa, pero bastaba para verduras y hierbas aromáticas.

—Parece que era una mujer práctica.

—Lo era —Margaret sonrió al recordarla—. Solía decir que una mujer capaz de cultivar su propia comida nunca pasaría hambre, pasara lo que pasara.

Elijah asintió con aprobación.

—Un consejo sabio. Esta tierra puede ser dura, pero da sus frutos si sabes cómo tratarla.

Siguieron plantando, y la conversación fluía con más facilidad que nunca. Elijah le habló de los desafíos de la ganadería en el Territorio de Wyoming: los duros inviernos, los veranos secos y la vigilancia constante que exigía proteger al ganado de depredadores y enfermedades.

Margaret acabó compartiendo recuerdos de su infancia, cuidadosamente adaptados a la historia de Caroline. Habló de cómo

aprendió a conservar verduras, de la satisfacción de ver cómo las semillas que había plantado se convertían en comida para la mesa.

—¡Papá! ¡Maggie!

Alzaron la vista y vieron a Lucy, que corría hacia ellos desde la casa con el cabello castaño rojizo ondeando a su espalda y las dos muñecas apretadas contra el pecho.

—¿Puedo ayudar yo también? —preguntó sin aliento—. Quiero plantar algo.

—Claro que sí —dijo Margaret mientras le hacía sitio a su lado—. Hoy estamos plantando las judías. ¿Quieres ayudar con eso?

Lucy asintió entusiasmada y se sentó en la tierra con las piernas cruzadas, sin importarle que el vestido se le manchara. Margaret le dio un puñado de semillas de judía y le enseñó a hundirlas en la tierra a la profundidad adecuada.

—¿Así? —preguntó Lucy mientras colocaba con cuidado una semilla en el agujerito que Margaret le había hecho.

—Perfecto —dijo Margaret—. Ahora tápala con cuidado y aprieta un poco la tierra.

Mientras trabajaban, Lucy parloteaba de todo y de nada. Les contó que había visto un pajarito aprender a volar, les habló de los gatitos recién nacidos en el granero y de un cuento que se estaba inventando sobre una princesa que podía hablar con los animales.

Una profunda satisfacción invadió a Margaret mientras escuchaba la voz alegre de la niña. Aquello le parecía bien de un modo que nada en su vida le había parecido antes: trabajar junto a Elijah, enseñar a Lucy, crear juntos algo que alimentaría a su familia en los meses venideros.

—Mira qué rectas nos han quedado las hileras —dijo Lucy con orgullo, y retrocedió para admirar su trabajo.

—Muy rectas —confirmó Elijah con seriedad—. Las mejores hileras que he visto en mi vida.

Lucy se iluminó con el elogio y echó los brazos al cuello de Margaret.

—Este es el mejor día del mundo —anunció—. Somos como una familia de verdad, todos juntos.

A Margaret se le hizo un nudo en la garganta al oír aquellas palabras inocentes. Eran como una familia de verdad. Pero los cimientos de esa familia estaban construidos sobre mentiras que podrían destruirlo todo si algún día se descubría la verdad.

—Somos una familia de verdad —dijo Elijah en voz baja, y cuando Margaret alzó la vista, descubrió que él la observaba con una expresión que le aceleró el corazón.

El momento se rompió con unas risas que llegaban del granero. Joe, el peón del rancho, intentaba mover a una vaca especialmente terca, pero el animal no estaba por la labor. La vaca había clavado las patas en el suelo y se negaba a moverse, mientras Joe empujaba y la engatusaba sin éxito.

—Bessie se ha puesto borde otra vez —dijo Elijah divertido—. Esa vaca tiene más carácter que la mayoría de la gente.

Lucy se rio al verla.

—Parece que está haciendo pucheros.

—Seguro que sí —dijo Margaret, aún asombrada de que su pregunta sobre conseguir una vaca lechera hubiera dado como resultado que Bessie apareciera una hermosa tarde hacía solo unos días—. Algunos animales son tan quisquillosos con sus rutinas como las personas.

Observaron los intentos de Joe durante unos minutos más, hasta que Elijah se levantó y fue a ayudar. Incluso con un solo brazo, tenía un don con los animales que Margaret admiraba. En cuestión de minutos, consiguió que Bessie fuera adonde tenía que ir, mientras Joe negaba con la cabeza, asombrado.

—¿Cómo lo hace? —preguntó Lucy.

—Tu papá entiende a los animales —dijo Margaret—. Sabe tener paciencia con ellos, ganarse su confianza.

—¿Por eso los caballos siempre vienen cuando los llama?

—Exacto.

Conforme avanzaba el día, terminaron de plantar el huerto. A última hora de la tarde, hileras ordenadas de hortalizas se extendían por el terreno, todo cuidadosamente espaciado y regado. Margaret dio un paso atrás y contempló su trabajo con satisfacción.

—Va a ser una buena cosecha —dijo Elijah, acercándose a ella—. El mejor huerto que ha tenido este lugar en años.

—Sienta bien plantar cosas —dijo Margaret—. Saber que lo que hacemos ahora nos alimentará después.

—Planificar el futuro —coincidió Elijah, y había algo en su voz que hizo que Margaret lo observara con más atención.

Esa noche, después de acostar a Lucy, Margaret y Elijah se sentaron a la mesa de la cocina con café y lo que quedaba del pastel de manzana que Margaret había preparado el día anterior. Había vuelto a llover, una suave lluvia primaveral que tamborileaba en el tejado y creaba una sensación acogedora en la cálida cocina.

—He estado pensando —dijo Elijah, con la mirada fija en su taza de café—. En ampliar el vergel.

Margaret levantó la vista, sorprendida.

—¿El vergel?

—Ahora solo hay unos pocos manzanos, y se están haciendo viejos. Pensé que quizá podríamos plantar algunos nuevos. Manzanos, perales, tal vez cerezos.

—La miró a los ojos—. ¿Qué te parece?

La pregunta pilló a Margaret desprevenida. Le estaba pidiendo opinión sobre planes a largo plazo para el rancho, como si fuera una verdadera compañera en aquella vida.

—Me parece maravilloso —dijo ella—. Aunque los frutales tardan años en dar fruto. Es planificar el futuro de verdad.

—Sí —respondió Elijah con sencillez—. Lo es.

Permanecieron en un silencio apacible, escuchando la lluvia y el tictac del reloj sobre la repisa de la chimenea. Margaret sintió que una calidez le inundaba el pecho, una calidez que nada tenía que ver con el café.

—¿Dónde los plantarías? —preguntó ella.

A Elijah se le iluminó el rostro y comenzó a describir sus ideas. La ladera sur, cerca del arroyo, sería perfecta para los frutales, dijo. Buen drenaje, pero cerca del agua para las épocas de sequía. Podrían plantarlos en hileras, con espacio suficiente para que los árboles crecieran grandes y sanos.

Mientras él hablaba, Margaret se dejó arrastrar por su visión. Podía imaginarlo: hileras de frutales cargados de manzanas y peras, Lucy corriendo entre ellos conforme creciera, quizá incluso nietos algún día, jugando a la sombra de las ramas que plantaban ahora.

El pensamiento le atravesó como una punzada. Nietos. Un futuro que se extendía años, décadas. Todo construido sobre la mentira de su identidad.

—Te has quedado callada —dijo Elijah, al notar su cambio de humor—. ¿No te gusta la idea?

—No, me encanta —se apresuró a decir Margaret—. Pensaba en lo maravilloso que será cuando los árboles hayan crecido y den fruto. Es como plantar un legado.

—Eso es exactamente —coincidió Elijah—. Algo que seguirá aquí mucho después de que nos hayamos ido. Algo para Lucy, y quizá para sus hijos algún día.

La calidez de su voz al hablar del futuro avivó la culpa de Margaret. La estaba incluyendo en sus sueños, haciendo planes que daban por hecho que ella seguiría allí durante años. ¿Cómo iba a decirle que la mujer en quien estaba aprendiendo a confiar, por quien empezaba a sentir algo, no era real?

—Debería ir a ver a Lucy —dijo Margaret, que necesitaba un momento para recomponerse.

Pero cuando se levantó para irse, Elijah le tomó la mano con suavidad.

—Maggie —dijo, usando el apodo que siempre le aceleraba el corazón—. Gracias. Por hoy, por el vergel, por... —Pareció buscar las palabras—. Por hacer que esto vuelva a sentirse como un hogar.

Aquellas sencillas palabras la golpearon con fuerza física. Quería apartar la mano, confesarlo todo, arrojarse a sus pies y suplicar perdón por el engaño sobre el que había construido su relación.

En cambio, le apretó la mano con suavidad.

—Gracias por dejarme formar parte de esto —dijo.

Esa noche, Margaret permaneció tumbada en la cama escuchando la lluvia, pensando en frutales y en el futuro, y en el terrible peso de vivir una mentira. En algún lugar de la casa, Elijah probablemente también estaba despierto, quizá planeando

exactamente dónde plantar aquellos árboles, quizá pensando en la mujer que creía que ella era.

Debió de quedarse dormida al final, porque la despertó el ruido de cascos de caballo en el patio. Margaret se incorporó, alarmada. Aún estaba oscuro, y las visitas a esas horas solían traer problemas.

Oyó las botas de Elijah en el suelo cuando se levantó a ver qué pasaba, y el murmullo de voces fuera, aunque no logró distinguir las palabras. Al cabo de unos minutos, el caballo se alejó y Elijah volvió a entrar.

Margaret esperó, pero él no fue a contarle qué quería el visitante. Era extraño. Normalmente, si había noticias del pueblo o problemas con los vecinos, se lo hacía saber.

Por la mañana, lo encontró ya en la cocina, bebiendo café y mirando por la ventana con expresión preocupada.

—¿Va todo bien? —preguntó—. Anoche oí un jinete.

—Un mensaje del pueblo —dijo Elijah sin mirarla—. Nada urgente.

Pero algo en su voz le indicó a Margaret que aquello no era del todo cierto. Había tensión en sus hombros, una rigidez en torno a los ojos que no estaba allí la noche anterior.

—¿Estás seguro? —insistió ella con suavidad.

Elijah por fin la miró, y Margaret vio algo en su expresión que le encogió el estómago de miedo.

—Hay correo en la estafeta —dijo—. Para Caroline Cade. De Nueva York.

Margaret sintió que la sangre le huía del rostro. Correo de Nueva York. Para Caroline.

—Puedo ir al pueblo a recogerlo —dijo, esforzándose por mantener la voz firme.

—No hace falta —dijo Elijah—. Joe puede recogerlo cuando vaya a por provisiones.

Pero Margaret veía que la observaba con atención, pendiente de su reacción. ¿Sospechaba algo? ¿Alguien en el pueblo habría dicho algo sobre la carta que le hubiera despertado la curiosidad?

—Debería preparar el desayuno —dijo Margaret, y se dirigió hacia los fogones con las piernas temblorosas.

—Margaret —dijo Elijah en voz baja.

Ella se volvió hacia él, con el corazón desbocado.

—¿Tienes algo que contarme? —preguntó—. ¿Algo sobre tu familia en el Este que yo deba saber?

La pregunta quedó suspendida en el aire entre ellos, cargada de posibilidad y peligro. Esta era su oportunidad. Podía contarle todo, confesar el engaño, suplicar su perdón y confiar en que el vínculo que habían forjado bastara para superar la mentira sobre la que había construido su relación.

Pero al mirarlo, al ver la confianza en sus ojos, el cariño que él había empezado a sentir por ella, Margaret no pudo hacerlo. No podía destruir la familia que estaban formando, no podía arrebatarle a Lucy su sensación de seguridad, no podía romper el corazón del hombre del que se estaba enamorando.

—No —dijo en voz baja—. Nada que no sepas ya.

Elijah le escrutó el rostro un buen rato y luego asintió.

—Está bien. Le diré a Joe que traiga la carta cuando vuelva.

El resto de la mañana transcurrió envuelto en una bruma de pavor para Margaret. Cumplió mecánicamente con sus rutinas habituales, pero la cabeza no dejaba de darle vueltas. ¿Quién le escribiría a Caroline? Tía Beatrice, probablemente, queriendo saber por qué no había tenido noticias de su sobrina desde su supuesto matrimonio. O quizás alguien de su círculo social, preguntándose por la nueva vida de Caroline en el Oeste.

Peor aún, ¿y si era la propia Caroline?

Al mediodía, Margaret estaba casi enferma de ansiedad. Había logrado mantener una fachada alegre por Lucy, pero cuando Elijah entró a almorzar, vio que él la observaba cada vez más preocupado.

—Pareces preocupada —dijo mientras se sentaban a comer.

—Solo estoy cansada —dijo Margaret, aunque ella misma notaba lo poco convincente que sonaba.

Lucy parloteó alegremente sobre sus actividades de la mañana, ajena a la tensión entre los adultos. Había pasado las horas jugando con los gatitos en el granero y no paraba de contar historias sobre sus travesuras.

—El pequeño gris trepó hasta lo alto de las balas de heno —dijo emocionada—. Joe dice que es el más valiente de la camada.

—Qué bien, cariño —dijo Margaret, aunque tenía la cabeza en otra parte.

A primera hora de la tarde, Joe regresó del pueblo con provisiones y un pequeño fajo de correo. A Margaret se le paró el corazón cuando le entregó a Elijah una carta dirigida con elegante caligrafía a «Sra. Caroline Cade».

—Esto llegó para su señora —dijo Joe—. El jefe de correos dijo que venía de Nueva York.

Elijah tomó la carta sin decir nada, pero Margaret sentía su mirada clavada en ella mientras intentaba seguir con lo que estaba haciendo en la encimera.

—Gracias, Joe —dijo Elijah—. Margaret, esto es para ti.

Margaret se volvió y aceptó la carta con manos que le temblaban ligeramente. La caligrafía le resultaba desconocida, lo que supuso un alivio y una nueva preocupación a la vez. No era Caroline, entonces, pero sí alguien que esperaba cartearse con su hermana.

—La leeré más tarde —dijo Margaret, y guardó la carta en el bolsillo del delantal.

Pero sentía la mirada de Elijah sobre ella, que notaba su reticencia a abrirla, su evidente ansiedad por el contenido.

Esa noche, después de que Lucy se durmiera, Margaret por fin abrió la carta en la intimidad de su habitación. Era de tía Beatrice, y al leerla sus peores temores se hicieron realidad.

«Mi querida Caroline», comenzaba la carta, «espero que esta te encuentre bien instalada en tu nuevo hogar. Debo confesar que tu partida nos dejó a todos muy conmocionados, sobre todo teniendo en cuenta las circunstancias de tu recuperación. El doctor dice que resulta asombroso que pudieras viajar tan pronto después de una fiebre tan grave».

Las manos de Margaret temblaban mientras seguía leyendo. Tía Beatrice describía la recuperación de Caroline, cómo había ido recobrando la salud poco a poco y su decisión de seguir a Margaret hacia el oeste.

«Está muy decidida a verte», continuaba la carta. «No habla de otra cosa que de su deseo de visitar Wyoming y conocer a tu nuevo esposo. Calculo que partirá en cuestión de una semana. Ha reservado pasaje en la misma ruta que tomaste tú y debería llegar a Prosperity a finales de mes».

La carta se le escurrió de los dedos entumecidos. Caroline venía. Caroline estaba bien, y venía al oeste a buscar a su hermana y reclamar su identidad.

El engaño estaba a punto de quedar al descubierto.

Margaret se tambaleó hasta la ventana y la abrió de golpe, boqueando en busca de aire. La lluvia primaveral caía con más fuerza ahora, tamborileando contra el techo y los cristales con creciente intensidad. Se quedó allí, en el aire fresco de la noche, con la carta apretada en la mano temblorosa, mientras sentía que su mundo empezaba a desmoronarse.

En menos de dos semanas, Caroline se bajaría del tren en Prosperity. Entraría en la vida que Margaret había construido y la destruiría con una sola palabra de verdad.

Margaret pensó en el rostro de Elijah cuando hablaba de plantar árboles frutales, de hacer planes para el futuro. Pensó en Lucy llamándola mamá, en la confianza y el amor que veía en los ojos de la pequeña. En la familia que habían formado, en la vida que habían construido juntos.

Todo desaparecería cuando llegara Caroline.

Margaret se dejó caer en la cama, la carta arrugada entre las manos, y rompió a llorar. Afuera, la lluvia primaveral seguía cayendo, limpiando la tierra mientras a ella se le rompía el corazón en pedazos.

La época más feliz de su vida estaba a punto de terminar, y no había nada que pudiera hacer para evitarlo.

CAPÍTULO 10



Margaret se despertó antes del amanecer con el peso de su decisión oprimiéndole el pecho como una piedra. Hoy le diría a Elijah la verdad. Costara lo que costara, pasara lo que pasara, no podía permitir que la llegada de Caroline sacara a la luz su engaño sin antes advertirle.

Había pasado la noche dándole vueltas a las palabras, componiendo y descartando frases en su mente. ¿Cómo se confesaba una mentira tan fundamental? ¿Cómo explicar que cada momento de confianza, cada gesto de afecto creciente, se había construido sobre cimientos de engaño?

Pero tenía que hacerse. Elijah merecía escucharlo de sus labios, no descubrirlo cuando Caroline se bajara de la diligencia en menos de una semana.

Margaret se vistió con cuidado y se dirigió a la cocina, donde encontró a Elijah ya sentado a la mesa con su café matutino. El brazo herido le estaba sanando bien, aunque todavía lo protegía un poco al moverse.

—Buenos días —dijo él, levantando la vista cuando ella entró—. Te has levantado temprano.

—No podía dormir —dijo Margaret con sinceridad. Se sirvió café y se sentó frente a él, estudiando su rostro a la luz de la lámpara. En cuestión de horas, podría haber perdido el derecho a sentarse allí

con él, a compartir esos tranquilos momentos matutinos que se habían vuelto tan preciosos para ella.

—¿Algo te preocupa? —preguntó Elijah, notando su expresión.

—Me preguntaba —dijo Margaret con cautela— si tendrías tiempo hoy para dar un paseo conmigo. Hay algo de lo que me gustaría hablar contigo.

Elijah arqueó una ceja.

—Suena serio.

—Lo es —dijo Margaret—. Pero hace un día precioso, y pensé que podríamos preparar algo para comer y acercarnos a revisar las cercas del sur. Podríamos hablar por el camino.

Había elegido la pradera sur a propósito. Estaba lejos de la casa, era un lugar apartado, con vistas a las montañas que habían llegado a serle muy queridas. Si aquellos iban a ser sus últimos momentos de paz en el rancho, quería pasarlos en un lugar hermoso.

—De acuerdo —aceptó Elijah—. De todos modos tengo que revisar esa cerca. Joe me dijo que uno de los postes estaba suelto.

El alivio la invadió, seguido de inmediato por el terror. Tenía horas para prepararse, para encontrar las palabras adecuadas, para reunir el valor de destruir la vida que había llegado a amar.

Después del desayuno, mientras Lucy jugaba con sus muñecas en el porche delantero, Margaret preparó la comida para el paseo. Metió en la cesta gruesas rebanadas de pan, lonchas de jamón, queso, manzanas y una botella de agua fresca. Le temblaban ligeramente las manos mientras lo envolvía todo en un paño limpio.

—¿Vamos de aventura? —preguntó Lucy, apareciendo en la puerta de la cocina con Rose, su muñeca de trapo, bajo el brazo.

—Papá y yo vamos a revisar la cerca —dijo Margaret—. Volveremos antes de cenar.

—¿Puedo ir yo también?

A Margaret se le encogió el corazón. Después de hoy, quizá no volviera a ver a Lucy nunca más. La niña podría crecer recordándola como la mujer que había mentido a su familia y traicionado la confianza de su padre.

—Hoy no, cariño —dijo Margaret con dulzura—. Joe estará pendiente de ti, y puedes ayudarle a dar de comer a las gallinas.

Lucy asintió de buen grado, acostumbrada a las rutinas de la vida en el rancho.

—¿Me traerás una piedra bonita? A veces hay piedras bonitas junto al arroyo.

—Si encuentro una —prometió Margaret, aunque dudaba que estuviera en condiciones de fijarse en piedras ni en nada cuando acabara el día.

La mañana era perfecta para caminar, con una brisa suave y nubes que de vez en cuando daban sombra. Margaret y Elijah echaron a andar por la pradera, siguiendo un sendero trillado que conducía hacia las montañas.

Durante el primer tramo, caminaron en un cómodo silencio. Margaret era plenamente consciente de todo lo que la rodeaba: cómo se mecía la hierba con el viento, el mugido del ganado a lo lejos, la presencia sólida de Elijah a su lado. Intentó grabárselo todo en la memoria, sabiendo que después de aquel día, esos momentos de paz no serían más que recuerdos dolorosos.

—¿En qué piensas? —dijo Elijah mientras coronaban una pequeña loma.

Margaret lo miró, fijándose en cómo la luz de la mañana hacía brillar las canas entre su cabello negro, en las arrugas alrededor de los ojos que hablaban de años entornándolos contra el sol. Era un buen hombre, un hombre honrado, y ella estaba a punto de romperle el corazón.

—Pensaba en lo hermoso que es este lugar —dijo, lo cual era cierto en parte—. Qué tranquilo.

—Te va calando —coincidió Elijah—. Cuando llegué aquí por primera vez, me parecía demasiado grande, demasiado vacío. Pero ahora no me imagino viviendo en ningún otro sitio.

Siguieron caminando, y Margaret se sorprendió pensando en todo lo que había ganado desde que llegó a Wyoming. No solo un hogar y una familia, sino también el sentido de quién era. Allí había descubierto fortalezas que nunca supo que tuviera. Había aprendido a cuidar un huerto, a ocuparse de los animales, a ser útil de verdad. Había aprendido lo que era sentirse necesitada, sentirse amada.

Todo eso habría desaparecido antes de que cayera la noche.

Cuando se acercaron al cercado, Elijah señaló el problema que Joe había mencionado. Uno de los postes estaba efectivamente suelto, inclinado en un ángulo que pronto comprometería la estabilidad de la cerca.

—Mañana tendré que traer herramientas y asentarlo como es debido —dijo, probando el poste con la mano buena.

Mañana. Margaret sintió una punzada de dolor ante la naturalidad con que hablaba del futuro, haciendo planes que daban por sentado que ella seguiría allí para compartirlos.

Encontraron un lugar a la sombra bajo un álamo cerca del arroyo y extendieron la manta que Margaret había traído. El murmullo del agua era relajante, y las vistas de las montañas, espectaculares. En otras circunstancias, habría sido una tarde perfecta.

Comieron, y Elijah le habló de sus planes para el rancho, las mejoras que quería hacer, el ganado que esperaba comprar en otoño. Hablaba con soltura, haciéndola partícipe de sus ideas como si su opinión importara, como si ella fuera a estar allí para ver aquellos planes hacerse realidad.

—El huerto del que hablamos —dijo, mordiendo una de las manzanas que ella había preparado—. Llevo un tiempo pensando que deberíamos plantarlo este otoño. Darles a los árboles la oportunidad de echar raíces antes del invierno.

—Parece buena idea —dijo Margaret, aunque las palabras le sabían a ceniza en la boca.

Intentó encontrar el momento adecuado, una forma natural de sacar el tema. Pero ¿cómo se pasaba de hablar de árboles frutales a confesar un engaño de tal magnitud?

Finalmente, cuando terminaron de comer y se quedaron contemplando el valle, Margaret reunió el valor.

—Elijah —dijo, casi en un susurro—. Hay algo que necesito decirte. Algo importante.

Él se volvió para mirarla y su expresión se tornó seria al notar el tono de ella.

—¿Qué ocurre?

Margaret respiró hondo. El corazón le latía tan fuerte que estaba segura de que él podía oírlo.

—No he sido del todo honesta contigo sobre algo. Sobre algo muy importante.

Elijah se quedó inmóvil, y ella lo vio tensarse, preparándose para cualquier golpe que viniera.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando vine aquí —comenzó Margaret, pero se detuvo. Las palabras parecían imposibles de pronunciar. ¿Cómo podía explicarle que la mujer con la que se había casado, la mujer de la que empezaba a encariñarse, en realidad no existía?

—Maggie —dijo Elijah con suavidad, y el apodo le aceleró el corazón, como siempre que lo pronunciaba—. Sea lo que sea, puedes decírmelo.

La amabilidad de su voz casi quebró su determinación. Sería tan fácil dejar pasar el momento, encontrar alguna excusa para su extraño comportamiento y dejar la verdad enterrada hasta que la llegada de Caroline la sacara a la luz.

Pero no podía hacerle eso. Él merecía algo mejor.

—La verdad es —dijo, obligándose a hablar— que no soy quien crees. Cuando vine a Wyoming, no estaba siendo del todo honesta sobre...

El sonido de cascos cortó sus palabras como un cuchillo. Tanto ella como Elijah alzaron la vista y vieron a un jinete que se acercaba al galope, levantando polvo tras de sí. Cuando estuvo más cerca, Margaret reconoció a Tom Henderson, cuya familia era dueña del rancho vecino.

—¡Señor Cade! —gritó Tom mientras frenaba su caballo—. Gracias a Dios que lo encontré. Tenemos un problema.

Elijah se puso de pie al instante, olvidando la confesión ante la crisis inmediata.

—¿Qué pasa?

—Nuestro toro de premio atravesó la cerca de algún modo —dijo Tom, jadeando por la cabalgata—. Está en su pasto norte y tiene a sus vacas alborotadas. Pa me envió a buscarlo. Dice que si no lo separamos pronto, podría haber daños graves.

Margaret observó el intercambio con una mezcla de alivio y desesperación. El momento se había roto; su confesión había

quedado interrumpida justo cuando había encontrado el valor para hablar.

Elijah ya estaba recogiendo sus cosas, claramente concentrado en la emergencia.

—¿Cuántos hombres tiene disponibles tu padre? —le preguntó a Tom.

—Solo yo y Pa, y Joe si puede escaparse. Ma dice que ayudará si necesitamos más jinetes.

—Necesitaremos toda la ayuda posible —dijo Elijah con gravedad —. Los toros pueden ser impredecibles cuando están en territorio desconocido con vacas nuevas.

Se volvió hacia Margaret con gesto de disculpa.

—Lo siento, pero esto no puede esperar. Un toro en el pasto equivocado puede causar todo tipo de problemas.

—Lo entiendo —dijo Margaret, aunque se le encogía el corazón. El momento se había perdido, quizás para siempre.

—Terminaremos nuestra conversación más tarde —prometió Elijah, ayudándola a levantarse—. Sea lo que sea que querías decirme, tendremos tiempo esta noche.

Pero Margaret sabía que no sería así. Esa noche Lucy estaría allí, y la oportunidad de hablar a solas sería limitada. Al día siguiente, Caroline podría estar ya en camino, lo que haría inútil cualquier confesión.

Recogieron rápidamente y caminaron de vuelta hacia la casa del rancho. Tom cabalgaba junto a ellos mientras ponía a Elijah al corriente de los detalles del escape del toro. Margaret escuchaba a medias la conversación, con la mente dándole vueltas a las implicaciones de su confesión interrumpida.

Había estado tan cerca. Las palabras habían estado ahí mismo, a punto de salir y acabar con el engaño que había ensombrecido cada momento de felicidad que había encontrado allí. Pero el destino, al parecer, tenía otros planes.

Para cuando llegaron al rancho, Elijah ya estaba completamente centrado en la crisis. Le besó la mejilla a Margaret distraídamente, volvió a prometer que hablarían más tarde y se marchó con Tom hacia el pasto norte.

Margaret se quedó de pie en el patio, viéndolos desaparecer en la distancia, y sintió cómo un peso aplastante de culpa se asentaba sobre sus hombros. Había intentado decírselo. Había estado lista para confesarlo todo. Pero el momento se había escapado, y ahora estaba otra vez en el punto de partida, viviendo una mentira sin forma clara de escapar de ella.

Lucy salió corriendo de la casa para saludarla, parloteando sobre su día con Joe y los nuevos trucos que le había enseñado a uno de los gatos del granero. Margaret la escuchó y respondió como correspondía, pero su mente estaba en otra parte, atrapada en el ciclo interminable de culpa y miedo que se había convertido en su compañía constante.

Esa noche, Elijah regresó exhausto y polvoriento de lidiar con la situación del toro. El animal había sido devuelto a salvo al rancho Henderson, pero no sin antes causar un caos considerable entre el ganado de Elijah. Habría que reparar varios postes de la cerca, y una de las vacas había sufrido una lesión menor que requeriría vigilancia.

—Día largo —dijo mientras se dejaba caer en su silla a la mesa.

—¿Conseguiste arreglarlo todo? —preguntó Margaret, sirviéndole un plato del estofado que había mantenido caliente.

—Por ahora. Pero mañana tendré que dedicarme a reparar la cerca. No puedo arriesgarme a otra fuga.

Margaret asintió, aunque por dentro estaba calculando el tiempo. Mañana lo pasaría reparando cercas. Pasado mañana, Caroline estaría llegando. Su oportunidad para la confesión se estaba cerrando rápidamente.

Después de acostar a Lucy, Margaret y Elijah se sentaron en la cocina con café. El silencio entre ellos era cómodo pero cargado de asuntos pendientes. Margaret veía que Elijah estaba recordando su conversación interrumpida, que se preguntaba qué había estado tratando de decirle.

—Sobre lo de antes —dijo finalmente—. Dijiste que había algo que necesitabas contarme.

A Margaret se le aceleró el corazón de nuevo. Esta era su oportunidad, quizás la última antes de que la llegada de Caroline hiciera imposible controlar la verdad.

Pero al mirar el rostro cansado de Elijah, al ver la confianza en sus ojos, se encontró incapaz de hablar. Había tenido un día largo y difícil lidiando con la crisis del toro. Estaba exhausto, todavía cuidando su brazo lesionado, y claramente deseando descansar.

¿Cómo podía destruir su paz con una confesión que destrozaría todo lo que él creía saber sobre su esposa?

—Puede esperar —dijo en voz baja—. Estás cansado, y ha sido un día largo.

Elijah le estudió el rostro por un momento, como si intuyera que lo que ella quería contarle era más serio de lo que dejaba ver. Pero estaba realmente exhausto, y la llamada del descanso era más fuerte que su curiosidad.

—De acuerdo —dijo—. Pero mañana, después de arreglar las vallas, hablaremos. Sin interrupciones esta vez.

Margaret asintió y sonrió, aunque por dentro la consumía el desprecio hacia sí misma. Era una cobarde, incapaz de decir la verdad ni siquiera cuando tenía la oportunidad. Estaba prolongando el engaño, haciendo que la revelación final fuera aún más devastadora.

Más tarde esa noche, tumbada en la cama mientras escuchaba los sonidos familiares del rancho al sumirse en el sueño, Margaret miraba fijamente el techo e intentaba encontrar el valor que había perdido. Mañana, se prometió. Mañana encontraría la manera de decírselo, pasara lo que pasara.

Pero aun mientras hacía la promesa, sentía que el tiempo se agotaba. Caroline venía, y con su llegada, el mundo que Margaret había construido con tanto cuidado se derrumbaría, estuviera lista o no.

Había querido controlar cómo se revelaba la verdad, confesar con dignidad y gracia, darle a Elijah tiempo para prepararse antes de que su mundo se pusiera patas arriba. Pero su cobardía le había costado esa oportunidad.

Ahora solo podía esperar y rezar para que, cuando llegara el momento de la verdad, el amor que había encontrado aquí fuera lo bastante fuerte para sobrevivir al peso de su engaño.

La noche se extendía interminable ante ella, llena de arrepentimientos y miedos, y de la terrible certeza de que había fallado en lo que más importaba: encontrar el valor para decir la verdad a las personas que amaba.

Al otro lado de la ventana, el viento de Wyoming susurraba entre la hierba, portando secretos y promesas que ya no estaba segura de poder cumplir. En menos de tres días, Caroline llegaría, y la hermosa mentira de Margaret por fin tocaría a su fin.

Cerró los ojos e intentó grabar en su memoria aquel momento, aquella sensación de pertenecer aún a algún lugar, de ser todavía amada. Pronto no sería más que un recuerdo, y tendría que encontrar la manera de vivir con lo que había perdido.

CAPÍTULO 11



La mañana del tercer día desde la llegada de la carta de la tía Beatrice amaneció gris y nublada, con ese tipo de cielo opresivo que parecía aplastar la tierra con su peso. Margaret apenas había dormido; su mente no dejaba de dar vueltas entre posibilidades y temores. Caroline debería llegar hoy si había cumplido con el itinerario mencionado en la carta.

Margaret cumplió con su rutina matutina como una sonámbula, las manos ocupadas en tareas familiares mientras sus pensamientos giraban en círculos interminables de pavor. Preparó café, empezó el desayuno y alimentó a las gallinas, todo ello atenta al sonido de cascos que anunciaría el comienzo del fin.

Elijah había pasado el día anterior trabajando en las reparaciones de la cerca, como había prometido, pero había regresado a casa con esa misma expresión preocupada que ella había notado desde la llegada de la carta. Sabía que algo le pasaba, podía percibir su creciente ansiedad aunque no entendiera la causa.

Esa mañana estaba trabajando más cerca de la casa, reparando una puerta rota junto al granero. Margaret podía verlo a través de la ventana de la cocina mientras preparaba el desayuno; sus movimientos eran eficientes a pesar de que aún protegía el brazo lesionado. Varias veces lo pilló mirando hacia la casa, como si quisiera asegurarse de que ella estaba bien.

Lucy estaba inusualmente callada, picoteando el desayuno y alternando la mirada entre Margaret y su padre con esa intuición que tienen los niños para captar las tensiones de los adultos.

—¿Estás enferma, Maggie? —preguntó finalmente, mientras alargaba su pequeña mano sobre la mesa para tocarle el brazo a Margaret.

—No, cariño —dijo Margaret, forzando una sonrisa—. Solo un poco cansada.

—Papá también parece preocupado —observó Lucy con la franqueza propia de la infancia—. ¿Va a pasar algo malo?

La pregunta inocente la sacudió como un puñetazo. Sí, algo malo iba a pasar. Lo peor imaginable ya estaba en marcha, avanzando hacia ellos sobre rieles de hierro a través del continente.

—A ti no te va a pasar nada malo —prometió Margaret, y lo decía de todo corazón. Pasara lo que pasara, fueran cuales fueran las consecuencias de su engaño, se aseguraría de que Lucy quedara protegida.

La mañana se arrastró con una lentitud agonizante. Margaret se sobresaltaba con cada sonido, con los nervios tensos como cuerdas de violín. Intentó concentrarse en sus tareas habituales, pero le temblaban las manos al amasar el pan y casi se le cayó un plato mientras fregaba.

Hacia el mediodía, Elijah entró del trabajo, polvoriento y cansado. El brazo lesionado le estaba molestando visiblemente, y Margaret se acercó de inmediato para ayudarlo a quitarse la chaqueta; la preocupación por él eclipsó por un momento su ansiedad.

—¿Cómo lo sientes? —preguntó mientras le examinaba con cuidado la herida a través de la manga de la camisa.

—Mejor cada día —dijo él, aunque tenía los ojos fijos en su rostro y la estudiaba con creciente preocupación—. Maggie, has estado nerviosa como un gato toda la mañana. ¿Qué te pasa?

Era el momento. Su última oportunidad de decirle la verdad antes de que las circunstancias le arrebataran la decisión. Margaret abrió la boca para hablar, para encontrar por fin el valor que había perdido junto a la cerca.

Pero antes de que pudiera decir una palabra, el sonido de cascos retumbó en el patio. Tanto ella como Elijah se volvieron hacia la ventana y vieron a un jinete que se acercaba a todo galope, con una estela de polvo tras el caballo como una bandera.

A Margaret se le heló la sangre. Reconoció al jinete: era Tom Henderson, el mismo joven que había interrumpido su intento de confesión dos días antes. Pero esta vez su urgencia tenía un cariz diferente.

—¡Señor Cade! —llamó Tom mientras frenaba el caballo cerca del porche delantero—. Tiene que venir al pueblo de inmediato. Hay noticias de la estación.

Elijah salió a grandes zancadas y Margaret lo siguió de cerca a pesar de su creciente pavor.

—¿Qué tipo de noticias?

—La diligencia llegó antes de tiempo —dijo Tom, sin aliento—. Pasajeros que vienen a su casa. El jefe de estación me envió a buscarlo.

Margaret sintió que el mundo se tambaleaba a su alrededor. Pasajeros. En plural. Caroline no venía sola.

—¿Pasajeros? —repitió Elijah con voz aguda por la confusión—. No estoy esperando a nadie.

Tom se removió incómodo en la montura.

—Bueno, eso es lo extraño, señor. Una mujer dice que es su esposa. Muy insistente. Tiene papeles y todo.

Las palabras resonaron en el aire como un trueno. Elijah se quedó inmóvil, el rostro demudado mientras asimilaba las implicaciones. Lentamente, se volvió para mirar a Margaret, y ella vio el momento exacto en que la comprensión se abrió paso en sus ojos.

—Mi esposa —repitió con voz peligrosamente serena.

—Sí, señor. Una dama muy guapa, toda vestida de elegante. Dice que es Caroline Cade, que viene a ver a su esposo.

Tom alternó la mirada entre Elijah y Margaret; era evidente que percibía la tensión aunque no entendía su origen.

—Está esperando en el Hotel Miller con un caballero del Este.

Margaret observó cómo el rostro de Elijah se transformaba mientras la verdad se estrellaba contra él como una ola. La confianza que había ido creciendo en sus ojos durante las últimas semanas se extinguió, sustituida por algo frío, duro e infinitamente distante.

—Ya veo —dijo Elijah con voz cuidadosamente controlada—. ¿Y esta mujer tiene papeles?

—Certificado de matrimonio, documentos de viaje, cartas. Todo muy oficial.

Tom se sentía cada vez más incómodo bajo la mirada de Elijah.

—¿Le digo que viene?

—Sí —dijo Elijah—. Dile que estaré allí en una hora.

Tom asintió y se alejó, dejando tras de sí un silencio que parecía el eco de una explosión. Margaret se quedó paralizada en el porche, con la mirada fija en el perfil de Elijah mientras este observaba al jinete alejarse.

Cuando por fin se volvió para mirarla, la frialdad de su expresión la hizo retroceder involuntariamente.

—Elijah —comenzó ella, con un hilo de voz.

—No —dijo él bruscamente—. Lo que sea que vayas a decir, no lo digas.

Pero tenía que intentarlo.

—Por favor, déjame explicar...

—¿Explicar qué? —La voz de él cortó sus palabras como una cuchilla—. ¿Explicar quién eres en realidad? ¿Explicar por qué has estado viviendo en mi casa con un nombre falso? ¿Explicar por qué he sido tan idiota como para confiar en una mujer que me ha mentido desde el momento en que nos conocimos?

Cada palabra fue como un puñetazo. Margaret sintió el escozor de las lágrimas en los ojos, pero las contuvo. No tenía derecho a llorar, no tenía derecho a pedir compasión.

—No es lo que piensas —dijo desesperada—. Bueno, sí lo es, pero hay más. Por favor, déjame...

—Recoge tus cosas —dijo Elijah, encaminándose hacia el granero —. Vamos al pueblo.

—Elijah, por favor...

Se giró en seco, y la furia en sus ojos la hizo retroceder otro paso.

—He dicho que recojas tus cosas. Quiero oír esta historia de boca de las dos antes de decidir qué hacer.

Margaret asintió sin decir palabra y entró a buscar su chal y su bolso. Le temblaban tanto las manos que apenas podía hacer las cosas más sencillas. Lucy apareció en la puerta de la cocina, con los ojos muy abiertos de confusión y miedo.

—¿Maggie? ¿Qué pasa? ¿Por qué papá parece tan enfadado?

Margaret se arrodilló y estrechó a la niña entre sus brazos, aspirando el dulce aroma de su cabello por última vez.

—Tengo que ir al pueblo con tu papá un rato —dijo con la voz quebrada por las lágrimas que se negaba a derramar.

—¿Vas a volver? —preguntó Lucy, aferrándose al vestido de Margaret con las manitas.

Margaret no pudo responder. Besó la coronilla de Lucy y la estrechó con fuerza, grabándose en la memoria la confianza de la niña, el calor de su cuerpecito, lo natural que se sentía tenerla entre sus brazos.

—Joe cuidará de ti mientras no estamos —dijo Margaret al fin—. Pórtate bien con él.

Cuando salió de la casa, Elijah ya estaba enganchando los caballos al carro con movimientos bruscos y furiosos. No la miró cuando subió al asiento a su lado ni dijo una palabra mientras guiaba el carro fuera del patio y tomaba el camino del pueblo.

El trayecto que en otro tiempo le había parecido agradable y acogedor ahora se sentía como un viaje hacia el cadalso. Margaret miraba fijamente sus manos entrelazadas en el regazo, incapaz de soportar el perfil de Elijah, frío e implacable a su lado.

El silencio se extendía entre ellos, cargado de acusaciones y traiciones, de la muerte de algo que había sido precioso, frágil y hermoso. Margaret quería hablar, intentar explicarse una vez más, pero las palabras parecían imposibles de encontrar.

¿Cómo podía hacerle entender que su engaño había comenzado como un acto de desesperación pero se había convertido en algo completamente distinto? ¿Cómo podía explicarle que cada día con él

y Lucy había sido a la vez una alegría y un tormento, que había querido decirle la verdad mil veces pero había tenido demasiado miedo de perder la única felicidad que había conocido en su vida?

Cuando coronaron la colina que dominaba Prosperity, Margaret pudo ver el pueblo extendido abajo, con aspecto pacífico y corriente a pesar de la catástrofe que estaba a punto de desatarse allí. En algún lugar de aquel conjunto de edificios de madera, Caroline estaba esperando. Caroline, con su cabello dorado y su sonrisa segura, con su legítimo derecho al nombre y a la vida que Margaret le había robado.

La diligencia seguía en la estación, aunque la mayoría de sus pasajeros se habían dispersado. Pero Margaret podía ver una pequeña multitud reunida cerca del Hotel Miller, atraída por el drama de la situación. Las noticias corrían rápido en un pueblo pequeño, y la llegada de una segunda señora Cade daría que hablar durante meses.

Elijah guio el carro por la calle principal, y Margaret sintió el peso de las miradas curiosas cuando la gente los reconoció. Mantuvo los ojos bajos, con las mejillas ardiendo de vergüenza, pero podía sentir los susurros a su paso.

Se detuvieron frente al hotel, y el corazón de Margaret casi se paró en seco cuando vio a la mujer en el porche.

Caroline.

Incluso después de meses de separación, incluso sabiendo que este momento llegaría, ver a su hermana golpeó a Margaret con la fuerza de un puñetazo. Caroline tenía exactamente el mismo aspecto que Margaret recordaba, pero de algún modo más intenso. Su cabello dorado estaba perfectamente peinado bajo un sombrero a la moda, su vestido de viaje era elegante y caro, y se movía con la seguridad de alguien que jamás había dudado de su lugar en el mundo.

Junto a Caroline había un hombre que Margaret no reconocía. Era alto y bien vestido, con el aire refinado de alguien del Este. Llevaba el cabello oscuro peinado hacia atrás y un traje que probablemente costaba más de lo que Margaret había ganado en un año en la sombrerería.

Cuando Elijah y Margaret se acercaron, los ojos de Caroline se clavaron en el rostro de Margaret. Por un momento, algo cruzó su expresión —sorpresa, quizás, o alivio—. Pero enseguida dio paso a algo más frío, más calculador.

—Vaya, vaya —dijo Caroline, con una voz que resonó clara por todo el porche—. Pero si es mi querida hermana.

Las palabras cayeron en el silencio como piedras en agua quieta, creando ondas de estupor y confusión entre los vecinos reunidos. Margaret oyó a alguien contener el aliento, oyó el murmullo de voces mientras la gente intentaba asimilar lo que estaba presenciando.

Elijah se había quedado inmóvil a su lado. Cuando Margaret se atrevió a mirarlo, vio que se había quedado lívido. Tenía los puños apretados a los costados, y un músculo de la mandíbula le palpitaba de furia apenas contenida.

—Tu hermana —repitió con voz mortalmente serena.

—Permítame presentarme como es debido —continuó Caroline, bajando los escalones del porche con elegante aplomo—. Soy Caroline Dalton. Creo que me esperaba hace varios meses.

Se acercó a ellos con la soltura de quien tiene todas las cartas en la mano, de quien sabe exactamente cómo va a desarrollarse la escena. El hombre del traje caro la siguió, con la mirada perspicaz fija en cada detalle de la confrontación.

—Esta —dijo Caroline, señalando a Margaret con despreocupada crueldad— es mi hermana pequeña, Margaret. Me temo que le ha estado tomando el pelo de forma bastante elaborada.

Margaret sintió que el suelo se tambaleaba bajo sus pies. El momento que había temido durante meses por fin había llegado, y era a la vez mejor y peor de lo que había imaginado. Mejor porque la verdad por fin estaba al descubierto. Peor por la mirada en los ojos de Elijah, la furia fría que le prometía que lo había perdido para siempre.

—Puedo explicarlo —dijo Margaret con desesperación, aunque sabía lo inútiles que eran esas palabras.

—Oh, creo que Caroline puede encargarse de las explicaciones —dijo el hombre bien vestido, hablando por primera vez. Su voz era

suave y cultivada, con un deje de acento del Este—. Permítame presentarme. Soy James Redford, abogado, de Boston.

Hizo una leve inclinación que logró ser a la vez cortés y sutilmente condescendiente.

—Estoy aquí como representante de la señorita Dalton en este asunto tan delicado.

Los ojos de Elijah fueron de Caroline a Margaret y al abogado, y su expresión se ensombreció con cada segundo que pasaba.

—Representante —repitió.

—En efecto —dijo Redford—. Hay implicaciones legales que considerar, ¿comprende? Cuestiones de identidad, derechos de propiedad y la validez de ciertos documentos.

Margaret sintió que su mundo se derrumbaba a su alrededor. No bastaba con que Caroline hubiera venido a reclamar su identidad. Había traído a un abogado, alguien que podía convertir aquello en un asunto legal, que podía transformar el desesperado engaño de Margaret en un delito.

—Creo —dijo Elijah, y su voz cortó las suaves palabras del abogado como un cuchillo— que deberíamos continuar esta conversación en un lugar más privado.

Se volvió hacia Margaret, y la mirada en sus ojos le hizo desear que se la tragara la tierra.

—Tú —dijo con frialdad— volverás al rancho. Sola. Ya me ocuparé de ti más tarde.

—Elijah, por favor —empezó Margaret, pero él la cortó con un gesto.

—Vete —dijo—. Antes de que diga algo de lo que me arrepienta.

Margaret miró a Caroline, que contemplaba la escena con una mezcla de satisfacción y algo que podría haber sido compasión. Miró al abogado, que lo observaba todo con la mirada calculadora de un hombre que sabía sacar provecho del dolor ajeno.

Finalmente, miró a Elijah, el hombre del que se había enamorado, el hombre cuya confianza había destrozado con su engaño. La frialdad en sus ojos se lo decía todo. Lo que habían construido juntos estaba destruido, tan completamente como si jamás hubiera existido.

Sin decir otra palabra, Margaret subió de nuevo al carro y se alejó del hotel, dejando atrás la vida que había robado y el amor que había perdido. A su espalda, oía el murmullo de voces: Caroline contando su versión de la historia, el abogado exponiendo las implicaciones legales, Elijah descubriendo el verdadero alcance de las mentiras con las que había vivido.

El viaje de regreso al rancho fue el más largo de la vida de Margaret. Cada milla la alejaba de la escena de su caída y la acercaba al lugar donde tendría que explicarle a Lucy por qué todo estaba a punto de cambiar.

Cuando por fin llegó a la casa del rancho, se quedó sentada en el carro un buen rato, contemplando el hogar que había llegado a amar, sabiendo que pronto lo abandonaría para siempre. A través de la ventana de la cocina, veía las flores silvestres que Lucy había recogido para ella apenas unos días antes, todavía brillantes y alegres en su tarro de cristal.

Lucy salió corriendo de la casa, con el rostro iluminado de emoción por el regreso de Margaret.

—¡Maggie! ¡Has vuelto! ¿Me has traído algo bonito?

Margaret bajó del carro y se arrodilló para recibir a Lucy en sus brazos, estrechándola con fuerza mientras la niña parloteaba sobre su día con Joe. Pero aunque escuchaba y respondía, su mente ya volaba hacia la conversación que tendría que mantener, las preguntas que Lucy haría, las respuestas que tendría que dar.

—Maggie —dijo Lucy de repente, apartándose para mirarla a la cara—. Pareces triste. ¿Y dónde está papá?

Margaret miró aquellos ojos grises llenos de confianza, tan parecidos a los de Elijah, y sintió que el corazón se le rompía de nuevo.

—Papá tuvo que quedarse en el pueblo un rato —dijo con cautela —. Volverá más tarde.

—¿Te vas a ir? —preguntó Lucy con un hilo de voz, asustada.

Margaret no pudo responder. No podía seguir mintiéndole a aquella niña, pero tampoco soportaba decirle la verdad. En vez de eso, abrazó a Lucy con fuerza y cerró los ojos, intentando grabar en

su memoria aquel momento, aquella sensación de sentirse necesitada, amada y querida.

Porque pronto, muy pronto, todo habría terminado.

CAPÍTULO 12



La noche se extendía interminable ante Margaret, cada hora marcada por el lento tic-tac del reloj sobre la repisa de la chimenea y el susurro del viento entre los aleros. Estaba tumbada en su estrecha cama con Lucy acurrucada a su lado; la pequeña se había colado en su habitación en algún momento después de medianoche, buscando refugio de la tensión que llenaba la casa como el humo.

Margaret miraba fijamente el techo, con la mente revuelta por todo lo que había sucedido en el pueblo. La mirada en los ojos de Elijah cuando Caroline reveló la verdad. La furia fría en su voz cuando le dijo que se fuera a casa. La certeza de que todo lo que había construido aquí se desmoronaba a su alrededor como un castillo de arena.

Lucy se removió en sueños y alargó una manita para agarrar el camisón de Margaret. Incluso dormida, la niña percibía que algo iba mal, y se aferraba a la única fuente de estabilidad que había conocido en meses.

Margaret acarició con suavidad el cabello cobrizo de Lucy, tan parecido al de su padre, e intentó no pensar en cuántos momentos como aquel le quedaban. Cuando amaneciera, tendría que afrontar las consecuencias que la aguardaban. Elijah volvería del pueblo con las decisiones tomadas, los arreglos hechos, su destino sellado.

Durmió a ratos mientras se acercaba el amanecer, y despertó con el canto de una alondra al otro lado de la ventana. Por un momento, se permitió fingir que aquella era una mañana cualquiera, que se levantaría a preparar café y a hacer el desayuno mientras Elijah atendía a los animales y Lucy jugaba con sus muñecas.

Pero al no sentir el calor de Lucy a su lado, la realidad la golpeó de lleno. La pequeña se había despertado temprano y se había escabullido, probablemente a buscar a su padre, a hacerle las preguntas que Margaret era incapaz de responder.

Margaret se vistió deprisa y fue a la cocina, donde encontró a Lucy sentada a la mesa con una taza de leche, el rostro serio y preocupado.

—Papá no volvió a casa —dijo Lucy sin preámbulos—. Lo busqué por todas partes.

—Tenía asuntos en el pueblo —respondió Margaret con cautela mientras se ponía a preparar el café, más por costumbre que por hambre—. A veces estas cosas llevan tiempo.

—¿Qué clase de asuntos? —insistió Lucy con la curiosidad implacable de la infancia.

Margaret decidió armarse de valor y contarle la verdad a la niña a la que amaba como si fuera suya, antes de que su padre regresara para apartarla de la vida de Lucy para siempre.

—Ha venido una señora al pueblo, y tu papá se está reuniendo con ella mientras esté aquí —dijo, y le entregó a Lucy la fotografía que tenía de Caroline.

—¿Quién era esa señora tan guapa? Se parecía a ti, pero era diferente —dijo Lucy, observando la imagen con una atención al detalle que no le pasó desapercibida a Margaret.

Las manos de Margaret se quedaron quietas sobre la cafetera. ¿Cómo iba a explicarle a una niña de seis años que la señora guapa era su hermana, que ella misma era una impostora, que todo lo que Lucy creía saber sobre su familia estaba construido sobre mentiras?

—Se llama Caroline —dijo Margaret al fin—. Es mi hermana.

Los ojos grises de Lucy se abrieron de par en par, llenos de interés.

—¿Tu hermana? ¿Como yo soy hija de papá?

—Sí, algo así.

—¿Dónde ha estado? ¿Por qué no me dijiste que tenías una hermana?

Las preguntas inocentes golpearon a Margaret como puñetazos. ¿Por qué no se lo había dicho a Lucy? Porque hacerlo habría supuesto explicar toda la terrible verdad, admitir que había robado la vida y la identidad de otra mujer.

—Es complicado, cariño —dijo Margaret; las palabras eran insuficientes, pero era todo lo que podía decir.

Lucy la estudió con esos ojos serios que veían demasiado.

—¿Estás triste porque ha venido tu hermana a verte? Yo estaría contentísima si tuviera una hermana.

Margaret se arrodilló junto a la silla de Lucy y la estrechó con fuerza, aspirando el dulce aroma de su cabello.

—No estoy triste de que haya venido —dijo, lo cual era verdad a medias—. Pero a veces, cuando los mayores tienen que hablar de cosas importantes, puede ser... difícil.

—¿Por eso papá parecía enfadado?

—Tu papá no estaba enfadado contigo —dijo Margaret con firmeza—. Nunca contigo. Pase lo que pase, recuerda eso.

Se sentaron juntas en la cocina mientras la luz de la mañana se hacía más intensa. Margaret intentaba mantener cierta apariencia de normalidad mientras su mundo se desmoronaba a su alrededor. Hizo galletas porque la rutina le daba algo que hacer con las manos. Dejó que Lucy la ayudara, atesorando cada momento de la charla de la niña, cada pequeña sonrisa, cada roce de complicidad.

A media mañana, cuando Elijah aún no había vuelto, Margaret empezó a plantearse la posibilidad de que quizá no regresara en absoluto. Tal vez estuviera haciendo gestiones en el pueblo para que la echaran del rancho, para que la mandaran de vuelta al Este, o incluso para que la arrestaran por fraude. Tal vez estuviera resolviendo asuntos de custodia con Caroline, cuestiones legales sobre la validez de su matrimonio y el futuro de su hija.

La incertidumbre era casi peor que saberlo habría sido.

Estaba ordenando la sala de estar, intentando mantener las manos ocupadas y la mente distraída, cuando reparó en que la

puerta del estudio de Elijah estaba ligeramente entreabierta. Había sido escrupulosamente cuidadosa de respetar su privacidad desde el incidente con la fotografía, pero algo en el ángulo de la puerta le resultó extraño.

Al acercarse, vio que había papeles esparcidos por el escritorio, normalmente tan ordenado, como si alguien hubiera estado buscando algo a toda prisa. Y allí, medio visible a la luz de la tarde que entraba por la ventana, estaba el cajón que siempre había permanecido cerrado con llave.

Estaba abierto.

Margaret se quedó en el umbral un largo momento, debatiéndose entre la conciencia y la curiosidad. No tenía derecho a revisar los papeles privados de Elijah, especialmente ahora, cuando su engaño ya había destrozado la confianza entre ellos. Pero el cajón abierto parecía llamarla, prometiéndole respuestas a preguntas que la habían atormentado durante meses.

¿Y si había documentos legales dentro? ¿Papeles que afectarían al futuro de Lucy, o al suyo propio? ¿Y si Elijah había dejado algo allí a propósito, sabiendo que ella lo encontraría?

Al final, su necesidad de comprender venció a sus escrúpulos. Margaret entró en el estudio y se acercó al escritorio con el corazón latiéndole de culpa y expectación.

El cajón estaba abierto, en efecto, y dentro podía ver un montón de papeles y cartas, algunos amarillentos por el paso del tiempo, otros más recientes. Encima de todo había un documento que le cortó la respiración.

Un acuerdo de separación, firmado ante testigos, fechado tres años atrás.

Margaret lo cogió con manos temblorosas y leyó el lenguaje formal que contaba una historia más devastadora que cualquiera que hubiera podido imaginar. Helen Cade, la esposa de Elijah y madre de Lucy, según le había contado él, no había muerto como les había hecho creer a todos. No solo había abandonado a su familia, sino que además había firmado documentos legales en los que renunciaba a todos sus derechos sobre su hija, su hogar y su matrimonio.

«Yo, Helen Elizabeth Cade, en pleno uso de mis facultades mentales y sin coacción alguna, renuncio por la presente a todos mis derechos maternos sobre la menor Lucy Cade, así como a todos mis derechos sobre los bienes en copropiedad con Elijah Cade...»

Las palabras del documento legal se desdibujaban mientras Margaret intentaba asimilar lo que estaba leyendo. Helen se había marchado por voluntad propia, pero lo había dejado todo atado: legal, definitivo, irreversible. Había renunciado a su propia hija como si Lucy no fuera más que un bien del que desprenderse.

Debajo del acuerdo de separación había un montón de cartas, y a Margaret le llamó la atención una con matasellos reciente. Estaba dirigida a Elijah, escrita con letra de mujer, y el remitente era un bufete de abogados de Denver.

Aunque todo su instinto le gritaba que se detuviera, Margaret abrió la carta y leyó unas palabras que la helaron hasta los huesos.

«Señor Cade, representamos a la señora Helen Cade en un asunto relativo a la custodia de la menor Lucy Cade. Nuestra clienta desea comunicarle que ha reconsiderado los términos del acuerdo de separación firmado en 1872 y ahora desea establecer una relación con su hija...»

A Margaret le temblaban las manos mientras seguía leyendo. Helen había regresado. Se encontraba en el Territorio de Wyoming e impugnaba el acuerdo de separación, alegando que la habían coaccionado para firmarlo, que ahora quería recuperar a su hija.

La carta estaba fechada dos semanas atrás.

Margaret se dejó caer en la silla de Elijah mientras las piezas del rompecabezas encajaban de pronto con horrible claridad. Por eso Elijah había estado tan tenso últimamente, tan cauteloso con el futuro. Por eso había hablado de confianza y abandono con tanto dolor en la voz. No solo estaba lidiando con el engaño de Margaret; se enfrentaba a la posibilidad de perder a su hija a manos de la mujer que ya había destruido a su familia una vez.

No era de extrañar que odiara las mentiras. No era de extrañar que hubiera reaccionado con tanta furia fría cuando Caroline reveló el engaño de Margaret. Vivía con el miedo constante de que otra

mujer en la que había confiado lo traicionara, le arrebatara lo que más amaba.

Margaret pensó en Lucy, inocente y confiada, que la llamaba mamá y creía estar a salvo y ser amada. ¿Cómo podía Helen querer destruir eso? ¿Cómo podía una madre abandonar a su hija y luego regresar años después a reclamarla?

Había más papeles en el cajón, y Margaret los fue leyendo con creciente horror y comprensión. Facturas de abogados. Correspondencia con las autoridades territoriales sobre derechos parentales. El informe de un investigador privado sobre el paradero y las circunstancias de Helen.

Helen vivía en Denver, al parecer casada de nuevo con un hombre adinerado y de buena posición social. El informe del investigador describía a una mujer que había encontrado comodidad y respetabilidad en su nueva vida, pero que ahora se enfrentaba a preguntas sobre su pasado que amenazaban su situación actual.

«El sujeto parece haberle dicho a su actual esposo que es viuda», señalaba el informe. «El descubrimiento de una hija viva y un esposo legal podría acarrear graves complicaciones personales y financieras».

Margaret dejó los papeles con las manos temblorosas. Helen no quería recuperar a Lucy por amor maternal. Quería controlar la situación, asegurarse de que su pasado no pudiera usarse en su contra. Lucy no era más que otra pieza en un tablero de ajedrez de complicaciones adultas.

El sonido de pasos en el porche delantero hizo que Margaret se apresurara a devolver los papeles al cajón, pero le temblaban tanto las manos que se le cayeron algunos. Mientras oía abrirse la puerta principal, logró colocar la mayoría de los documentos en su sitio, pero no pudo cerrar bien el cajón antes de que la voz de Elijah resonara por toda la casa.

—¡Margaret!

Su tono era cortante, imperativo, y Margaret se apresuró a salir del estudio para encontrarse con él en la cocina. Parecía exhausto, con la ropa arrugada de haber dormido en el pueblo y los ojos

endurecidos por una ira que había estado hirviendo a fuego lento toda la noche.

Lucy corrió hacia él de inmediato y le rodeó la cintura con los brazos, con el alivio desesperado de una niña que había pasado miedo.

—¡Papá! ¡Me preocupaba que no volvieras a casa!

La expresión de Elijah se suavizó mientras abrazaba a su hija, pero cuando sus ojos se cruzaron con los de Margaret por encima de la cabeza de Lucy, la frialdad volvió.

—Tenemos que hablar —dijo—. A solas.

—Lucy, ¿por qué no vas a jugar fuera un rato? —sugirió Margaret con suavidad—. Tu papá y yo tenemos que hablar de cosas de mayores.

Lucy los miró a ambos con la aguda intuición de la infancia, percibiendo las corrientes subterráneas de tensión e ira.

—¿Vais a pelearos?

—Vamos a hablar —dijo Elijah con firmeza—. Nada más. Venga, sal.

Cuando Lucy se marchó a regañadientes hacia el patio, Elijah se volvió hacia Margaret con una expresión que le dio ganas de retroceder.

—Pasé la noche hablando con tu hermana —dijo sin preámbulos —. Y con su amigo abogado. Conversaciones interesantes.

A Margaret le costó encontrar la voz.

—Elijah, por favor, déjame explicarte...

—¿Explicar qué? ¿Que me has estado mintiendo desde el día en que nos conocimos? ¿Que te casaste conmigo con un nombre falso? ¿Que cada palabra que has dicho, cada momento que hemos compartido, se ha construido sobre el engaño?

Las acusaciones la golpearon como puñetazos, cada una certera y condenatoria. Margaret notó el escozor de las lágrimas en los ojos, pero las contuvo parpadeando. No tenía derecho a llorar, no tenía derecho a pedir compasión.

—Empezó como una mentira —dijo con desesperación—. Pero se convirtió en algo más. Mis sentimientos por ti, por Lucy, son reales. Eso no es ningún engaño.

—¿Cómo voy a saberlo? —la voz de Elijah sonaba peligrosamente serena—. ¿Cómo voy a saber qué es real y qué es otra actuación?

—Porque me conoces —dijo Margaret, y dio un paso hacia él—. Sabes quién soy cuando estoy contigo y con Lucy. Me has visto en lo peor y en lo mejor. Esa mujer, la que luchó contra el incendio contigo, la que te cosió el brazo, la que ama a tu hija como si fuera suya, esa no es ninguna mentira.

—Esa mujer no existe —replicó Elijah—. No se llama Caroline. No es mi esposa. No tiene ningún derecho legal a estar en esta casa ni cerca de mi hija.

Las palabras golpearon a Margaret como una bofetada. Ningún derecho legal. Claro. Su matrimonio era nulo, construido sobre una identidad falsa. Cualquier vínculo que hubieran forjado, cualquier amor que hubiera crecido entre ellos, no significaba nada a ojos de la ley.

—Sé que no tengo derecho —dijo en voz baja—. Pero quiero a Lucy. Te quiero a ti. Eso tiene que valer algo.

—¿Amor? —la risa de Elijah fue amarga—. No sabes lo que es el amor. El amor es confianza. El amor es honestidad. El amor es construir algo real juntos, no levantar una ficción elaborada.

Margaret sintió que algo se le rompía en el pecho. Tenía razón, claro. Había construido su relación sobre mentiras, por mucha verdad que hubiera brotado de aquellos falsos cimientos.

—Iba a decírtelo —dijo con desesperación—. Intenté decírtelo, junto a la cerca, pero Tom nos interrumpió...

—¿Cuándo? —exigió saber Elijah—. ¿Cuándo ibas a decírmelo? ¿Después de plantar ese huerto? ¿Después de tener hijos juntos? ¿Después de haber vivido esta mentira tantos años que la verdad se volviera imposible?

Margaret no pudo responder porque no lo sabía. Se había repetido que encontraría el momento oportuno, las palabras precisas, pero la verdad era que había sido demasiado cobarde para arriesgarse a perder lo que había encontrado.

—Intenté… —balbuceó.

—Necesito que recojas tus cosas —dijo Elijah con una calma letal —. Caroline y su abogado vendrán esta tarde a discutir la…

situación. Creo que sería mejor que no estuvieras presente.

—¿Y adónde voy a ir? —preguntó Margaret, aunque ya sabía que la respuesta daba igual.

Había perdido cualquier derecho a consideración cuando eligió el engaño en lugar de la honestidad.

—No lo sé —dijo Elijah—. Eso ya no es problema mío.

La frialdad en su voz era peor que la ira. La ira habría significado que aún le importaba lo bastante para sentir algo. Aquella indiferencia indicaba que ella había matado cualquier sentimiento que él pudiera haber tenido.

—¿Puedo… puedo despedirme de Lucy?

Elijah guardó silencio durante un largo momento, apretando la mandíbula mientras libraba una batalla interior.

—Hazlo rápido —dijo al fin—. Y no hagas promesas que no puedas cumplir.

Margaret asintió y fue a buscar a Lucy, que estaba sentada en el jardín que habían plantado juntas, hablando con sus muñecas. Verla allí, rodeada de las verduras que habían cultivado desde semillas, estuvo a punto de quebrar la compostura de Margaret.

—Lucy —dijo, arrodillándose junto a la niña—. Tengo que hablarte de algo importante.

Lucy levantó la vista con aquellos ojos grises tan serios.

—¿Te vas?

—Sí —dijo Margaret, porque seguir mintiéndole a esta niña sería imperdonable—. Tengo que irme por un tiempo.

—¿Por la señora bonita? ¿Tu hermana?

—Es complicado, cariño. Pero quiero que sepas que te quiero muchísimo. Eso no cambiará nunca, esté donde esté.

El labio inferior de Lucy empezó a temblar.

—No quiero que te vayas. Eres mi mamá.

Las palabras destrozaron lo que quedaba del corazón de Margaret.

—Lo sé, cariño. Yo tampoco quiero irme. Pero a veces los mayores tienen que hacer cosas que no quieren.

—¿Volverás?

Margaret no pudo responder porque no sabía si volvería a ver a Lucy. En lugar de contestar, estrechó a la niña entre sus brazos y la abrazó con fuerza, intentando grabar en su memoria la sensación de aquel cuerpecito, el aroma de su cabello, el sonido de su voz.

—Siempre te querré —susurró—. No lo olvides nunca.

Cuando por fin soltó a Lucy, Margaret vio que la niña estaba llorando, aunque trataba de ser valiente. Necesitó hasta la última gota de fuerza para no prometer lo que no podía cumplir, para no hacer aquella despedida aún más difícil de lo que ya era.

Regresó a la casa y recogió sus pocas pertenencias, los sencillos vestidos y la ropa interior que se habían convertido en su vida allí. En el fondo del baúl encontró el paquete de cartas sin enviar que había escrito a Caroline, confesiones y disculpas que nunca llegarían a su destino.

Movida por un impulso, sacó una hoja de papel y empezó a escribir una última carta, esta vez para Lucy.

«Mi queridísima Lucy», escribió, mientras las lágrimas le manchaban la tinta. «Si estás leyendo esto, significa que ya tienes edad suficiente para entender algunas cosas sobre los adultos y los errores que cometen. Quiero que sepas que quererte fue lo más real que he hecho en mi vida. Me hiciste sentir como una madre, como alguien que importaba, como alguien digna de amor. Espero que algún día puedas perdonarme por todo lo que te fallé».

Selló la carta y la dejó sobre la almohada de Lucy; después reunió sus pertenencias y se preparó para abandonar el único hogar que había conocido de verdad.

Mientras recorría la casa por última vez, Margaret notó que la puerta del estudio de Elijah estaba cerrada de nuevo, con los secretos guardados bajo llave otra vez. Pero ahora comprendía la magnitud de lo que él afrontaba, las batallas que libraba en tantos frentes.

Escribió una breve nota y la dejó sobre la mesa de la cocina donde él la encontraría.

«Elijah, sé que mis palabras ya no significan nada, pero lamento de corazón el dolor que he causado. Leí los papeles de tu escritorio y entiendo por qué la confianza es tan importante para ti. Helen

quiere recuperar a Lucy, pero no por los motivos adecuados. Lucha por ella. Lucy debe estar contigo, con alguien que la quiere de verdad. La mujer que se hacía llamar Caroline».

Entonces Margaret cogió su bolsa de viaje y salió de la casa, dejando atrás la vida que había construido sobre mentiras y el amor que había encontrado demasiado tarde para poder salvarlo.

CAPÍTULO 13



Margaret apenas se había instalado en la pequeña habitación sobre el almacén general de Henderson cuando Lucy apareció en la puerta, con un papel doblado apretado en su pequeña mano. La niña tenía el rostro bañado en lágrimas, y sus ojos grises reflejaban una confusión que volvió a romperle el corazón a Margaret.

—Maggie —susurró Lucy, usando el nombre que tanto había llegado a significar—. Una señora vino a la casa. Dijo que te diera esto.

Margaret se arrodilló y estrechó a Lucy entre sus brazos, sintiendo cómo temblaba el cuerpecito de la niña.

—¿Qué señora, cariño? ¿Cómo has llegado al pueblo? ¿Tu papá...?

—La guapa. Tu hermana. Dijo que tenía algo importante que decirte —Lucy le puso la nota en la mano a Margaret—. Papá estaba hablando con el hombre de la ropa elegante en su estudio. No me vieron. Papá no está aquí. Me dijo que fuera con Joe mientras estaba ocupado con el hombre, y Joe vino al pueblo.

A Margaret se le encogió el estómago mientras desdoblaba el papel. La elegante caligrafía de Caroline no había cambiado: seguía siendo precisa y segura.

«Margaret, necesitamos hablar. A solas. Reúnete conmigo en el viejo granero detrás de la iglesia al atardecer. Ven sola. Tenemos asuntos que tratar. C.»

Margaret cerró los ojos e intentó acompasar la respiración. ¿Qué podía querer Caroline? El daño ya estaba hecho, la verdad al descubierto, su vida aquí destruida.

—Lucy —dijo con suavidad—, ¿alguien te ha visto traerme esto?

La pequeña negó con la cabeza.

—No hice nada de ruido, como cuando papá y yo jugamos al escondite. La señora dijo que era un secreto de mayores.

Un secreto. Cómo no, Caroline era capaz de convertir a una niña en cómplice de sus maquinaciones. Margaret sintió el impulso protector de siempre hacia Lucy, el mismo que la había llevado a luchar por esta familia aunque eso significara vivir una mentira.

—Lo has hecho muy bien —dijo Margaret, besándole la coronilla —. Pero ahora tienes que volver a casa. Tu papá estará preocupado.

—¿Tú también vienes? —preguntó Lucy con una vocecita esperanzada.

Margaret no podía responder a esa pregunta con sinceridad, así que se limitó a abrazar a Lucy con más fuerza.

—Te quiero —susurró—. Pase lo que pase, recuerda que te quiero mucho.

Después de que Lucy se marchara a regañadientes, Margaret se sentó en la estrecha cama y se quedó mirando la nota de Caroline. ¿Qué podía querer su hermana? ¿Acaso no había reclamado ya su identidad, expuesto su engaño, destruido la vida que ella había construido? ¿Qué más quedaba por hablar?

Cuando el sol empezó a ponerse, tiñendo el cielo de Wyoming de tonos dorados y carmesíes, Margaret se encaminó hacia el viejo granero detrás de la iglesia. Era una estructura que había dejado de ser útil hacía tiempo, abandonada cuando el pueblo construyó un granero más nuevo y grande cerca del camino principal. Ahora se alzaba vacío, con las tablas desgastadas y grises por los años y el abandono.

Caroline ya estaba allí, de pie en la entrada, de espaldas al sol poniente. Se había cambiado el vestido de viaje por algo más

sencillo, aunque seguía siendo mucho más elegante que cualquier cosa que Margaret hubiera tenido jamás. Su cabello dorado atrapaba la luz del ocaso, confiriéndole un aire casi etéreo contra el cielo que oscurecía.

—Hola, Margaret —dijo Caroline cuando Margaret se acercó. Su voz sonaba serena, controlada, sin delatar nada.

—Caroline —Margaret se detuvo a unos metros, escrutando el rostro de su hermana en busca de alguna pista sobre sus intenciones—. ¿Qué quieres?

Caroline sonrió, pero la sonrisa no le llegó a los ojos.

—Siempre tan directa, ¿eh? Muy bien. Quiero hablar de los términos de tu rendición.

—¿Mi rendición? —Margaret sintió un escalofrío que nada tenía que ver con el fresco de la tarde—. Ya lo he perdido todo. ¿Qué más quieres?

—Quiero asegurarme de que entiendes bien la situación —Caroline entró en el granero y Margaret la siguió a regañadientes. Dentro olía a heno viejo y a polvo, y rayos de luz dorada se colaban por las rendijas entre las tablas.

—Que te quede clara una cosa —continuó Caroline, volviéndose hacia Margaret—. No estoy aquí porque quiera a Elijah Cade, ni su rancho, ni su vida. Estoy aquí porque me obligaste a actuar.

Margaret parpadeó, sorprendida.

—¿No lo quieres?

Caroline soltó una risa fría, sin pizca de calidez.

—¿Quererlo? Margaret, nunca lo quise. La correspondencia fue idea de la tía Beatrice, un plan de reserva por si no encontraba un marido adecuado en Nueva York. Lo de la novia por correspondencia siempre fue un último recurso.

La fría indiferencia de aquellas palabras golpeó a Margaret como una bofetada.

—Entonces, ¿por qué has venido? ¿Por qué has traído a ese abogado?

—Porque —dijo Caroline, acercándose más— desapareciste en plena noche con mi nombre, mi correspondencia y mi billete de tren.

¿Tienes idea de lo que eso supuso para mi reputación? ¿Para la posición de nuestra familia?

Margaret notó que se le encendían las mejillas.

—Te estabas muriendo de fiebre. Tú misma dijiste que tenía que ir en tu lugar. Fue idea tuya. Yo no tuve nada que ver.

—¡Estaba delirando! —la compostura de Caroline se resquebrajó por un instante, dejando entrever la ira que ocultaba—. Estaba fuera de mí por la enfermedad, y tú te aprovechaste para robarme la identidad y el futuro.

—Un futuro que ni siquiera querías —replicó Margaret.

—Esa no es la cuestión —Caroline recuperó la compostura, alisándose las faldas con calma deliberada—. La cuestión es que la gente empezó a hacer preguntas. ¿Dónde estaba Caroline Dalton? ¿Por qué no se había casado con su prometido? ¿Había algún escándalo detrás de la ruptura del compromiso?

Margaret empezó a comprender.

—Tu reputación.

—Exacto —Caroline volvió a sonreír, fría y calculadora—. Verás, mientras tú jugabas a las casitas con un ranchero, yo me dedicaba a reparar el daño que causaste. Llevo un tiempo cortejando a un caballero muy adecuado en Boston, un hombre de considerable fortuna y posición social. Pero su familia no para de hacer preguntas incómodas sobre mi pasado, sobre por qué un compromiso anterior se rompió de forma tan misteriosa.

—Así que... has venido para...

—Para limpiar el desastre que dejaste —terminó Caroline—. Para dar una explicación convincente de por qué Caroline Dalton nunca se casó con Elijah Cade. Y para asegurarme de que entiendes lo que tiene que pasar ahora.

Margaret sintió que las paredes del granero se cerraban sobre ella.

—¿Qué quieres decir?

Caroline metió la mano en su ridículo y sacó una hoja de papel, que desdobló con sumo cuidado. —Esta es una declaración que he preparado. En ella explico que estaba demasiado enferma para viajar al oeste según lo previsto, y que envié a mi hermana en mi

lugar como solución provisional. Dice que, una vez recuperada, vine a Wyoming para poner fin al compromiso como es debido y recuperar a mi hermana.

Margaret leyó la declaración y el corazón se le fue hundiendo con cada palabra. Era una obra maestra de manipulación que convertía el engaño de Margaret en un noble sacrificio en lugar de un robo desesperado.

—Todo son mentiras —dijo Margaret.

—Por supuesto que lo son —convino Caroline con alegría—. Pero es el tipo de mentira que protege la reputación de todos. Yo regreso a Boston como una mujer que decidió responsablemente poner fin a un compromiso que a todas luces no convenía. Elijah conserva su dignidad como un hombre al que liberaron honorablemente de sus obligaciones. Y tú...

—¿Y yo qué?

La sonrisa de Caroline se volvió depredadora. —Tú desapareces. Para siempre. Regresas a Nueva York o vas adonde te plazca, pero no vuelves a usar jamás el nombre de Caroline Dalton ni el de Caroline Cade. No hablas nunca de lo que sucedió aquí. Te conviertes en otra persona.

Margaret sintió que la sangre se le iba del rostro. —Quieres que renuncie a todo. A Lucy, a Elijah, a la vida que me he construido aquí.

—La vida que robaste —corrigió Caroline—. Y sí, eso es exactamente lo que quiero. A cambio, firmaré documentos que liberen a Elijah de cualquier obligación legal hacia mí. Dejaré claro que no tengo ningún derecho sobre él ni sobre sus propiedades. Incluso hablaré bien de ti si alguien pregunta por tu reputación.

—Qué generosa —dijo Margaret con amargura.

—Es generoso —dijo Caroline, y su voz se endureció—. Porque la alternativa es mucho peor. El señor Redford, el abogado que traje conmigo, está especializado en casos de fraude y suplantación de identidad. Es muy bueno en lo que hace, y está muy interesado en las implicaciones legales de tu... situación.

Un escalofrío de miedo recorrió a Margaret. —¿Implicaciones legales?

—Casarse con un nombre falso es fraude, Margaret. Apropiarse de correspondencia dirigida a otra persona, usar documentos falsos, reclamar derechos de propiedad bajo una identidad falsa... son delitos graves. El señor Redford cree que hay base suficiente para una acusación penal.

La amenaza quedó suspendida entre ellas, tan clara como si Caroline hubiera desenvainado un cuchillo. Margaret pensó en Elijah, ya traicionado y herido por su engaño. ¿Qué le pasaría si la arrestaban, si anulaban su matrimonio, si el escándalo crecía aún más?

Y Lucy. ¿Qué sería de Lucy si se llevaban a su madrastra encadenada?

—¿Qué gana el señor Redford con esto? —preguntó Margaret, intentando comprender todo el alcance de la trampa que se cerraba a su alrededor.

Por primera vez desde que Margaret había llegado, Caroline vaciló. —Es un hombre de negocios. Ve oportunidades.

—¿Qué tipo de oportunidades?

—El ferrocarril se está expandiendo por este territorio —dijo Caroline al fin—. Más pronto de lo que la mayoría imagina. El señor Redford representa a inversores interesados en adquirir tierras a lo largo de la ruta propuesta.

Margaret sintió que las piezas del rompecabezas encajaban. —Las tierras de Elijah.

—Entre otras. El señor Redford cree que un hombre que lidia con el escándalo de un matrimonio fraudulento, que posiblemente se enfrenta a la ruina financiera por los procedimientos legales, estaría más dispuesto a considerar una oferta generosa por su propiedad.

El verdadero alcance del plan de Caroline la golpeó como un puñetazo. No se trataba solo de proteger la reputación de Caroline o de castigar a Margaret por su engaño. Se trataba de dinero, de tierras, de inversores del Este que usaban el drama familiar para adquirir propiedades del Oeste a precios por debajo del mercado.

—Vas a destruir la vida de Elijah por dinero —dijo Margaret con la voz temblorosa de rabia.

—Voy a resolver varios problemas a la vez —corrigió Caroline—. Yo recupero mi reputación, tú te enfrentas a las consecuencias de tus decisiones, el señor Redford consigue acceso a tierras valiosas y Elijah recibe suficiente dinero para empezar de nuevo en otro lugar. Todos ganan.

—Todos excepto Lucy —dijo Margaret—. ¿Qué será de ella cuando su padre pierda el rancho, cuando su mundo se venga abajo por los escándalos y las batallas legales?

Por primera vez, Caroline pareció incómoda. —Los niños tienen mucha capacidad de adaptación. Se adaptará.

—Ya perdió a una madre —dijo Margaret con desesperación—. Ya la abandonaron una vez. ¿Cómo puedes hacerle esto?

—Yo no le estoy haciendo nada —dijo Caroline, que recuperó la compostura—. Eres tú quien lo está haciendo. Tus decisiones llevaron a esta situación. Tu engaño creó este desastre. No intentes convertirme en la villana de una historia que escribiste tú.

Margaret miró fijamente a su hermana y la vio con claridad quizás por primera vez en su vida. Caroline siempre había sido hermosa, encantadora y segura de sí misma. Pero bajo aquel exterior dorado había algo frío y calculador, algo capaz de destruir la felicidad de una niña en aras de una ventaja social.

—Necesito tiempo para pensar —dijo Margaret al fin.

—Tienes hasta mañana por la mañana —respondió Caroline—. El señor Redford y yo nos reuniremos con Elijah a las diez en punto para discutir los aspectos legales de esta situación. Puedes estar allí para firmar la declaración y aceptar nuestras condiciones, o puedes enfrentarte a las consecuencias de obligarnos a buscar otras opciones.

Caroline se dirigió hacia la puerta del granero y se detuvo. —Ah, y Margaret, no pienses que puedes volver a huir. El señor Redford ya ha presentado documentación preliminar ante las autoridades territoriales. Si intentas desaparecer, emitirán órdenes de arresto. Esta vez no puedes escapar.

Cuando Caroline se marchó, Margaret se quedó en el granero mientras la oscuridad la envolvía. El peso de aquellas decisiones imposibles la aplastaba. Podía firmar la declaración de Caroline,

aceptar la culpa y desaparecer de la vida de Lucy para siempre. O podía luchar y arriesgarse a destruir a Elijah y a Lucy en la batalla legal que vendría después.

De cualquier manera, perdería a las personas que más amaba.

Margaret salió por fin del granero y caminó lentamente hacia el pueblo, con la mente agitada por las posibilidades y los temores. Al pasar junto al camino del rancho, sintió la tentación de girar hacia casa, de ver a Elijah y a Lucy una vez más antes de tomar su decisión.

Pero mientras estaba en la encrucijada, en todos los sentidos, oyó algo que le heló la sangre. El sonido de una niña llorando, que el viento arrastraba desde la dirección del rancho. El rancho estaba demasiado lejos del pueblo como para que pudiera oír lo que sucedía allí. Pero, aun así, el sonido era inconfundible.

Margaret echó a correr.

Encontró a Lucy acurrucada bajo el gran chopo cerca del arroyo, entre la granja y el pueblo, sollozando desconsoladamente. La niña llevaba el vestido sucio, el cabello enredado de cardos y el rostro manchado de lágrimas y barro.

—¡Lucy! —Margaret se arrodilló junto a la niña—. ¿Qué haces aquí fuera? ¿Dónde está tu papá?

—Me escapé —sollozó Lucy, y se arrojó a los brazos de Margaret —. Oí a papá hablando con el hombre de la ropa elegante. Dijeron que te ibas para siempre. Dijeron que a lo mejor tendría que irme a vivir con desconocidos.

A Margaret se le encogió el corazón mientras sostenía a la niña temblorosa.

—Ay, cariño, no debiste escaparte así. Tu papá debe de estar muerto de preocupación.

—No quiero que te vayas —lloró Lucy—. No quiero vivir con desconocidos. Quiero quedarme aquí contigo y con papá. Quiero que seamos una familia.

—Lo sé, cariño. Lo sé —Margaret meció a Lucy con suavidad mientras sus propias lágrimas caían sobre el pelo de la niña—. Pero a veces los mayores tienen que tomar decisiones difíciles.

—¿Como mamá? —preguntó Lucy con la voz ahogada contra el hombro de Margaret—. ¿Cuando se fue y no volvió nunca?

La pregunta inocente golpeó a Margaret como un rayo. Lucy la estaba comparando con Helen, la madre que la había abandonado. En la mente de la niña, todas las mujeres a las que quería acababan dejándola, acababan eligiendo cualquier otra cosa antes que quedarse con ella.

—Yo no soy tu primera mamá —dijo Margaret con vehemencia—. Yo nunca te dejaría como ella. Jamás elegiría abandonarte.

—Pero te vas a ir —dijo Lucy—. El hombre lo dijo.

—Escúchame —dijo Margaret, y se apartó para mirar la carita llena de lágrimas de Lucy—. Si me voy, no será porque quiera. Será porque a veces los mayores tienen que hacer cosas que no quieren para proteger a quienes aman.

—No entiendo —susurró Lucy.

—Lo sé. Pero necesito que recuerdes algo, pase lo que pase. Te quiero. Más que a mi propia vida. Y si alguna vez tengo que irme, será porque intento protegerte, no porque quiera marcharme.

El sonido de cascos acercándose hizo que ambas levantaran la vista. Elijah apareció entre los árboles con el rostro desencajado de pánico y alivio al ver a Lucy en brazos de Margaret.

—¡Lucy! —Desmontó y corrió hacia ellas, con un alivio palpable —. Gracias al cielo. Llevo una hora buscándote.

—¡Papá! —Lucy se soltó de Margaret y corrió hacia su padre, que la estrechó en un abrazo feroz.

—No vuelvas a darme un susto así —dijo Elijah con la voz temblorosa—. Cuando encontré tu muñeca junto al arroyo, pensé... —No pudo terminar la frase.

Margaret se levantó despacio, contemplando el reencuentro con una mezcla de alegría y desolación. Esto era lo que importaba. Este amor entre padre e hija. Todo lo demás era secundario.

—Estaba asustada —dijo Margaret en voz baja—. Oyó algo que la asustó.

Elijah cruzó la mirada con ella por encima de la cabeza de Lucy, y Margaret vio que lo entendía. Lucy había oído las conversaciones

sobre el futuro de Margaret, sobre las complicaciones legales, sobre la posibilidad de que la enviaran lejos.

—Lo siento —dijo Elijah, y Margaret no supo si se disculpaba por el miedo de Lucy o por la situación que lo había provocado.

—No lo hagas —respondió Margaret—. Solo cuida de ella.

Echó a andar, pero la voz de Lucy la detuvo.

—¡Maggie, espera!

Margaret se volvió y vio a Lucy forcejeando en los brazos de su padre, con las manos tendidas hacia ella.

—Te lo prometo —dijo Lucy con la voz encendida por la determinación de una niña que hace un voto solemne—. Prometo que nunca me iré sin despedirme de ti. Y tú tienes que prometer lo mismo.

Margaret miró a aquella valiente niña, aquella criatura que ya había perdido tanto y que intentaba crear reglas para que su mundo no se desmoronara de nuevo. ¿Cómo podía hacer una promesa que quizá no pudiera cumplir?

Pero al mirar los ojos grises de Lucy, tan parecidos a los de su padre, Margaret supo que no podía negarse. Pasara lo que pasara mañana, fuera cual fuera la decisión que tomara, le debía honestidad a aquella niña.

—Te lo prometo —dijo Margaret con la voz quebrada—. Prometo que nunca me iré sin despedirme de ti.

Era una promesa que podría costarle todo. Pero también era la promesa más importante que había hecho en su vida.

Elijah llevó a Lucy de vuelta a la casa del rancho. Margaret se quedó sola en la oscuridad creciente, consciente de que el día siguiente traería la decisión más difícil de su vida. Podía salvarse aceptando las condiciones de Caroline, o podía luchar por la familia que amaba y arriesgarse a destruirlos a todos.

Eligiera lo que eligiera, tendría que vivir con las consecuencias.

La promesa que acababa de hacerle a Lucy resonaba en su mente mientras caminaba hacia el pueblo. Pasara lo que pasara, no abandonaría a aquella niña sin darle una explicación. No sería otra Helen, otra mujer que simplemente desapareciera de la vida de Lucy.

Si tenía que irse, se despediría como era debido. Y si se quedaba a luchar, afrontaría con valentía lo que viniera.

La pequeña que la había llamado mamá se merecía eso y más.

CAPÍTULO 14



Los días que siguieron a la desaparición de Lucy estuvieron marcados por un cuidadoso baile de evasivas entre Margaret y Elijah. Se movían por la casa como dos extraños corteses, compartiendo las comidas en un silencio casi absoluto mientras Lucy parloteaba para llenar los silencios incómodos. Margaret había vuelto a dormir en su propia habitación, aunque a menudo encontraba a Lucy acurrucada a su lado por las mañanas, buscando consuelo ante la incertidumbre que se cernía sobre el hogar como nubes de tormenta.

Elijah pasaba más horas fuera de lo habitual, buscando excusas para evitar la casa durante el día. Pero aquella noche, tres días después del enfrentamiento con Caroline, Margaret advirtió un resplandor cálido que salía de la pequeña habitación junto a la cocina que Elijah usaba como despacho.

A través de la puerta entreabierta, pudo verlo sentado ante su escritorio, pero no estaba trabajando en las cuentas ni en la correspondencia. Se limitaba a observar a Margaret mientras ayudaba a Lucy con las letras, a la luz de la lámpara de aceite.

—Pronúncialo —decía Margaret con suavidad, mientras deslizaba el dedo bajo las palabras del libro de lectura que usaban juntas—. ¿Qué dice esta palabra?

Lucy entrecerró los ojos para mirar la página, con el rostro serio por la concentración.

—C-a-b-a-l-l-o. ¡Caballo!

—¡Muy bien! —Margaret sonrió y estrechó a Lucy contra sí—. Estás mejorando mucho con la lectura. Pronto podrás leer libros enteros tú solita.

—¿Me seguirás leyendo aunque pueda hacerlo yo sola? —preguntó Lucy, mirándola con aquellos ojos grises tan serios.

—Si tú quieres —respondió Margaret, aunque sus palabras cargaban con una incertidumbre que Lucy era demasiado pequeña para comprender.

—Siempre querré que lo hagas —dijo Lucy con la certeza absoluta de la infancia—. Incluso cuando sea mayor, querré que me leas cuentos.

A Margaret se le hizo un nudo en la garganta, pero logró mantener la voz firme.

—Sigamos con la siguiente palabra.

Desde el umbral, Elijah contemplaba aquella tierna escena con una expresión difícil de descifrar. Había dolor en ella, sí, pero también algo más. Algo que se parecía mucho al arrepentimiento.

Después de arropar a Lucy en la cama con sus muñecas de siempre y un cuento de buenas noches, Margaret volvió a la cocina a fregar los platos de la cena. Se sorprendió al encontrar a Elijah esperándola, sentado a la mesa con dos tazas de café ya servidas.

—Siéntate —dijo él con voz serena, aunque no hostil—. Tenemos que hablar.

Margaret ocupó la silla frente a él y rodeó la taza caliente con las manos, buscando consuelo en su calor. El silencio se prolongó entre ellos un largo instante antes de que Elijah rompiera a hablar.

—Ese abogado amigo de tu hermana vino a verme hoy —dijo sin preámbulos.

A Margaret se le encogió el estómago.

—¿El señor Redford?

—Tenía una propuesta interesante —dijo Elijah con voz deliberadamente neutra, sin revelar nada—. Por lo visto, representa

a unos inversores del Este muy interesados en comprar tierras de ganadería por esta zona.

—¿Dijo por qué? —preguntó Margaret, aunque sospechaba que ya conocía la respuesta.

—El ferrocarril se está expandiendo por estas tierras —Elijah le sostuvo la mirada desde el otro lado de la mesa—. No el ramal que todos conocemos. Una línea principal que atravesará este valle. Va a hacer muy ricos a algunos, y a otros... —se encogió de hombros—. Otros podrían quedarse sin más opción que vender.

Margaret sintió un escalofrío que nada tenía que ver con el fresco de la noche.

—¿Qué le dijiste?

—Le dije que no me interesaba vender —Elijah dio un sorbo a su café mientras escrutaba el rostro de Margaret por encima de la taza —. Entonces dejó claro que su interés en mis tierras no tenía nada que ver con Caroline, como había sugerido al principio. Esto siempre fue por el ferrocarril. Por hacerse con propiedades a precio de saldo antes de que corriera la voz sobre el trazado.

—Lo siento —dijo Margaret en voz baja—. Siento que mi engaño te haya traído estos problemas.

—¿Lo sientes? —preguntó Elijah con un filo en la voz—. ¿O sientes que te hayan descubierto?

La pregunta la golpeó como una bofetada, y Margaret notó que se le encendían las mejillas.

—Eso no es justo.

—¿No lo es? —Elijah se recostó en la silla sin apartar de ella aquellos ojos gris azulado—. Has tenido tres días para pensar qué querías decirme. Tres días para inventarte una explicación de por qué me mentiste desde el momento en que nos conocimos. Así que dime, Margaret. Dime quién eres en realidad.

Margaret oyó su verdadero nombre en labios de él y sintió que algo se quebraba en su pecho. No Caroline. Margaret. Por fin la veía, la veía de verdad, aunque fuera demasiado tarde para que importara.

—No soy nadie —dijo ella en un hilo de voz—. Soy la hermana que nadie recuerda, la que pasa desapercibida en las fiestas y a la

que olvidan en las conversaciones. Soy la mujer que estaba destinada a vivir toda su vida a la sombra de Caroline, cuidando de las necesidades de los demás sin pedir nunca nada para sí misma.

—Eso no es lo que yo veo cuando te miro.

Margaret alzó la vista, sorprendida por la dulzura de su tono.

—Cuando te miro —continuó Elijah—, veo a la mujer que plantó cara a un incendio en el granero bajo la lluvia. Veo a alguien que me cosió el brazo sin inmutarse, que hizo que mi hija se sintiera querida por primera vez desde que su madre se marchó. Veo a alguien que convirtió una casa en un hogar, que me recordó lo que era tener esperanza en algo más que sobrevivir de un día para otro.

A Margaret le escocieron los ojos.

—Pero todo está construido sobre mentiras. Todo lo que describes, todo lo que tuvimos juntos, es falso.

—¿Lo es? —Elijah se levantó y se acercó a la ventana para contemplar la silueta oscura de las montañas contra el cielo estrellado—. Cuando abrazaste a mi hija mientras lloraba, ¿eso fue falso? Cuando te quedaste despierta toda la noche cuidándome porque te importaba más mi bienestar que tu propia comodidad, ¿eso fue mentira?

—No —susurró Margaret—. Eso fue real. Todo eso fue real.

—Entonces ayúdame a entender —dijo Elijah, y se volvió hacia ella—. Ayúdame a entender cómo acabaste en ese tren con el nombre de mi prometida y mis cartas en el bolsillo.

Así que Margaret se lo contó. Sentada a la mesa de la cocina, a la luz de la lámpara, le contó todo. Lo de la fiebre de Caroline y el pánico de la Tía Beatrice por el compromiso roto. Lo de toda una vida siendo invisible, viendo cómo las oportunidades caían en manos de su hermosa hermana, mientras a ella solo le quedaba la expectativa de mostrarse agradecida por las migajas que le ofrecieran.

—No lo planeé —dijo, con las palabras atropellándose unas a otras—. En realidad, no. Ni siquiera fue idea mía. No lo tramé yo. Pero cuando me lo propusieron, se convirtió en un impulso desesperado, una oportunidad de ser otra persona por una vez en mi vida. Alguien que importara. Alguien a quien desearan.

—¿Y luego?

—Y luego os conocí a ti y a Lucy, y ya no se trataba de escapar de mi antigua vida. Se trataba de proteger esta nueva. De ser la esposa y la madre que esta familia necesitaba, aunque no tuviera derecho a estar aquí.

Elijah guardó silencio durante un largo rato, asimilando sus palabras. Cuando por fin habló, su voz sonaba reflexiva, no enfadada.

—Podrías habérmelo contado —dijo—. Cuando empezamos a confiar el uno en el otro, cuando empezamos a querernos. Podrías haber encontrado la manera de decirme la verdad.

—Lo intenté —dijo Margaret con desesperación—. Junto a la cerca, cuando Tom nos interrumpió. Iba a contártelo todo. Pero tenía tanto miedo de perder lo que habíamos construido, estaba tan aterrada de que me echaras...

—Como Helen hizo con Lucy.

Las palabras quedaron flotando en el aire entre ellos, cargadas de comprensión. Margaret asintió, incapaz de hablar por el nudo que tenía en la garganta.

—Sabes lo del regreso de Helen —dijo Elijah al fin—. Lo de los abogados y las amenazas de custodia. Leíste los papeles de mi escritorio, los que dejé por ahí tirados.

Margaret notó que se le encendían las mejillas de nuevo.

—Lo siento. No debería haber...

—No, hiciste bien. Si me hubieras preguntado, te lo habría contado. Pero no confiaste en mí lo suficiente para preguntar, igual que yo no confié en ti lo suficiente para contarte lo que me estaba pasando.

Volvieron a quedarse en silencio, mientras el peso de las oportunidades perdidas y las verdades calladas se posaba entre ellos como el polvo.

—Quiero a Lucy —dijo Margaret al fin, con la voz quebrada—. La quiero como si fuera mi propia hija. Y te quiero a ti, aunque no tenga derecho, aunque haya arruinado cualquier posibilidad de que me creas.

Elijah le estudió el rostro a la luz de la lámpara: las lágrimas que le corrían por las mejillas, la honestidad descarnada de su expresión.

—Te creo —dijo en voz baja—. Por cómo eres con Lucy, por cómo nos has cuidado a los dos... ese amor no se puede fingir.

Margaret sintió un destello de esperanza en el pecho.

—Entonces, quizás...

—Necesito tiempo —dijo Elijah, y la esperanza murió tan rápido como había nacido—. Tiempo para pensar qué significa esto, si podemos construir algo real sobre unos cimientos que empezaron con un engaño.

Margaret asintió. Lo comprendía, pero aun así tenía el corazón destrozado.

—Lo sé. Sé que no tengo derecho a pedir nada.

—Tienes derecho a pedir —dijo Elijah, levantándose de la mesa —. Solo que no puedo prometerte cuál será mi respuesta.

Cuando se dirigía hacia la puerta, Margaret lo llamó.

—¿Elijah?

Él se detuvo y la miró.

—Decidas lo que decidas sobre mí, por favor, no dejes que el señor Redford y sus inversores te presionen para vender. Esta tierra, este rancho, es el patrimonio de Lucy. Es su lugar en el mundo.

Algo cambió en la expresión de Elijah.

—¿Me pedirías que luchara por el rancho aunque eso pudiera significar que tendrías que irte?

—No se trata de mí —dijo Margaret con firmeza—. Se trata de lo que es mejor para Lucy. Y lo mejor para ella es crecer en un lugar donde la quieran y esté a salvo, donde tenga raíces y un sentido de pertenencia.

Elijah asintió despacio, como si la respuesta de Margaret confirmara algo que llevaba tiempo preguntándose.

—Buenas noches, Margaret —dijo, volviendo a usar su verdadero nombre.

—Buenas noches.

Cuando él se fue, Margaret se quedó sola en la cocina durante un largo rato, repasando la conversación, buscando esperanza en sus palabras. La había llamado Margaret. Había dicho que le creía

cuando ella le dijo que lo quería, a él y a Lucy. Pero también había dicho que necesitaba tiempo, y el tiempo era algo que quizás ella no tuviera.

Caroline y el señor Redford seguían en el pueblo, insistiendo con su caso. La amenaza de acciones legales se cernía sobre todos ellos como una espada. Y en algún lugar, Helen planeaba su regreso, dispuesta a reclamar a la hija que había abandonado años atrás.

Margaret por fin estaba siendo sincera con el hombre al que quería, pero quizás fuera demasiado tarde para salvar lo que habían construido juntos.

Estaba apagando la lámpara, a punto de irse a la cama, cuando oyó ruedas de carreta en el patio. Margaret frunció el ceño y miró hacia la ventana. Era tarde para visitas, y las llegadas inesperadas en plena noche solían significar problemas.

A través de la ventana de la cocina, vio una figura que bajaba de una carreta y se movía despacio, con cuidado, como si no estuviera acostumbrada al esfuerzo físico. A la luz de la luna distinguió la silueta de una mujer, pero algo en su postura no estaba bien. Era demasiado delgada, demasiado angulosa, y se movía como alguien a quien hubieran roto y curado mal.

A Margaret se le heló la sangre cuando cayó en la cuenta.

Supo, incluso antes de que la mujer entrara en el círculo de luz de la lámpara del porche, exactamente quién había llegado a su puerta en mitad de la noche.

Helen. La primera esposa de Elijah. La madre de Lucy.

La mujer que había firmado los papeles para abandonar a su familia había vuelto, y caminaba hacia la casa con el paso decidido de quien pretende reclamar lo que cree suyo.

Margaret oyó las botas de Elijah en el suelo: venía a ver qué era aquel ruido. Lo oyó contener el aliento bruscamente cuando reconoció a la figura que se acercaba a la puerta.

Y entonces oyó una voz que nunca había oído pero que había imaginado mil veces, una voz que atravesaba el patio oscuro con una confianza quebradiza.

—Hola, Elijah. He venido a por mi hija. Y esta vez, nadie va a detenerme.

CAPÍTULO 15



Helen entró en el círculo de luz del porche, y a Margaret se le cortó la respiración. La mujer de la fotografía quemada había sido hermosa, incluso en aquella imagen dañada. La que ahora tenían delante era una sombra de aquella belleza, consumida por años de penurias y decisiones que le habían surcado el rostro con líneas de amargura.

Era alta y aún conservaba una gracia etérea, pero su cabello rubio se había oscurecido y afinado, recogido hacia atrás en un estilo severo que acentuaba los ángulos marcados de sus pómulos. El vestido era caro, pero le quedaba holgado, como si hubiera adelgazado recientemente. Sin embargo, fueron sus ojos los que más impactaron a Margaret: de un azul pálido y fríos como el cielo invernal, con una expresión de superioridad que contrastaba con su aspecto demacrado.

—Helen —dijo Elijah con voz cuidadosamente controlada, aunque Margaret percibió la tensión subyacente—. No te esperaba.

—¿No? —la sonrisa de Helen era frágil como el cristal—. ¿Después de todas esas cartas de abogados? ¿Después de toda la correspondencia legal? Debías saber que tarde o temprano vendría.

Se acercó más al porche y examinó a Margaret con evidente desdén.

—Y esta debe de ser la mujer que ha estado jugando a las casitas con mi marido y criando a mi hija.

—No soy tu marido —replicó Elijah con sequedad—. Firmaste los papeles, Helen. Tomaste tu decisión.

—Papeles que me coaccionaron para firmar —respondió Helen con un tono ensayado de victimismo—. Papeles que firmé cuando estaba enferma, cuando no pensaba con claridad. Cuando me manipuló un hombre que quería deshacerse de su esposa inconveniente.

A Margaret le recorrió un escalofrío por la espalda. Helen había venido preparada para la batalla, armada con un relato diseñado para reescribir el pasado y reclamar lo que había abandonado por voluntad propia.

—No te coaccionó nadie —dijo Elijah, interponiéndose entre Helen y Margaret en gesto protector—. Elegiste irte. Elegiste abandonar a tu hija. Elegiste firmar esos papeles porque querías tu libertad más que a tu familia.

La máscara cuidadosamente compuesta de Helen se resquebrajó por un instante, dejando entrever un destello de desesperación.

—Era joven. Estaba abrumada. Cometí errores. Pero he madurado, he cambiado. Quiero arreglar las cosas con Lucy.

—¿Después de cuatro años? —la voz de Elijah destilaba incredulidad—. ¿Después de cuatro años de silencio, sin dar señales de vida, dejando que tu hija te creyera muerta? ¿Y ahora quieres arreglar las cosas?

—No estaba preparada antes —dijo Helen en tono suplicante—. Necesitaba tiempo para convertirme en la madre que Lucy merece. Me he vuelto a casar, ahora tengo estabilidad, tengo los medios para mantenerla como es debido.

Margaret sintió que las piezas del rompecabezas encajaban. El nuevo marido de Helen, la estabilidad que mencionaba, el momento de su regreso. Aquello no tenía nada que ver con el amor maternal; se trataba de respetabilidad social, de atar los cabos sueltos de su vida pasada.

—¿Dónde está? —preguntó Helen, mirando hacia la casa con ojos ávidos—. ¿Dónde está mi hija?

—Está durmiendo —dijo Margaret, hablando por primera vez—. Y ya no es tu hija. Renunciaste a ese derecho cuando firmaste el acuerdo de separación.

La mirada gélida de Helen se clavó en Margaret con intensidad venenosa.

—¿Y quién eres tú para hablar de mi hija? No eres más que una extraña, una intrusa sin ningún derecho legal a estar aquí.

Las palabras hirieron más de lo que Helen podía imaginar, pues resonaban con los temores que la propia Margaret albergaba sobre su posición precaria en aquella familia. Pero también despertaron algo feroz y protector en su corazón.

—Puede que no haya dado a luz a Lucy —dijo Margaret, dando un paso al frente pese a la postura protectora de Elijah—, pero he sido su madre durante meses. La he abrazado cuando lloraba, le he enseñado a leer y la he consolado en sus pesadillas. Me he ganado el derecho a velar por su bienestar.

—No te has ganado nada —escupió Helen—. Eres una impostora que vive bajo un nombre falso, fingiendo ser quien no es. Lo sé todo sobre tu pequeño engaño, señorita Dalton. Mis abogados han sido muy minuciosos.

Margaret sintió que la sangre le huía del rostro. Helen lo sabía todo: lo de Caroline, el robo de identidad, todo. Y eso significaba que disponía de armas que Margaret ni siquiera había considerado.

—Así es —continuó Helen, al ver la conmoción de Margaret—. Sé exactamente quién eres en realidad. Y sé que tu supuesto matrimonio con mi marido es nulo, construido sobre mentiras y engaños. Lo que significa que no tienes absolutamente ninguna posición legal aquí.

Elijah se acercó más a Margaret, ofreciéndole su presencia firme y protectora.

—Las circunstancias de nuestro matrimonio no cambian el hecho de que abandonaste a Lucy. No te dan derecho a volver y destrozar la única familia estable que ha conocido.

—¿La única familia? —Helen soltó una risa gélida—. Soy su madre. Su verdadera madre. No una solterona desesperada que juega a disfrazarse con la vida de otra mujer.

La crueldad de aquellas palabras hizo que Margaret se estremeciera, pero no cedió terreno.

—Ser madre es más que biología. Se trata de amor, de sacrificio, de anteponer las necesidades de una niña a las propias. Lucy ni siquiera te recuerda.

—Lo hará —dijo Helen con una confianza escalofriante—. Los niños se adaptan. Se acostumbrará a estar con su verdadera familia.

—¿Y qué familia es esa? —exigió saber Elijah—. ¿Tu nuevo marido? ¿Sabe lo de la hija que abandonaste? ¿Sabe lo de la familia que dejaste atrás?

Por primera vez, la compostura de Helen se resquebrajó ligeramente.

—Mis asuntos personales no son de tu incumbencia.

—Lo son cuando afectan a Lucy —dijo Margaret, mientras la comprensión la invadía—. Él no lo sabe, ¿verdad? Tu nuevo marido no tiene ni idea de que tienes una hija viva. Te has hecho pasar por viuda, ¿no es así? Una figura trágica que lo perdió todo.

El silencio de Helen fue respuesta suficiente.

—Entonces, ¿de qué va todo esto en realidad? —insistió Margaret —. ¿Estás aquí porque amas a Lucy y quieres ser su madre? ¿O porque mantener su existencia en secreto empieza a complicarte la nueva vida?

—¿Cómo te atreves? —siseó Helen, aunque ahora su voz delataba una actitud defensiva—. No tengo que darte explicaciones. Estoy aquí para reclamar a mi hija, y nadie va a impedírmelo.

—En realidad —dijo Margaret, mientras una idea tomaba forma en su mente—, puede que alguien sí pueda.

Tanto Elijah como Helen la miraron sorprendidos.

—Si se va a disputar la custodia —continuó Margaret, con la voz cada vez más firme—, Lucy debería tener representación legal. Alguien cuyo único interés sea su bienestar, no la conveniencia de sus padres.

Helen palideció.

—¿De qué estás hablando?

—Estoy hablando de ofrecerme como tutora de Lucy —dijo Margaret, atropellando las palabras—. Si esto llega a los tribunales,

si intentas llevártela del único hogar que ha conocido, solicitaré que me nombren su tutora legal. Lucharé por su derecho a quedarse donde la quieren y está a salvo.

El silencio que siguió fue ensordecedor. Elijah miraba a Margaret con algo parecido al asombro, mientras Helen se retorcía de rabia.

—No tienes legitimación —farfulló Helen—. No eres de la familia, ni siquiera estás casada legalmente con Elijah. Ningún tribunal te concedería la tutela.

—Quizás no —admitió Margaret—. Pero podrían hacerlo si entendieran la situación en su totalidad. Si supieran que abandonaste a tu hija, que has vivido una mentira sobre tu pasado, que solo la quieres de vuelta para tapar tus secretos. A los tribunales les importa lo que es mejor para la niña, no lo que les conviene a los padres.

La confianza que Helen había construido con tanto cuidado se desmoronaba ante sus ojos.

—Esto es ridículo. Soy su madre. Tengo derechos.

—Derechos que cediste —dijo Elijah en voz baja—. Derechos que abandonaste cuando antepusiste tu libertad al bienestar de tu hija.

—Era joven, estaba enferma, no pensaba con claridad —repitió Helen, pero las palabras sonaban huecas, ensayadas.

—Tenías veintiséis años —dijo Elijah—. Edad suficiente para saber lo que hacías. Edad suficiente para entender que firmar esos papeles significaba renunciar a cualquier derecho sobre Lucy.

Mientras discutían, ninguno de ellos reparó en la pequeña figura que apareció en la ventana de la cocina, atraída por el sonido de las voces alzadas. Lucy pegó la cara al cristal, intentando ver quién hablaba con su padre y Margaret en un tono tan enfadado.

La discusión se detuvo en seco cuando Helen vio la silueta de la niña.

—Lucy —musitó Helen, con la voz completamente transformada —. Mi niña.

Echó a andar hacia la casa, pero Elijah le cortó el paso.

—No.

—Es mi hija —dijo Helen, pero ahora había incertidumbre en su voz, el reconocimiento de que la niña de la ventana era una extraña

para ella.

—Es una niña pequeña que ya ha sufrido bastantes sobresaltos —dijo Margaret con firmeza—. No necesita que una extraña que dice ser su madre la confunda y la asuste.

Pero era demasiado tarde. Lucy había abierto la puerta de la cocina y estaba en el umbral, con los ojos grises muy abiertos por la curiosidad y una alarma creciente mientras observaba la escena.

—¿Papá? —dijo vacilante—. ¿Qué pasa? ¿Quién es esa señora?

Helen dio un paso hacia Lucy, el rostro transfigurado por lo que podría haber sido emoción genuina.

—Lucy, cariño, soy yo. Soy mamá.

Lucy palideció de confusión y miedo. Miró a Helen, luego a Margaret, luego a su padre, intentando entender lo que pasaba.

—Mamá está en el cielo —dijo Lucy por fin, con un hilo de voz—. Papá me dijo que mamá se fue al cielo.

El semblante de Helen se descompuso con lo que parecía dolor auténtico.

—No, cariño, estoy aquí. He vuelto a por ti. Soy tu mamá de verdad.

Pero Lucy ya se había puesto en movimiento: no corrió hacia Helen, sino hacia Margaret, le echó los bracitos al cuello y hundió la cara en sus faldas.

—Mamá —sollozó Lucy, aferrada a Margaret con fuerza desesperada—. No dejes que me lleve. Quiero quedarme contigo y con papá. Quiero quedarme en casa.

Margaret sintió que el corazón se le partía y se le henchía a la vez mientras estrechaba a la niña temblorosa entre sus brazos. Lucy había dejado clara su elección a la vista de todos.

Helen contemplaba la escena con el rostro desencajado. Su hija, la niña que había llevado en el vientre y dado a luz, le tenía miedo. Llamaba mamá a otra mujer. Suplicaba que no se la llevaran.

—Lucy —dijo Helen con la voz quebrada—. Soy tu madre. Tu madre de verdad.

—No —dijo Lucy con fiereza, sin levantar la cara del vestido de Margaret—. Margaret es mi mamá. Tú solo eres una extraña.

Las palabras, simples y sinceras, golpearon a Helen como puñetazos. Retrocedió un paso, con la mano en el pecho, como si no pudiera respirar.

—No me conoce —susurró Helen—. No me recuerda en absoluto.

—¿Qué esperabas? —preguntó Elijah con voz firme pero sin crueldad—. Apenas tenía dos años cuando te fuiste. Era solo una bebé. Has estado ausente la mayor parte de su vida.

Helen miró a Lucy, todavía aferrada a Margaret, todavía asustada.

—Pero soy su madre —dijo con un hilo de voz.

—No —dijo Margaret con suavidad, pero firme—. Tú eres la mujer que la trajo al mundo. Yo soy su madre.

La distinción golpeó a Helen de forma palpable. Se quedó allí, bajo la luz de la lámpara, enfrentándose a la realidad de lo que había perdido por sus propias decisiones.

—Podría llevármela de todos modos —dijo Helen, pero sin convicción en la voz—. Podría ir a los tribunales, forzar las cosas.

—Podrías intentarlo —dijo Elijah—. Pero ¿qué vida sería esa para Lucy? Batallas en los tribunales, tironeada entre desconocidos, sin entender por qué las personas que supuestamente la quieren se hacen daño.

—Ahora tengo dinero —dijo Helen, desesperada—. Podría darle cosas, oportunidades...

—Ya tiene todo eso —dijo Margaret, acariciando el pelo de Lucy con suavidad—. Tiene amor, tiene seguridad, tiene una familia que antepone sus necesidades. ¿Qué más podrías darle que justifique arrebatarle todo eso?

Helen los miró durante un largo momento, como si viera con claridad por primera vez desde su llegada. Vio el miedo de Lucy, vio el amor entre la niña y la mujer a la que llamaba mamá, vio el hogar que se había construido en su ausencia.

—Pensé —dijo Helen finalmente, con voz apenas audible— que podría volver y todo sería como antes. Pensé que me necesitaría.

—Te necesitaba cuando te fuiste —dijo Elijah en voz baja—. Pero ha aprendido a vivir sin ti. Ha encontrado a personas que no la abandonarán.

El rostro de Helen estaba ahora bañado en lágrimas, la compostura cuidadosamente mantenida completamente desvanecida.

—Lo he echado todo a perder. Ahora toda mi vida está construida sobre mentiras. No puedo volver a Denver y admitir que tengo una hija a la que abandoné. No puedo quedarme aquí y verla querer a otra persona. No puedo...

Se interrumpió y se cubrió el rostro con las manos.

Margaret contempló a aquella mujer destrozada, a aquella madre que había tirado por la borda lo más precioso del mundo y solo ahora comprendía lo que había perdido. A pesar de todo, sintió despertar en ella un atisbo de compasión.

—Hay otra manera —dijo Margaret con suavidad.

Tanto Elijah como Helen la miraron sorprendidos.

—Podrías dejarla marchar —continuó Margaret—. Dejarla marchar de verdad. Firmar nuevos documentos, documentos definitivos, que pongan su bienestar en primer lugar. Dejar que se quede donde es feliz y la quieren. Y a cambio... —Margaret hizo una pausa mientras elegía sus palabras con cuidado—. A cambio, podrías volver a tu nueva vida sabiendo que hiciste algo bien. Que antepusiste las necesidades de tu hija a las tuyas.

Helen miró a Margaret con algo parecido al asombro.

—¿Harías eso? ¿Me dejarías marchar sabiendo lo que he hecho?

—Por el bien de Lucy —dijo Margaret con firmeza—. Sí.

Helen miró a Lucy una vez más, asimilando la persistente angustia de la niña, su evidente preferencia por Margaret, la familia que había formado durante la ausencia de Helen.

—Esperé demasiado —dijo Helen finalmente—. Lo tiré todo por la borda, y ahora es demasiado tarde para recuperarlo.

—No es demasiado tarde para hacer lo correcto —dijo Margaret con dulzura.

Helen asintió lentamente; parecía haber envejecido años en un instante.

—Firmaré los documentos que necesitéis. Lo haré legal, definitivo. Pero no puedo... no puedo quedarme aquí a presenciarlo. Tengo que irme.

—Lo entiendo —dijo Elijah.

Helen dirigió una última mirada a Lucy, que seguía aferrada a Margaret pero había levantado la cabeza para observar a los adultos con ojos solemnes.

—Sé feliz, cariño —susurró Helen—. Que te quieran. Eso es todo lo que siempre quise para ti.

Luego se dio la vuelta y caminó de regreso a su carromato con los hombros sacudidos por sollozos silenciosos. En cuestión de minutos, se había ido; desapareció en la oscuridad tan repentinamente como había aparecido.

Lucy permaneció pegada a Margaret mucho tiempo después de que el sonido de las ruedas del carromato se desvaneciera, como si temiera que al soltarse la extraña y triste mujer pudiera regresar.

—¿Se ha ido de verdad? —preguntó Lucy por fin.

—Sí, cariño —dijo Margaret—. Se ha ido.

—¿Y no volverá a llevárseme?

—No —dijo Elijah mientras se arrodillaba para ponerse a la altura de Lucy—. No volverá. Te quedarás aquí con nosotros, donde perteneces.

Lucy asintió con solemnidad y luego miró a Margaret con aquellos serios ojos grises.

—Sigues siendo mi mamá, ¿verdad? ¿No ella?

—Sigo siendo tu mamá —dijo Margaret con la voz cargada de emoción—. Siempre.

Y por primera vez desde que comenzó toda aquella terrible prueba, Margaret creyó de verdad que podría ser posible.

CAPÍTULO 16



El silencio que siguió a la partida de Helen era diferente de las mañanas tranquilas a las que Margaret se había acostumbrado. Este silencio pesaba, como el aire antes de una tormenta. El rancho permanecía en una quietud inquieta, como si hasta las paredes contuvieran la respiración.

Margaret encontró a Lucy sentada en el suelo de la cocina, con las rodillas pegadas al pecho, mirando fijamente la puerta por donde Helen se había marchado apenas una hora antes. Los rizos cobrizos de la niña le caían sobre la cara y le ocultaban el rostro, pero Margaret podía ver cómo le temblaban los pequeños hombros.

—¿Lucy? —Margaret se arrodilló a su lado, procurando no asustar a la niña—. ¿Te gustaría ayudarme con algo?

Lucy levantó la vista con los ojos enrojecidos.

—¿Se ha ido de verdad? ¿La señora que dijo que era mi mamá?

A Margaret se le encogió el corazón. Le apartó un rizo de la mejilla húmeda.

—Sí, cariño. Se ha ido y no va a volver.

—Bien —la voz de Lucy era pequeña pero firme—. No me gustaba. Olía raro y tenía la mirada mala.

Margaret acogió a la niña en su regazo, sintiendo el cálido peso de su confianza.

—Lo sé, mi amor. Lo sé.

—¿Maggie? —la voz de Lucy sonaba amortiguada contra su hombro—. Quiero escribirle una carta. Una carta de despedida.

Margaret se apartó para mirar el rostro serio de Lucy.

—¿Por qué querrías hacer eso?

—Porque... —Lucy se mordió el labio inferior, pensando—. Porque estaba triste. Y asustada. A lo mejor si me despido bien, ya no está tan triste.

La sabiduría de los niños nunca dejaba de asombrar a Margaret. Asintió lentamente.

—Me parece muy bonito por tu parte. ¿Quieres que te ayude?

Se acomodaron en la mesa de la cocina con papel y lápiz. Lucy dibujó con cuidado, con la punta de la lengua asomada en señal de concentración. Dibujó a una niña con rizos, un hombre alto y una mujer con el pelo castaño recogido. Las tres figuras aparecían junto a una casa con una puerta grande y ventanas que parecían ojos.

—Somos nosotros —explicó Lucy, señalando cada figura—. Papá, tú y yo. En nuestra casa.

Debajo del dibujo, le pidió a Margaret que escribiera: «Querida señora Helen. Esta es mi familia. Somos felices. Espero que tú también encuentres una familia. De Lucy».

A Margaret se le hizo un nudo en la garganta mientras escribía.

—¿Quieres añadir algo más?

Lucy pensó un momento, luego cogió el lápiz y dibujó una pequeña flor junto a su firma. Los pétalos eran irregulares, pero se notaba que la había hecho con cariño.

—Ya está —dijo Lucy con satisfacción—. Ahora tiene algo bonito para recordar.

Margaret dobló la carta con cuidado y la guardó en la caja de madera donde guardaba los papeles importantes.

—La guardaremos a buen recaudo —dijo—. Es una carta muy bonita, Lucy.

La niña asintió y se bajó de la silla.

—Voy a ver a las gallinas. Bessie parecía triste esta mañana.

Margaret la vio marcharse, asombrada de lo rápido que los niños pasaban de la tristeza a tener un objetivo. Ojalá ella pudiera hacer lo mismo.

Pero ella sentía el corazón como un peso de plomo en el pecho. La partida de Helen significaba que Lucy estaba a salvo, sí, pero también que el tiempo de Margaret en el rancho llegaba a su fin. Había cumplido su propósito. La crisis había terminado y ahora tendría que marcharse.

Caminó despacio hasta su habitación y sacó el baúl de debajo de la cama. El cuero estaba gastado y descolorido, marcado por el viaje desde Nueva York hasta aquel lugar salvaje que se había convertido en su hogar. Lo abrió y empezó a doblar sus pocos vestidos, su ropa interior, sus camisones.

Cada prenda le pesaba en las manos. El vestido azul que Elijah había elogiado una vez. El delantal que se había puesto para enseñar a Lucy a hacer bizcochos. El chal con el que se arropaba en las tardes frescas, cuando se sentaba en el porche a ver cómo el atardecer teñía las colinas de dorado.

Cogió la pequeña caja de madera que contenía el anillo de bodas de su madre y las pocas cartas que Caroline había escrito como novia por correspondencia antes de caer enferma. En el fondo, envuelta en un trozo de tela suave, estaba la muñeca que había cosido para Lucy aquella primera semana. Había hecho dos, con la idea de regalarle la segunda a Lucy en Navidad. Ahora suponía que se la llevaría consigo, como recuerdo de la niña que la había llamado mamá.

Mientras doblaba la ropa, sus dedos dieron con las cartas que había escrito a Caroline pero nunca había enviado. La primera, escrita en su segunda noche en el rancho, estaba arrugada y manchada de lágrimas. Se había desahogado en ella, confesando sus miedos y su desesperada esperanza de encontrar un lugar allí. Guardó las cartas con cuidado en el fondo del baúl, bajo la ropa de repuesto.

El sol de la tarde se filtraba por la ventana cuando oyó la voz de Elijah en el patio, llamando a uno de los peones. Cerró el baúl deprisa y lo empujó de nuevo bajo la cama. Ya habría tiempo de terminar de hacer el equipaje más tarde, cuando Lucy estuviera dormida y la casa en silencio.

Se puso a trajinar en la cocina, empezó a preparar la cena e intentó actuar como si nada hubiera cambiado. Pero ahora todo era diferente. Cada plato que lavaba podía ser el último. Cada comida que cocinaba podía ser su último regalo a aquella familia que se había convertido en su mundo.

Lucy entró desde el patio con tierra en el delantal y manchas de hierba en las rodillas.

—Papá está trabajando con el ganado —anunció—. Ha dicho que llegará tarde a cenar.

Margaret asintió, sin fiarse de su propia voz. Ayudó a Lucy a lavarse las manos y la cara, y luego la sentó a la mesa con papel y ceras mientras terminaba de cocinar.

El sol se había puesto hacía rato cuando Elijah por fin entró. Margaret lo oía en el patio: el tintineo de las herramientas metálicas y el mugido del ganado. Por la ventana vio el resplandor de los faroles junto al corral, donde trabajaba hasta bien entrada la noche herrando a los últimos terneros del otoño.

Dejó la cena de Elijah caliente en el fogón y acostó a Lucy; le leyó dos cuentos antes de que la niña por fin se durmiera. Cuando volvió a la cocina, Elijah todavía no había entrado. La puerta del granero crujía y golpeaba con el viento, y se oían martillazos: estaba arreglando el pestillo que llevaba semanas roto.

Margaret puso la mesa para el desayuno y cubrió las brasas. Dejó el plato de Elijah tapado en el fogón con una nota: «Tu cena está aquí cuando estés listo. M.».

Estaba apagando la lámpara cuando por fin se abrió la puerta de la cocina. Elijah entró y trajo consigo el aire frío de la noche. Llevaba la ropa polvorienta y olía a humo y a ganado. Tenía hollín en las manos y un manchurrón de tierra en la mejilla.

—Día largo —dijo Margaret en voz baja.

Asintió y colgó el sombrero en la percha junto a la puerta. —Tenía que terminar de herrar el ganado antes de que cambie el tiempo. Y la puerta del granero llevaba meses pidiendo un arreglo.

Sus miradas se cruzaron a través de la cocina, y Margaret sintió el peso de todo lo que quedaba sin decir entre ellos. Parecía

cansado, como si hubiera envejecido de pronto, con arrugas en torno a los ojos que no estaban allí esa mañana.

—¿Lucy ya se durmió? —preguntó él.

—Sí. Estaba agotada después de... todo.

Elijah se acercó al lavabo y se lavó las manos, frotándose el hollín de debajo de las uñas. Margaret lo observó, grabándose en la memoria cada uno de sus movimientos, la línea de sus hombros, la calma con que hacía las cosas.

—Te dejé la cena en el fogón —dijo ella.

—Gracias.

No comió enseguida. En lugar de eso, se quedó junto a la ventana, con la vista fija en el patio a oscuras. Margaret sentía su mirada posada en ella mientras iba de un lado a otro de la cocina, recogiendo los últimos platos.

—Margaret.

Se volvió hacia él con el corazón latiéndole con fuerza contra las costillas.

—Lucy parecía... tranquila esta noche. Después de lo que pasó hoy.

—Es más fuerte de lo que parece —dijo Margaret—. Los niños tienen esa capacidad de aceptar las cosas y seguir adelante.

—¿Tú crees?

Algo en su voz la hizo mirarlo con más atención. Sus ojos grises se veían oscuros a la luz del candil, indescifrables.

—Elijah...

—Deberías descansar —dijo él de pronto—. Ha sido un día largo para todos.

Margaret sintió aquel rechazo como un golpe. Asintió y se volvió hacia la puerta.

—Buenas noches —dijo en voz baja.

—Buenas noches.

Casi había llegado a su habitación cuando oyó la voz de Lucy desde el pasillo.

—¿Maggie? ¿Estás ahí?

Margaret se apresuró hasta la cama de la niña. Lucy estaba incorporada, con el pelo revuelto del sueño, y parecía pequeña y

asustada con su camisón blanco.

—Estoy aquí, cariño. ¿Qué pasa?

—Tuve un sueño —dijo Lucy—. Con la señora mala. Volvía y me llevaba lejos de ti y de papá.

Margaret se sentó en el borde de la cama y le alisó el pelo. —Solo fue un sueño, mi amor. No va a volver.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Lucy volvió a tumbarse, pero le agarró la mano a Margaret antes de que pudiera levantarse.

—¿Maggie? ¿Ahora tengo que llamar mamá a otra persona?

A Margaret se le cortó la respiración. La pregunta que tanto había temido, formulada con una confianza tan inocente que volvió a romperle el corazón.

—Ya veremos —logró decir, casi en un susurro.

—Pero yo no quiero a nadie más —dijo Lucy—. Solo a ti. Ahora tú eres mi mamá de verdad.

Margaret se inclinó y le besó la frente, aspirando el dulce olor de su pelo. —Duerme, pequeña. Todo va a salir bien.

Pero mientras salía de la habitación de Lucy y recorría el pasillo a oscuras, Margaret ya no estaba segura de que nada fuera a salir bien. No tenía ni idea de lo que le depararía el día siguiente, ni de adónde iría cuando dejara aquel lugar que se había convertido en su hogar.

En su habitación, se sentó en la cama y se quedó mirando el baúl metido debajo. Al día siguiente terminaría de hacer el equipaje. Al día siguiente tendría que encontrar el valor para despedirse de Lucy. Al día siguiente dejaría el único lugar al que había pertenecido de verdad.

Se puso el camisón y se metió en la cama, pero el sueño no llegaba. A través de las finas paredes oía los crujidos de la casa al asentarse, el viento que sacudía las ventanas, el mugido lejano del ganado en el prado.

Y en algún momento cerca de la medianoche, oyó los pasos de Elijah en la cocina, el chirrido de una silla al apartarse de la mesa, el golpe sordo de algo que dejaban sobre una superficie.

Margaret se quedó inmóvil, atenta al silencio que siguió. Se preguntó si estaría leyendo, o repasando las cuentas del rancho, o simplemente sentado a oscuras, pensando en todo lo que había pasado.

Lo que no sabía era que, en la cocina, Elijah estaba sentado junto al fuego moribundo con una hoja de papel en las manos. La carta estaba arrugada y manoseada, escrita con la cuidadosa caligrafía de Margaret. La había encontrado esa tarde en el baúl de ella, cuando fue a su habitación a buscar a Lucy; se había caído al golpear el baúl sin querer.

La carta iba dirigida a Caroline, fechada apenas unos días después de la llegada de Margaret al rancho. Comenzaba así: «Queridísima hermana, he hecho algo terrible y no sé si algún día podrás perdonarme...».

Elijah leyó la carta despacio, y con cada línea sentía el corazón más pesado. Margaret había volcado en ella sus miedos, su culpa, su desesperado anhelo de ser amada y aceptada tal como era. Escribía sobre la dulce confianza de Lucy, sobre cómo por primera vez en su vida el rancho le parecía un hogar, sobre los sentimientos que iban creciendo en ella por un hombre que apenas le dirigía la palabra.

«Sé que no tengo derecho a nada de esto», decía la carta. «Sé que estoy viviendo una mentira y que algún día todo se vendrá abajo. Pero por ahora, solo por ahora, puedo fingir que pertenezco a algún lugar. Que alguien me necesita. Que soy algo más que la sombra que dejó Caroline».

La carta terminaba con una línea que le oprimió el pecho: «Creo que me estoy enamorando de él, Caroline. No de la idea que tengo de él, sino del hombre en sí. De cómo es tierno con Lucy cuando cree que nadie lo ve. De lo mucho que se esfuerza por construir algo bueno aquí. De cómo me mira a veces, como si empezara a verme como algo más que una extraña en su casa. Sé que es una tontería. Sé que nunca podrá ser real. Pero por primera vez en mi vida, entiendo lo que significa amar a alguien con todo el corazón».

Elijah dobló la carta con cuidado y la dejó sobre la mesa, a su lado. El fuego se había reducido a brasas y la cocina empezaba a enfriarse. Pero se quedó allí sentado largo rato, con la mirada fija en

las llamas moribundas, pensando en la mujer que dormía al fondo del pasillo.

La mujer que había querido a su hija desde el primer día. Que se había interpuesto entre Lucy y Helen sin pensar en su propia seguridad. Que había escrito palabras de amor sobre un hombre demasiado terco y cobarde para decirle lo que sentía.

Afuera, el viento arreció; las ventanas traqueteaban y las chispas subían por la chimenea. Pronto llegaría el invierno, que aislaría el rancho del mundo durante meses. Y si Margaret se marchaba ahora, ya no estaría cuando la nieve se derritiera y los caminos volvieran a abrirse.

Elijah tomó la carta y la leyó una vez más. Luego la dobló con cuidado y la guardó en el bolsillo de la camisa, junto al corazón. Mañana, se dijo. Mañana encontraría el valor para decirle la verdad. Que había leído sus palabras y las había comprendido. Que sentía lo mismo que ella.

Que no quería que se marchara.

Pero esa noche, simplemente se quedó sentado junto al fuego moribundo, escuchando los sonidos de su familia, que dormía a salvo en sus camas. Margaret en su pequeña habitación, Lucy acurrucada con su muñeca, y él velando por ambas hasta que amaneciera, fuera lo que fuese lo que el nuevo día trajera consigo.

La casa quedó en silencio, salvo por el crujido de la madera vieja y el susurro del viento entre los aleros. Y en ese silencio, las tres personas que se habían encontrado en las circunstancias más improbables siguieron durmiendo, sin saber que sus vidas estaban a punto de cambiar para siempre.

CAPÍTULO 17



Elijah despertó antes del amanecer, como cada mañana durante los últimos diez años. Pero aquella mañana era distinta. El aire parecía enrarecido, cargado de algo que no sabía nombrar. Se quedó quieto un momento, escuchando los sonidos del rancho que despertaba a su alrededor. El mugido lejano del ganado, el crujido de la madera al asentarse en el aire fresco de la mañana, el suave susurro del viento entre los álamos junto al arroyo.

Pero faltaba algo. Un sonido al que se había acostumbrado en los últimos meses. Los pasos quedos en la cocina cuando Margaret preparaba el café. El murmullo de su voz mientras hablaba con las gallinas al recoger los huevos. El tarareo que flotaba por la casa cuando creía que nadie la escuchaba.

Aquella mañana, solo había silencio.

Elijah se incorporó y se vistió con movimientos cuidadosos y silenciosos. La carta de Margaret seguía en la mesita de noche, donde la había dejado tras leerla junto al fuego moribundo. Las palabras se le habían grabado en la memoria. Su confesión de amor, su miedo a ser descubierta, su desesperada esperanza de pertenecer a algún lugar.

Dobló la carta con cuidado y se la guardó en el bolsillo de la camisa. Después recorrió el pasillo para ver a Lucy. La niña seguía dormida, acurrucada con la muñeca que Margaret le había hecho,

los rizos castaño rojizo esparcidos sobre la almohada como miel derramada. Parecía tranquila, segura y querida.

Pero cuando asomó a la habitación de Margaret, el corazón se le detuvo.

La cama estaba hecha con precisión militar, las esquinas bien remetidas. El baúl de Margaret esperaba junto a la puerta, listo para partir. Habían despojado la habitación de todo lo que la hacía suya. No había libros en la mesita de noche. Ni chal sobre la silla. Ni cepillo en el lavabo.

Parecía que nadie hubiera vivido allí jamás.

Elijah sintió que un puño frío se le cerraba en el pecho. Se había ido. O pensaba irse tan pronto que daba igual. Debería haberle hablado la noche anterior. Debería haberle dicho lo que sentía, lo que quería. Pero había sido un cobarde, refugiándose en su trabajo y su silencio mientras la mujer que amaba se preparaba para abandonar su vida para siempre.

Recorrió la casa deprisa, revisando la cocina, la sala, el porche. Pero Margaret no estaba en ninguna parte. El abrigo de ella no colgaba de la percha junto a la puerta, y cuando miró por la ventana, vio huellas frescas en la hierba escarchada que se alejaban de la casa hacia las colinas.

Elijah se calzó las botas y cogió el sombrero. Sabía adónde había ido. Solo había un lugar en el rancho al que Margaret acudía cuando necesitaba pensar, estar a solas con sus pensamientos.

El claro en lo alto junto al arroyo, donde las flores silvestres florecían en primavera y la vista se extendía kilómetros a través del valle.

Ensilló el caballo deprisa, con las manos moviéndose por instinto. El sol apenas comenzaba a asomar y pintaba el cielo del este en tonos rosados y dorados. Sería un día hermoso, de esos que hacen que un hombre se sienta agradecido de estar vivo y trabajar la tierra.

Pero Elijah no percibía aquella belleza. Solo podía pensar en la mujer que se alejaba de él, convencida de que no quería que se quedara.

El trayecto hasta el claro duraba veinte minutos, pero a Elijah se le hicieron eternos. Espoleó al caballo más de lo debido, impulsado por la necesidad desesperada de alcanzar a Margaret antes de que desapareciera de su vida para siempre. El sendero serpenteaba entre las colinas, pasaba junto a bosquecillos de álamos y pinos, y seguía el arroyo en su descenso desde las tierras altas.

Cuando por fin llegó al claro, el corazón volvió a detenérsele.

Allí estaba ella.

Margaret estaba sentada en un tronco caído al borde del prado, de espaldas a él. Se había quitado la cofia y el cabello castaño le captaba la luz de la mañana, reluciente como madera pulida. Sostenía algo en las manos: un papel que leía con tanta concentración que no lo oyó llegar.

Elijah desmontó y ató el caballo a una rama baja. Por un momento se quedó allí, contemplándola. Parecía tan pequeña frente a la inmensidad del paisaje, tan frágil y sola. Pero también había algo fuerte en ella, algo que lo había atraído desde el primer día en que bajó de aquel tren fingiendo ser otra persona.

Margaret Dalton. No Caroline. Margaret.

La mujer que había querido a su hija desde el primer momento. Que se había interpuesto entre Lucy y el peligro sin pensar en sí misma. Que había escrito palabras de amor sobre un hombre demasiado terco para ver lo que tenía delante.

Caminó hacia ella despacio; las botas crujían suavemente sobre la hierba seca. Ella debió de oírlo acercarse, porque los hombros se le tensaron, pero no se volvió.

—Margaret —dijo en voz baja.

Entonces ella se volvió, y él vio que tenía los ojos enrojecidos de llorar. El papel en sus manos era una carta escrita con su letra cuidadosa. Otro mensaje sin enviar, comprendió. Este, dirigido a Lucy.

—Elijah —tenía la voz ronca, apenas un susurro—. Creí que seguías dormido.

—Desperté temprano —se acercó más, lo bastante para ver los surcos de lágrimas en sus mejillas—. Fui a tu habitación. Vi el baúl.

Margaret bajó la mirada hacia la carta.

—Quería despedirme de este lugar. Antes de marcharme. Es hermoso. Tranquilo.

—Lo es —convino Elijah. Desde allí podía leer lo que le había escrito a Lucy. Una carta llena de amor y promesas de no olvidarla jamás. Instrucciones para portarse bien con su papá, para recordar que la querían.

—Margaret —la voz le salió más ronca de lo que pretendía—. Tenemos que hablar.

Por fin ella alzó la vista hacia él, los ojos color avellana brillantes de lágrimas contenidas.

—¿De qué? No queda nada que decir, Elijah. Helen se ha ido. Lucy está a salvo. Mi trabajo aquí ha terminado.

—¿De verdad?

La pregunta quedó flotando entre ellos en el aire fresco de la mañana. Margaret lo escrutó, buscando en su rostro algo que él esperaba que encontrara.

—No entiendo —dijo.

Elijah se sentó en el tronco junto a ella, dejando espacio entre los dos pero lo bastante cerca para ver el vaho de su aliento en el aire frío. Lo bastante cerca para percibir el tenue aroma a jabón y lavanda que siempre parecía envolverla.

—Leí tu carta —dijo en voz baja.

Margaret se quedó inmóvil.

—¿Qué carta?

—La que le escribiste a Caroline. La primera, de cuando acababas de llegar. Se cayó de tu baúl ayer, cuando buscaba a Lucy.

Margaret palideció. Abrió la boca para hablar, pero volvió a cerrarla, incapaz de encontrar las palabras.

—Sé quién eres —continuó Elijah con dulzura—. Lo sé desde hace semanas. Quizá desde el principio.

—Tú... —la voz de Margaret apenas era un susurro—. ¿Sabías que yo no era Caroline?

—Empecé a sospecharlo muy pronto. Las cartas de Caroline eran formales, distantes. Pero tú... Tú fuiste cálida desde el primer día. Tu manera de mirar a Lucy, de moverte por la casa como si

pertenecieras a ella. Caroline jamás se habría lanzado a un granero en llamas para salvar mi ganado.

Margaret lo miró fijamente, con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—¿Por qué no dijiste nada?

Elijah guardó silencio un largo momento, observando un halcón que trazaba círculos en lo alto. Cuando habló, su voz sonó más ronca de lo habitual, cargada de emociones que había mantenido enterradas demasiado tiempo.

—Porque no me importaba —dijo con sencillez—. No me importaba quién supuestamente debías ser. Solo me importaba quién eras. Margaret Dalton, la mujer que hizo reír de nuevo a mi hija. Que convirtió mi casa en un hogar. Que ayer se interpuso entre Helen y Lucy sin pensar en su propia seguridad.

Margaret contuvo el aliento.

—Elijah...

—Leí lo que escribiste sobre enamorarte —continuó él, y las palabras le brotaron con más facilidad ahora que había empezado—. Sobre comprender lo que significaba amar a alguien con todo el corazón. Y me di cuenta de que yo también lo entendía. Porque eso es lo que siento por ti, Margaret. No por Caroline. Por ti.

Una lágrima resbaló por la mejilla de Margaret, que se la limpió con el dorso de la mano.

—Pero te mentí. Desde el principio he estado viviendo una mentira.

—¿De verdad? —Elijah se acercó más a ella en el tronco, lo suficiente para que su rodilla rozara su falda—. ¿Has estado mintiendo cuando le leías a Lucy todas las noches? ¿Cuando me vendaste el brazo y me escuchaste hablar de Helen? ¿Cuando conseguiste que este lugar volviera a sentirse como un hogar por primera vez en años?

—No —susurró Margaret—. Eso fue real. Lo más real que he hecho en mi vida.

—Entonces eso es lo único que importa. —Elijah extendió la mano y tomó la de ella, sintiendo los callos que Margaret había desarrollado tras meses de trabajo en el rancho—. No me importa

con qué nombre llegaste aquí, Margaret. Me importa la mujer que eres. La mujer que hace que Lucy se sienta segura y amada. La mujer que me recordó lo que es tener esperanza en algo más que sobrevivir un día tras otro.

Las lágrimas de Margaret corrían ahora sin control, pero no apartó la mano.

—Tenía tanto miedo —dijo—. Miedo de que cuando descubrieras la verdad, me odiases por haberte engañado.

—Jamás podría odiarte. —La voz de Elijah era firme, segura—. ¿Quieres saber lo que odio? Odio que hayas llevado este peso sola. Odio que pienses que tienes que irte. Odio haber sido demasiado cobarde para decirte lo que siento.

—¿Qué sientes? —preguntó Margaret con una voz tan baja que él casi no la oyó.

Elijah llevó la mano de ella a sus labios y depositó un beso suave en sus nudillos.

—Te quiero, Margaret Dalton. Quiero tu bondad y tu fuerza. Quiero cómo tarareas mientras trabajas y cómo haces que Lucy se sienta la persona más importante del mundo. Quiero que entraras en mi vida y la mejoraras solo con estar en ella.

Margaret cerró los ojos y nuevas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Yo también te quiero —susurró—. Llevo meses queriéndote. Pero nunca pensé... nunca me atreví a tener esperanza...

—Esperanza —dijo Elijah con firmeza—. Ten esperanza en todo, Margaret. En un matrimonio de verdad, una familia de verdad. En un futuro en el que no tengas que fingir ser otra persona.

Margaret abrió los ojos y lo miró, lo miró de verdad. En sus ojos grises vio todo aquello en lo que había tenido miedo de creer. Amor, aceptación y un lugar donde de verdad pertenecía.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó.

Elijah se levantó y le tendió la mano. Cuando ella la tomó, la ayudó a incorporarse y siguió sosteniéndola mientras la miraba a los ojos.

—Te estoy pidiendo que te cases conmigo —dijo con sencillez—. De verdad esta vez. No como Caroline Cade, viviendo la vida de

otra. Como Margaret Dalton, para convertirte en Margaret Cade, porque eso es lo que eliges ser.

Margaret lo miró fijamente, con el corazón latiéndole tan fuerte que estaba segura de que él podía oírlo.

—¿Estás seguro? ¿De verdad estás seguro de que esto es lo que quieres?

—Nunca he estado más seguro de nada en mi vida. —La voz de Elijah era firme, segura—. Quiero que te quedes, Margaret. No porque Lucy te necesite, aunque es cierto. No porque el rancho funcione mejor contigo aquí, aunque también lo es. Quiero que te quedes porque no puedo imaginar mi vida sin ti.

Margaret sintió que algo se abría en su pecho, algo que había permanecido encerrado tanto tiempo que había olvidado que estaba allí. Alegría, pura, luminosa y abrumadora.

—Sí —susurró—. Sí, me casaré contigo. Me quedaré.

El rostro de Elijah se iluminó con una sonrisa diferente a cualquier otra que ella le hubiera visto. Le transformó la cara entera y lo hizo parecer más joven, más ligero, libre de las cargas que había llevado durante tanto tiempo.

—¿Lo harás?

—Lo haré. —Margaret sonrió entre lágrimas—. Quiero ser Margaret Cade. Quiero ser la madre de Lucy, tu esposa, parte de esta familia de verdad.

Entonces Elijah la atrajo hacia sí y la estrechó contra su pecho. Margaret sentía el corazón de él latir, fuerte y constante, contra su mejilla. Aspiró su aroma: cuero, jabón y algo que era solo de él.

—Te quiero —murmuró él contra su pelo—. Mi valiente y hermosa Margaret.

—Yo también te quiero —susurró ella.

Permanecieron en el claro mientras el sol ascendía en el cielo, abrazados como si nunca fueran a soltarse. A su alrededor, el mundo despertaba. Los pájaros cantaban en los árboles, el arroyo burbujeaba sobre las rocas y, a lo lejos, el ganado se movía por los pastos.

Era el sonido de la vida que continuaba, del rancho que seguía adelante como siempre. Pero ahora todo era diferente. Todo era

nuevo.

Cuando por fin se separaron, Margaret bajó la mirada hacia la carta que había dejado caer. La carta de despedida para Lucy, llena de tristeza y arrepentimiento.

—Ya no necesito esto —dijo mientras la cogía.

—No —convino Elijah—. Ya no.

Margaret rasgó la carta en pedacitos y los dejó volar con el viento. Danzaron por el claro como copos de nieve hasta desaparecer en el aire de la mañana.

—Lucy se despertará pronto —dijo Margaret, invadida de pronto por las ganas de volver a casa—. Debería preparar el desayuno.

—Deberíamos contárselo —dijo Elijah—. Lo de la boda. Que te quedas.

El rostro de Margaret se iluminó de pura dicha.

—Se va a poner contentísima. No para de preguntarme si tendrá que llamar mamá a otra.

—¿Y qué le dijiste?

—Que ya veríamos. —Margaret alzó la vista hacia él con una sonrisa—. Ahora puedo decirle la verdad. Que nunca tendrá que llamar mamá a nadie más. Que soy suya y ella es mía, y eso no va a cambiar jamás.

Elijah la ayudó a montar en su caballo y subió detrás de ella. De camino al rancho, Margaret se recostó contra su pecho. Se sentía segura, amada, en casa.

A lo lejos distinguía el tejado de la casa, con el humo que se elevaba de la chimenea que Elijah debía de haber avivado antes de salir a buscarla. Pronto Lucy se despertaría y bajaría a desayunar. Pronto empezarían las rutinas de siempre.

Pero nada volvería a ser igual. Porque ahora Margaret sabía que pertenecía a aquel lugar, de verdad y por completo. No como sustituta de otra, sino como ella misma.

Al entrar en el patio, Margaret vio movimiento en la ventana de la cocina. El rostro de Lucy apareció pegado al cristal, y al verlos llegar juntos, se le iluminó la cara con una sonrisa enorme.

Margaret la saludó con la mano y Lucy le devolvió el saludo, dando saltitos de emoción.

—Creo que lo aprueba —dijo Elijah con una risa cálida en la voz.

—Yo también lo creo —convino Margaret.

Cuando Elijah la ayudó a desmontar, Margaret contempló el rancho que ahora era de verdad su hogar. La casa donde criaría a Lucy y a los hijos que pudieran venir. El granero donde trabajaba Elijah. El huerto donde cultivaba verduras para la mesa. Las colinas por las que pasearían juntos al atardecer, haciendo planes de futuro.

Todo era suyo. De los dos.

Y por primera vez en su vida, Margaret Dalton sabía exactamente cuál era su lugar.

CAPÍTULO 18



La mañana después de la propuesta de Elijah amaneció radiante y despejada, con un aire fresco de otoño que hacía que todo pareciera más nítido, más vívido. Margaret despertó con una ligereza en el pecho que nunca antes había sentido. Se quedó un momento en la cama, escuchando los sonidos familiares del rancho que cobraba vida, pero ahora cada sonido le resultaba distinto. El mugido del ganado, el crujido de la puerta del granero, los pasos de Lucy correteando por el pasillo. Ya no eran solo los sonidos del lugar donde trabajaba y vivía. Eran los sonidos del hogar.

Su hogar. Por fin y de verdad.

Cuando se levantó y se vistió, Margaret se miró en el pequeño espejo sobre el lavabo. Su rostro se veía distinto, de algún modo. Las líneas de preocupación alrededor de los ojos se habían suavizado, y su piel tenía un brillo que antes no estaba ahí. Por primera vez en su vida, parecía una mujer amada.

En la cocina, Lucy ya estaba despierta, sentada a la mesa con su muñeca, charlando con ella con esa seriedad que tienen los niños cuando tienen noticias importantes que contar.

—Y papá le pidió a Maggie que se casara con él de verdad —le decía Lucy a la muñeca—. No de mentira como antes, sino de verdad verdad. Y ella dijo que sí, y ahora va a ser mi mamá para siempre jamás.

A Margaret se le hinchó el corazón. Se arrodilló junto a la silla de Lucy y le alisó los rizos castaño rojizo.

—Buenos días, cariño.

Lucy le echó los brazos al cuello.

—¡Te vas a quedar! ¡De verdad te vas a quedar!

—De verdad me voy a quedar —confirmó Margaret, estrechándola con fuerza—. Para siempre jamás, tal como le dijiste a tu muñeca.

—¿Cuándo se van a casar? —preguntó Lucy, apartándose para mirar a Margaret con ojos brillantes y ansiosos.

—Pronto —dijo Margaret—. Muy pronto. Tu papá y yo tenemos que hablar con el pastor y organizarlo todo.

Lucy brincó en la silla.

—¿Puedo ayudar? ¿Puedo estar en la boda?

—Claro que puedes ayudar —dijo Margaret, riéndose del entusiasmo de la niña—. ¿Te gustaría ser mi dama de honor?

—¿Qué es eso?

—Es un trabajo muy especial. La dama de honor ayuda a la novia a prepararse y se coloca a su lado durante la ceremonia. Es la persona más importante de toda la boda, después de la novia y el novio.

Lucy abrió mucho los ojos.

—¿De verdad? ¿Yo sería la más importante?

—La más importante —confirmó Margaret solemnemente.

—¡Entonces sí! —declaró Lucy—. ¡Quiero ser tu dama de honor!

Se abrió la puerta de la cocina y entró Elijah, que venía de las tareas matutinas. Tenía el pelo húmedo de lavarse en la bomba, y sus ojos grises brillaban de felicidad. Al ver a Margaret y Lucy charlando, sonrió con la misma sonrisa radiante que Margaret había visto en el claro.

—Buenos días, señoritas —dijo mientras colgaba el sombrero en la percha.

—¡Papá! —Lucy se bajó de la silla de un salto y corrió hacia él—. ¡Margaret dice que puedo ser su dama de honor! ¡Eso significa que soy la persona más importante de la boda!

—¿Ah, sí? —Elijah alzó a Lucy en brazos y miró a Margaret por encima de la cabeza de la niña—. Yo creía que el más importante era yo.

—Tú eres el segundo más importante —dijo Lucy muy seria—. Después de mí.

Margaret se rio.

—Creo que los dos sois bastante importantes.

Durante el desayuno, empezaron a hacer planes. La boda sería sencilla, decidieron. Solo familia y vecinos cercanos en la pequeña iglesia del pueblo. Margaret se haría su propio vestido, y Lucy recogería flores silvestres para decorar.

—¿Cuándo lo hacemos? —preguntó Elijah, alargando la mano por encima de la mesa para tomar la de Margaret.

—Pronto —dijo Margaret—. No quiero esperar más de lo necesario.

—¿El sábado que viene? —sugirió Elijah—. Así tenemos una semana para prepararnos.

Margaret asintió.

—El sábado que viene es perfecto.

Después del desayuno, cuando Elijah salió a trabajar con el ganado, Margaret y Lucy caminaron hacia la ladera de detrás de la casa. Las flores silvestres de otoño aún estaban en flor, a pesar del tiempo fresco. Los asteres y las varas de oro se mecían con la brisa, y las susanas de ojos negros tardías añadían toques de amarillo al paisaje.

—Estas serán perfectas para la boda —dijo Margaret, arrodillándose para examinar un grupo de asteres morados.

Lucy echó a correr entre las flores, con las faldas arremolinándose en torno a las piernas.

—¡Voy a recoger las más bonitas! —gritó—. ¡Las que parecen pequeños soles!

Margaret la observó, con el corazón rebosante. En solo una semana, aquella niña risueña y alegre sería de verdad su hija. No en secreto, no por accidente, sino abierta y legalmente, con toda la comunidad como testigo.

Esa tarde, Margaret empezó a confeccionar su vestido de novia. Tenía guardado un buen corte de tela de su viaje al oeste, una lana azul oscuro que resaltaba el color de sus ojos. La había guardado para algo especial, aunque nunca había imaginado algo tan especial como aquello.

Mientras cortaba, prendía y cosía, Lucy se sentó a su lado a ayudarla, clasificando botones y sujetando alfileres. La niña parloteaba feliz sobre la boda, haciendo planes para todo: desde las flores hasta la tarta y las canciones que cantarían.

—¿Caroline vendrá a la boda? —preguntó Lucy de repente.

Margaret se quedó con las manos quietas sobre la tela. No había pensado en Caroline, no se había preguntado qué pensaría su hermana de la noticia.

—No lo sé —dijo Margaret con franqueza—. Está muy lejos, y hace mucho que no hablamos.

—Deberías decírselo —dijo Lucy con naturalidad—. A lo mejor quiere venir a verte casarte.

Margaret lo pensó. A pesar de todo lo que había pasado, Caroline seguía siendo su hermana. Y quizá, después de tanto tiempo, había llegado el momento de la sinceridad entre ellas.

Esa noche, con Lucy ya en la cama y Elijah ocupado con los libros del rancho, Margaret se sentó a la mesa de la cocina y escribió una carta. No a Caroline esta vez, sino a su tía en Nueva York, pidiéndole que le transmitiera la noticia.

«Querida tía Beatrice», escribió. «Me caso el próximo sábado con Elijah Cade. La boda será pequeña y sencilla, y me casaré como Margaret Dalton, no como Caroline. Espero que usted y Caroline se encuentren bien. Si Caroline desea enviar sus saludos, puede escribirme a esta dirección. Con cariño, Margaret».

Selló la carta y la dejó a un lado para enviarla al día siguiente. Fuera cual fuera la respuesta de Caroline, Margaret se sentía mejor por haberla enviado.

La semana pasó volando entre preparativos. Margaret terminó su vestido y ayudó a Lucy a elegir un vestido rosa especial para la ocasión. Elijah limpió su mejor camisa y cepilló las botas de vestir hasta sacarles brillo. Los vecinos empezaron a enterarse de la boda,

y varios se ofrecieron a ayudar con la comida para una pequeña celebración posterior.

La señora Simmonds, que vivía en el rancho vecino, se ofreció a hacer un pastel.

—No es frecuente que celebremos una boda por aquí —dijo cuando pasó a hacer trueque con unos huevos—. Y todos en el valle están encantados por ti y por Elijah. Ese hombre lleva demasiado tiempo solo.

Margaret sintió una cálida satisfacción ante la aceptación que percibía en la voz de la mujer. La comunidad conocía ya su historia, sabía que había llegado a Wyoming con engaños. Pero también sabían que se había quedado, que había trabajado y amado, y eso parecía importar más que la mentira que la había traído hasta allí.

El jueves por la noche, mientras Margaret daba los últimos retoques a su vestido, Lucy entró corriendo en la casa con Elijah pisándole los talones. La niña sostenía un papel amarillo, con los ojos brillantes de emoción.

—¡Maggie! ¡Ha llegado un telegrama para ti!

A Margaret le dio un vuelco el corazón. Tomó el telegrama con manos temblorosas y lo desdobló con cuidado. Era de Caroline.

«Queridísima Margaret», decía. «He recibido la noticia de tu boda. No puedo viajar, pero te envío mi bendición y mi gratitud. Por fin has encontrado tu verdadero lugar. Sé feliz. Con cariño, Caroline».

Margaret se quedó mirando las palabras, y las leyó dos veces para asegurarse de que las entendía. Bendición y gratitud. No ira ni condena, sino deseos sinceros de felicidad de la hermana que siempre la había eclipsado.

—¿Qué dice? —preguntó Lucy, tirándole de la falda.

—Dice que Caroline se alegra por nosotros —dijo Margaret con la voz cargada de emoción—. Nos envía su bendición para la boda.

Elijah se acercó y le pasó el brazo por los hombros.

—Son buenas noticias —dijo en voz baja.

—Lo son —asintió Margaret—. De verdad que lo son.

El sábado amaneció fresco y luminoso. Margaret se despertó temprano, con un cosquilleo de nervios en el estómago. Hoy era el

día de su boda. Su auténtico día de boda, junto al hombre que amaba, siendo la mujer que realmente era.

Lucy ya estaba despierta, sentada junto a la ventana con su vestido rosa, el cabello cepillado y recogido con una cinta azul. Había estado tan emocionada que apenas había dormido, parloteando sobre la boda hasta que Margaret por fin la metió en la cama con firmes instrucciones de descansar.

—¿Ya es la hora? —preguntó en cuanto vio que Margaret estaba despierta.

—Casi —respondió Margaret, sonriendo ante el entusiasmo de la niña—. Déjame vestirme y luego desayunamos.

Margaret se bañó con esmero y se puso la mejor camisola y las enaguas antes de enfundarse el vestido azul. Lo había confeccionado de manera sencilla pero esmerada, con un corpiño ajustado y una falda amplia que se mecía con gracia al caminar. El color resaltaba la calidez de sus ojos avellana y realzaba su cabello castaño.

Lucy la ayudó a abrochar los diminutos botones de nácar de la espalda, subiéndose a una silla para alcanzar los más altos. Cuando Margaret estuvo del todo vestida, se miró en el espejo y apenas reconoció a la mujer que le devolvía la mirada.

Ya no estaba la muchacha asustada que había subido a un tren meses atrás, huyendo de la sombra de su hermana. En su lugar había una mujer segura de sí misma, radiante de felicidad y dispuesta a ocupar su lugar en el mundo.

—Estás preciosa —suspiró Lucy, juntando las manos—. Como una princesa.

—Gracias, cariño —dijo Margaret, arrodillándose para abrazar a la niña—. Y tú también estás preciosa. La dama de honor perfecta.

Desayunaron tranquilamente con Elijah, que no dejaba de lanzar miradas a Margaret como si no pudiera creer que hubiera llegado este día. Estaba muy apuesto con la camisa blanca recién planchada y la chaqueta oscura, el cabello peinado hacia atrás y los ojos grises brillándole de ilusión.

Una hora antes de la ceremonia, Lucy llevó a Margaret fuera para enseñarle su sorpresa. La niña había estado trabajando en secreto

durante días, anunció con orgullo, y ahora quería mostrarle lo que había hecho.

Detrás de la casa, Lucy había creado un pequeño jardín de flores silvestres en tarros de conserva y latas, dispuestos en filas cuidadosas como una diminuta capilla nupcial. Ásteres y vara de oro, rudbekias y rosas silvestres de floración tardía, todas recogidas y colocadas con la concentración solemne que solo una niña de seis años puede dedicar a una tarea importante.

—Es para practicar —explicó Lucy—. Así sé cómo tengo que caminar cuando lleguemos a la iglesia de verdad.

A Margaret se le llenaron los ojos de lágrimas ante la ternura del gesto.

—Es perfecto, Lucy. Absolutamente perfecto.

Cargaron la carreta con sus mejores ropas y los tarros de flores que Lucy había preparado para la iglesia. El viaje al pueblo transcurrió en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Margaret contempló el paisaje familiar que iba quedando atrás y pensó en lo distinta que se sentía ahora de la mujer que había recorrido aquel camino por primera vez.

Entonces huía de algo. Ahora corría hacia ello.

La iglesia era pequeña y sencilla, con paredes encaladas y ventanas de cristal claro que dejaban entrar la luz otoñal. Reverend Dawson los recibió con calidez. Conocía a Elijah desde hacía años y había visto con aprobación cómo Margaret pasaba a formar parte de la comunidad. Los había casado como Caroline y Elijah, y ahora los casaba de verdad como Margaret y Elijah.

—Me alegra mucho verlos tan felices —dijo mientras se reunían en la pequeña sacristía para prepararse—. Todo el valle lleva días hablando de esta boda.

Margaret sintió un revoloteo en el estómago.

—Espero que no hablen mal de nosotros.

—Todo lo contrario —le aseguró Reverend Dawson—. Todos se alegran de ver a Elijah feliz de nuevo. Y todos le han tomado cariño, señora... señorita Dalton. Ha demostrado ser una mujer de buen corazón y fe firme.

La iglesia empezó a llenarse de vecinos y amigos. Margaret se asomó por la puerta y vio rostros conocidos, personas que la habían acogido en su comunidad pese a las circunstancias de su llegada. La señora Simmonds estaba allí con su marido, y los Henderson del valle vecino. Incluso el viejo señor Mueller, que rara vez iba al pueblo, había hecho el viaje para asistir a la boda.

Cuando llegó el momento, Lucy fue la primera en recorrer el pasillo, con un pequeño ramo de flores silvestres en las manos y una expresión de absoluta seriedad. Había practicado durante días, y cumplió con su cometido con toda la solemnidad que merecía.

Entonces le tocó el turno a Margaret.

Se detuvo un momento al fondo de la iglesia, mirando hacia el altar donde Elijah la esperaba. Estaba muy erguido con su chaqueta oscura, las manos entrelazadas a la espalda. Pero Margaret percibía la tensión nerviosa en sus hombros, cómo se balanceaba ligeramente de un pie a otro.

Cuando la vio, su rostro se iluminó con esa sonrisa que siempre le cortaba la respiración. Sus ojos grises se encontraron con los de ella desde el otro extremo de la iglesia, y en ellos vio todo lo que siempre había esperado. Amor, aceptación y la promesa de un futuro cimentado en la verdad.

Margaret echó a andar.

Avanzó despacio, con la barbilla en alto y el corazón rebosante. Con cada paso se sentía más fuerte, más segura. Así debía ser. Aquel era su lugar.

Pasó junto a los vecinos que se habían convertido en amigos, junto a los rostros familiares que le sonreían con sincera calidez. Caminó hacia el hombre que había visto más allá de su engaño hasta descubrir a la mujer que realmente era, que había elegido amar a Margaret Dalton, no a la hermosa hermana a la que había intentado suplantar.

Cuando llegó al altar, Elijah dio un paso adelante para tomarle la mano. Tenía los dedos cálidos y firmes, y Margaret sintió que el último rastro de nerviosismo se desvanecía.

—Queridos hermanos —comenzó el reverendo Dawson—, estamos reunidos aquí hoy para unir a este hombre y a esta mujer

en santo matrimonio.

Las palabras familiares envolvieron a Margaret, pero esta vez sonaban completamente distintas de las de aquella apresurada ceremonia de meses atrás. Esta vez estaba allí siendo ella misma, pronunciando su propio nombre, tomando sus propias decisiones.

Cuando llegó el momento de los votos, la voz de Elijah sonó clara y firme.

—Yo, Elijah Cade, te tomo a ti, Margaret Dalton, como mi legítima esposa. Para tenerte y cuidarte, en la enfermedad y en la salud, en la riqueza y en la pobreza, en lo bueno y en lo malo, mientras ambos vivamos.

La voz de Margaret no tembló al repetir las palabras.

—Yo, Margaret Dalton, te tomo a ti, Elijah Cade, como mi legítimo esposo. Para tenerte y cuidarte, en la enfermedad y en la salud, en la riqueza y en la pobreza, en lo bueno y en lo malo, mientras ambos vivamos.

Cuando el reverendo Dawson los declaró marido y mujer, la pequeña iglesia estalló en aplausos. Lucy aplaudía más fuerte que nadie, brincando de pura alegría.

Elijah tomó el rostro de Margaret entre las manos y la besó con ternura, una promesa de todos los besos por venir. Cuando se separaron, Margaret oyó la voz de Lucy por encima de todas las demás.

—¡Esa es mi mamá! —anunció a quien quisiera escucharla—. ¡Ahora es mi mamá de verdad!

La celebración posterior fue sencilla pero alegre. Las señoras de la iglesia habían preparado la comida, y el pastel de la señora Simmonds era precioso, decorado con las últimas rosas de su jardín. Margaret y Elijah se sentaron en la mesa principal con Lucy entre ellos, recibiendo felicitaciones y buenos deseos de amigos y vecinos.

La tarde fue pasando y la celebración empezó a decaer. Margaret se encontró fuera de la iglesia, contemplando cómo el sol comenzaba a ponerse tras las colinas. En pocas horas, ella y Elijah regresarían al rancho como marido y mujer. Lucy sería oficialmente su hija, y la vida que había construido allí sería legal y completamente suya.

Elijah se acercó por detrás y la rodeó por la cintura, atrayéndola contra su pecho.

—Señora Cade —le murmuró al oído.

Margaret sonrió y se dejó envolver por su abrazo.

—Me gusta cómo suena.

—A mí también —dijo él—. Te queda bien.

Permanecieron juntos en cómodo silencio, viendo a los vecinos subir a las carretas para volver a casa. Lucy ayudaba a la señora Simmonds a guardar lo que quedaba del pastel, parloteando alegremente sobre todo lo que había visto y hecho.

—¿Estás lista para ir a casa? —preguntó Elijah.

Margaret se volvió entre sus brazos para mirarlo.

—Sí —dijo simplemente—. Estoy lista.

El viaje de regreso al rancho fue tranquilo, con Lucy acurrucada entre ellos, adormilada tras su gran día. El sol se ponía cuando llegaron a la casa, tiñendo el cielo de tonos dorados y rosados.

Esa noche, después de arropar a Lucy en la cama con su muñeca y una taza de leche tibia, Margaret se detuvo en el umbral de la habitación que había sido suya durante tantos meses. Sus pertenencias estaban recogidas en una bolsa sencilla, listas para trasladarlas a la habitación que ahora compartiría con su esposo.

Elijah apareció a su lado en el umbral.

—¿Dudas? —preguntó en voz baja.

Margaret negó con la cabeza.

—No tengo dudas. Solo... pensaba en cuánto ha cambiado todo.

—¿Para bien?

Margaret sonrió y le tomó la mano.

—Sin duda para bien.

Él recogió la bolsa y la condujo por el pasillo hasta su habitación. La habitación de ambos ahora. La cama grande se veía acogedora a la luz de la lámpara, con el edredón apartado, esperando.

Margaret había temido este momento, pero cuando Elijah dejó la bolsa y se volvió para mirarla, solo sintió amor e ilusión. Era su esposo, el hombre que la había elegido por quien realmente era.

—Te quiero, señora Cade —dijo él, levantando las manos para quitarle las horquillas del pelo.

—Y yo a ti, señor Cade —respondió ella, poniéndose de puntillas para besarlo.

Afuera, el rancho se sumió en el silencio de la noche. El ganado descansaba seguro en los pastos, los caballos tranquilos en sus establos. Lucy dormía plácidamente en su cama, arropada por la certeza de saberse amada y querida.

Y en el dormitorio principal, Margaret y Elijah comenzaron su vida juntos como marido y mujer, ya no separados por secretos ni malentendidos, sino unidos por el amor, el compromiso y la promesa de todos los mañanas que estaban por llegar.

Por primera vez en su vida, Margaret Dalton Cade sabía exactamente cuál era su lugar.

CAPÍTULO 19

La primera semana de matrimonio transcurrió envuelta en una apacible dicha. Margaret se despertaba cada mañana junto a Elijah, todavía sorprendida a veces de encontrarse en la gran cama que ahora era verdaderamente de los dos. La luz otoñal entraba a raudales por las ventanas, tiñéndolo todo de dorado, y ella permanecía quieta un momento, escuchando la respiración acompasada de su marido y maravillándose de lo natural que se sentía todo.

Habían quedado atrás los días de andar de puntillas el uno alrededor del otro, de conversaciones cautelosas y sentimientos no expresados. Elijah era ahora más cálido, más abierto de lo que ella jamás lo había visto. Le contaba historias sobre el rancho mientras trabajaban juntos, compartía sus planes para el futuro y le pedía opinión sobre todo, desde el mejor lugar para que el ganado pasara el invierno hasta qué cultivos podrían crecer bien en el potrero sur.

Lucy florecía con la seguridad de saber que Margaret era verdaderamente suya. La niña siempre había sido cariñosa, pero ahora mostraba su afecto sin reservas: se subía al regazo de Margaret a la menor oportunidad y parloteaba sobre todo lo que se le pasaba por la cabeza.

—Mamá —dijo una mañana, mientras Margaret le trenzaba el pelo—, ¿me enseñarás a escribir mi nombre como escribes tú el

tuyo?

—Claro que sí —respondió Margaret mientras ataba el lazo al final de la trenza—. Empezaremos esta tarde.

—¿Y me enseñarás a hacer pan como tú? La señora Simmonds dijo que su mamá le enseñó, y ahora ella les enseña a sus hijas.

A Margaret se le llenó el corazón de ternura.

—Me encantaría enseñarte todo lo que sé, cariño.

Fue la mención que hizo Lucy de la señora Simmonds lo que le dio a Elijah la idea. Esa noche, después de que Lucy se durmiera y estuvieran sentados junto al fuego, dejó a un lado el libro de cuentas del rancho en el que había estado trabajando y miró a Margaret con aire pensativo.

—Tienes muy buena letra —dijo—. Mejor que la mía, y desde luego mejor que la de la mayoría por aquí.

Margaret levantó la vista de su costura.

—Gracias. Mi tía insistía mucho en que aprendiera buena caligrafía.

—He estado pensando —continuó Elijah mientras se levantaba y caminaba hacia la ventana—. Llevas meses escribiendo esas cartas a Caroline. Cartas que nunca enviaste, pero escritas con esmero, llenas de reflexiones profundas.

—Elijah, ¿a dónde quieres llegar?

Él se volvió hacia ella con esa sonrisa que siempre le aceleraba el corazón.

—Quiero construirte algo. Un lugar apropiado para escribir, donde la luz sea buena y tengas espacio para extender tus papeles.

Margaret dejó su costura, conmovida por el gesto.

—¿Quieres construirme un escritorio?

—Quiero construirte el mejor escritorio del Territorio de Wyoming —dijo con firmeza—. Junto a la ventana del salón, donde entra la luz de la mañana en el ángulo perfecto. Deberías tener un lugar que sea solo tuyo, Margaret. Un lugar para escribir cartas, llevar las cuentas de la casa o simplemente sentarte a pensar.

A Margaret se le llenaron los ojos de lágrimas. En toda su vida, nadie había pensado en darle un espacio enteramente suyo. En casa de su tía, había dormido en una habitación tan pequeña que apenas

cabía la cama. Incluso aquí, en el rancho, siempre se había sentido como una invitada que usaba el espacio de otra persona.

—¿Harías eso por mí? —preguntó en voz baja.

—Haría cualquier cosa por ti —dijo Elijah mientras se arrodillaba junto a su silla—. Has convertido esta casa en un hogar, Margaret. Has traído risas, amor y el olor a pan recién hecho cada mañana. Lo menos que puedo hacer es darte un rincón donde puedas sentarte a escribir a tus anchas.

Al día siguiente, Elijah comenzó a trabajar en el escritorio. Midió con cuidado el espacio junto a la ventana del salón y luego se puso manos a la obra con sus herramientas y una pieza de hermoso roble que había estado guardando para algo especial. Margaret lo observaba trabajar siempre que podía, admirando la destreza de sus manos mientras daba forma, lijaba y ensamblaba las piezas.

Mientras Elijah trabajaba en su sorpresa, Margaret comenzó a enseñarle a Lucy las habilidades domésticas que su propia madre le había transmitido y las que había aprendido en el rancho. Empezaron por cosas sencillas: cómo recoger huevos sin asustar a las gallinas, cómo saber cuándo la masa del pan había subido lo suficiente, cómo doblar las sábanas para que quedaran bien planas en el armario.

Lucy era una alumna entusiasta; su carita se ponía muy seria de la concentración mientras Margaret le mostraba cómo esparcir el maíz para las gallinas.

—¿Así, mamá? —preguntó Lucy, lanzando un puñado de grano por el patio.

—Perfecto —dijo Margaret, observando a las gallinas picotear el alimento—. Es importante que los animales siempre sepan que los cuidas bien. Mi abuela me enseñó muchas cosas y, aunque nunca tuvimos gallinas propias, el cuidado de los animales fue una de las lecciones que nos dio a Caroline y a mí cuando teníamos tu edad.

—¿Podré conocerla algún día? —preguntó Lucy, extendiendo la mano para acariciar a una de las gallinas más valientes.

Margaret sintió una punzada de tristeza.

—Murió cuando yo era joven, cariño. Pero te habría querido mucho.

—Ojalá hubiera podido conocerla —dijo Lucy solemnemente—. Pero me alegro de que te enseñara, para que pudieras enseñarme a mí.

Esa tarde se trasladaron a la cocina para las clases de cocina. Margaret le enseñó a Lucy cómo medir bien la harina, cómo comprobar la temperatura del agua con la muñeca y cómo amasar la masa hasta que quedara suave y elástica.

—Hornear es como el amor —le dijo Margaret mientras trabajaban—. Hay que poner cuidado en cada paso, tener paciencia cuando las cosas llevan su tiempo y confiar en que, si lo haces todo bien, saldrá algo maravilloso.

Lucy asintió con seriedad mientras sus pequeñas manos trabajaban la masa con determinación.

—¿Como cuando nos quisiste a papá y a mí hasta que nos convertimos en una familia de verdad?

A Margaret se le encogió el corazón de la emoción.

—Exactamente así, mi niña lista.

Al final de la semana, el escritorio estaba terminado. Elijah lo había construido con amor evidente: cada unión era suave y ajustada, la superficie estaba lijada y pulida hasta conseguir un brillo cálido. Encajaba perfectamente junto a la ventana del salón, colocado para captar la luz de la mañana que se derramaba sobre las colinas.

—Es precioso —suspiró Margaret mientras pasaba las manos por la madera suave—. Elijah, es lo más bonito que he tenido en mi vida.

—Aún no está terminado —dijo él mientras abría uno de los pequeños cajones. Dentro había un frasco de tinta, un juego de buenas plumas y un montón de papel de carta de calidad—. Ahora podrás escribir cartas como es debido, no solo notas en cualquier papel que tengamos a mano.

Margaret se sentó en la silla que él había hecho a juego con el escritorio y extendió las manos sobre la superficie. La altura era perfecta, la luz era perfecta, y la vista desde la ventana le mostraba las colinas y los prados que ahora eran de verdad su hogar.

—Gracias —susurró, mirándolo con lágrimas en los ojos—. Nadie me había hecho nunca un regalo tan especial.

Elijah se inclinó y le besó la coronilla.

—Te mereces cosas hermosas, Margaret Cade. Te mereces un lugar donde puedas escribir, pensar y ser tú misma.

Esa noche, cuando se sentaron a cenar, Elijah sacó otro tema que le había estado rondando la cabeza.

—He estado pensando en el huerto —dijo, cortando el rosbif que había preparado Margaret—. Los manzanos van muy bien, pero tenemos sitio para más. Quizá algunos perales o cerezos.

Margaret alzó la vista con interés.

—Suena maravilloso. ¿Dónde habías pensado plantarlos?

—La ladera detrás del jardín tiene buen drenaje y mucho sol —dijo Elijah—. Pero quería conocer tu opinión antes de encargar los árboles. Ya conoces estas tierras tan bien como yo.

Las palabras de Elijah la llenaron de calidez. No le pedía su opinión solo por cortesía. Valoraba de verdad su criterio, confiaba en lo que ella sabía del rancho que estaban construyendo juntos.

—Creo que es el lugar perfecto —dijo—. Y si plantamos perales, podría hacer conservas y fruta desecada para el invierno. Mi madre tenía una receta de peras especiadas que estaba riquísima.

—Entonces plantaremos perales —dijo Elijah con decisión—. Y quizá también algunos cerezos, para Lucy. Le encantan las cerezas.

Lucy aplaudió encantada.

—¿Puedo ayudar a plantarlos, papá? Hoy mamá me ha enseñado a plantar semillas.

—Puedes ayudar en todo —prometió Elijah—. Este es tu hogar también, pequeña. Tu mamá y yo queremos que nos ayudes a convertirlo en el mejor rancho de Wyoming.

Después de que Lucy se acostara esa noche, Margaret y Elijah se sentaron en el salón con una botella de vino que les habían regalado los vecinos por la boda. Era la primera vez desde la boda que tenían una velada para ellos solos, sin trabajo urgente del rancho ni tareas domésticas que les exigieran atención.

Margaret se acurrucó junto a Elijah en el sofá, con la cabeza apoyada en su hombro, invadida por una sensación de plenitud. El

fuego crepitaba en la chimenea y, afuera, se oían los sonidos apacibles del rancho que se preparaba para la noche.

—¿Eres feliz? —preguntó Elijah en voz baja, mientras le acariciaba el pelo con los dedos.

—Más feliz de lo que jamás imaginé —respondió Margaret, y alzó la cabeza para mirarlo—. ¿Y tú?

—Lo soy —dijo, y ella percibió el asombro en su voz—. Durante años, pensé que esto era todo. El trabajo, Lucy y salir adelante cada día. Nunca imaginé que volvería a sentirme así.

—¿Así cómo?

—Como si el futuro fuera algo que esperar con ilusión, y no simplemente algo que soportar.

Margaret se incorporó y lo besó con ternura.

—Tenemos tantas cosas que esperar con ilusión, Elijah. Ver crecer a Lucy, que el huerto dé frutos, quizá otros hijos algún día.

—¿Otros hijos? —Los ojos de Elijah se iluminaron de esperanza.

—Si Dios nos los concede —dijo Margaret, ruborizándose un poco —. Me encantaría darle hermanos a Lucy.

Elijah la estrechó contra sí.

—Te quiero, Margaret Cade. Quiero la vida que estamos construyendo juntos.

—Y yo a ti —susurró ella contra su cuello—. Quiero a nuestra familia, nuestro hogar, nuestro futuro.

Estuvieron hablando hasta bien entrada la noche, compartiendo sueños y planes, riéndose de las últimas ocurrencias de Lucy, ideando mejoras para el rancho. Cuando por fin se acostaron, Margaret se sentía flotar en una nube de felicidad.

A la mañana siguiente, se despertó temprano y fue a su nuevo escritorio. La luz matutina era perfecta, tal como Elijah le había prometido, y sintió la inspiración necesaria para escribir por fin la carta que llevaba días dándole vueltas.

Sacó una hoja del papel fino y mojó la pluma en la tinta. Y comenzó a escribir.

«Mi querida Caroline», empezó. «Espero que esta carta te encuentre bien y feliz en Nueva York. No te escribo para pedirte

perdón, aunque confío en que hayas podido perdonarme, sino para contarte todo lo que ha sucedido desde que me marché».

Escribió durante más de una hora, contándoselo todo a Caroline. El engaño que la había llevado al oeste, cómo se había enamorado de Elijah y de Lucy, los desafíos que habían afrontado y superado. Le habló del regreso y la partida de Helen, de cómo la verdad había salido por fin a la luz, de la boda de verdad en la que se había presentado ante Dios y ante su comunidad siendo ella misma.

«Sé que lo que hice estuvo mal», escribió. «Sé que no tenía derecho a ocupar tu lugar ni a usar tu nombre. Pero no puedo arrepentirme del todo, porque me condujo a la vida que estaba destinada a vivir. He encontrado mi lugar en el mundo, Caroline. He encontrado mi hogar».

Le habló a Caroline del rancho, de la dulzura e inteligencia de Lucy, de la fuerza y la bondad de Elijah. Describió el cielo inmenso y las colinas onduladas, la satisfacción del trabajo duro y la alegría de formar parte de una comunidad.

«No soy la misma mujer que dejó Nueva York», concluyó. «Soy más fuerte, más valiente, más segura de mí misma de lo que jamás fui a tu sombra. Espero que algún día vengas a visitarnos, para que puedas ver la vida que he construido. Pero aunque decidas no hacerlo, quiero que sepas que pienso en ti con cariño y que espero que hayas encontrado tu propio camino hacia la felicidad».

Firmó la carta «Tu hermana, Margaret Cade» y la selló con cuidado.

Más tarde, esa misma mañana, cuando Elijah volvió del establo, Margaret lo esperaba junto a la puerta con la capota puesta y la carta en la mano.

—Tengo que ir al pueblo —dijo—. A enviar una carta.

Elijah miró el sobre que llevaba en la mano y lo comprendió al instante.

—¿Para Caroline?

—Para Caroline —confirmó Margaret—. Ha llegado el momento, Elijah. De cerrar ese capítulo de una vez por todas, con honestidad.

Él asintió y cogió su sombrero.

—Engancharé el carro. Podemos ir todos juntos al pueblo y aprovechar el día.

El viaje al pueblo fue agradable; Lucy no paraba de charlar entusiasmada sobre todo lo que veía por el camino. En la oficina de correos, Margaret entregó la carta y el dinero del franqueo, y sintió que se quitaba un peso de encima que llevaba arrastrando durante meses.

—¿Crees que responderá? —preguntó Elijah mientras volvían al carro.

—No lo sé —dijo Margaret con franqueza—. Pero no importa. Lo que importa es que le dije la verdad, toda la verdad. Lo que pase ahora depende de ella.

De camino a casa, Margaret se sintió más ligera de lo que se había sentido en meses. La carta ya estaba enviada, la verdad ya estaba dicha, y podía seguir adelante sin secretos que la separaran de la vida que había elegido.

Esa noche, tomó todas las demás cartas que había escrito a Caroline a lo largo de esos meses, las que nunca había enviado, y las llevó a la estufa de la cocina. Elijah la observó mientras las echaba al fuego una por una, viendo cómo las páginas se retorcían, se ennegrecían y se convertían en ceniza.

—¿Estás segura? —preguntó él en voz baja.

—Estoy segura —dijo Margaret, dejando caer la última carta en las llamas—. Esas cartas eran de una mujer asustada, insegura, que ocultaba su verdadera identidad. Ya no las necesito.

Mientras el último papel ardía hasta quedar reducido a cenizas, Margaret sintió que desaparecía la última pieza de su antigua vida. La chica asustada que había subido a un tren en lugar de Caroline se había ido para siempre. En su lugar estaba Margaret Cade, esposa, madre y compañera, segura de su lugar en el mundo y preparada para lo que el futuro le deparase.

Se apartó de la estufa y se refugió en los brazos de Elijah, que la esperaba, y juntos contemplaron por la ventana cómo el sol se ponía sobre las colinas que ahora eran de verdad su hogar.

CAPÍTULO 20



Habían pasado tres semanas desde que Margaret envió su carta a Caroline, y el otoño se había asentado en las colinas de Wyoming. Las mañanas eran frescas, con escarcha que brillaba sobre la hierba hasta que el sol ascendía lo bastante para derretirla. Los álamos de Virginia a lo largo del arroyo se habían teñido de dorado, y los bosquecillos de álamos temblones en las laderas distantes resplandecían amarillos contra el cielo azul claro.

Margaret se despertó con el sonido de los pies descalzos de Lucy correteando por el suelo, seguido de una actividad frenética fuera de la puerta del dormitorio. Sonrió y se acurrucó más cerca del calor de Elijah, contenta de escuchar a su hija planear emocionada la sorpresa que estuviera tramando.

—¡Mamá! ¡Papá! —llamó Lucy a través de la puerta—. ¡Tengo algo especial para vosotros!

Margaret se incorporó y cogió su bata. A su lado, Elijah se desperezó y se pasó una mano por el cabello oscuro, ya sonriendo ante el entusiasmo de Lucy.

—¿Qué hora es? —preguntó él, entornando los ojos ante la pálida luz que entraba por las ventanas.

—Tan temprano que Lucy ya lleva un rato despierta planeando algo —dijo Margaret, atándose la bata a la cintura—. Ya sabes cómo

se pone cuando tiene una idea.

Encontraron a Lucy en la cocina, dando saltitos de pura emoción. Era evidente que llevaba despierta un buen rato, porque el fuego ya estaba encendido y había puesto la mesa para el desayuno. Pero no era la vajilla azul y blanca de todos los días. En su lugar, había dispuesto con cuidado la porcelana buena, con la cubertería de plata y las servilletas de tela que solo aparecían en ocasiones especiales.

Y en el lugar de Margaret, había algo completamente distinto.

Lucy había tejido una corona con las últimas flores del otoño: vara de oro, ásteres morados y las últimas rosas de la pradera. La corona estaba cuidadosamente trenzada con tallos de trigo de sus propios campos, creando algo a la vez delicado y rústico, hermoso y propio de aquella tierra.

—¡Es el Día de la Reina! —anunció Lucy, dando una palmada—. Decidí que necesitábamos un Día de la Reina, ¡y tú eres la reina, mamá!

Margaret se arrodilló para ponerse a la altura de Lucy, conmovida por la creatividad y el detalle de la niña.

—¿El Día de la Reina? ¿Qué es eso, cariño?

—Es un día en el que celebramos que eres la reina de nuestra familia —explicó Lucy con seriedad—. La señora Simmonds me contó que en Inglaterra tienen una reina, y todos la celebran en días especiales. Pero yo creo que tú eres mejor que cualquier reina de Inglaterra, porque tú eres nuestra reina.

A Margaret se le humedecieron los ojos.

—Lucy, esta es la corona más hermosa que he visto en mi vida.

—¡Póntela! —insistió Lucy—. ¡Las reinas tienen que llevar sus coronas!

Margaret levantó la corona de flores y se la colocó con cuidado en la cabeza. Las flores aún conservaban rastros del rocío de la mañana, y olían a sol y a la dulzura silvestre de la pradera.

—¿Cómo me veo? —le preguntó a Elijah, que observaba la escena con evidente emoción.

—Como una reina —dijo él en voz baja—. Como la reina de todo lo que importa.

Lucy volvió a aplaudir, encantada con sus reacciones.

—Y tenemos que desayunar algo especial, porque las reinas comen comida especial.

Y efectivamente había preparado algo especial. Además de los huevos con beicon de siempre, Lucy había dispuesto con esmero rodajas de las últimas manzanas buenas de su árbol dibujando un patrón en un plato, y había intentado hacer algo parecido a un pastel, aunque estaba bastante torcido y ligeramente quemado por los bordes.

—Intenté hacer un pastel de reina —dijo Lucy, de pronto cohibida por su intento culinario—. No salió exactamente bien. La señora Simmonds me contó que la reina puso de moda en Inglaterra comer una porción de bizcocho con el té de la tarde. Eso es el almuerzo para nosotros. El pastel se llama Bizcocho Victoria, en honor a la Reina Victoria de Gran Bretaña. ¿Ves? Como a la Reina Victoria le gusta tanto este pastel, la gente que lo come en Londres le puso su nombre. Eh, Inglaterra. Gran Bretaña, quizá.

—Es perfecto —dijo Margaret con firmeza, estrechando a Lucy en un abrazo—. El pastel de reina más perfecto que se haya hecho nunca.

Desayunaron como la realeza, con Lucy sirviendo a Margaret con ceremonia exagerada e insistiendo en que las reinas no debían servirse su propio café. Elijah siguió el juego, dirigiéndose a Margaret como «Su Majestad» y preguntándole a Lucy qué otras tradiciones reales debían observar.

—Bueno —dijo Lucy, pensativa—, creo que las reinas también deberían recibir regalos especiales.

—Creo que esta corona y este desayuno son los regalos más especiales que podría pedir —dijo Margaret.

Pero Elijah miraba a Lucy con una expresión que sugería que habían estado planeando algo juntos.

—En realidad —dijo él lentamente—, puede que haya una cosa más.

Lucy dio un brinco en su silla.

—¿Podemos enseñárselo ahora, papá? ¿Podemos?

—¿Enseñarme qué? —preguntó Margaret, curiosa.

—Está fuera —dijo Elijah, poniéndose de pie y ofreciéndole el brazo a Margaret—. ¿Le gustaría a Su Majestad dar un paseo?

Aún con su corona de flores y su bata, Margaret dejó que Elijah y Lucy la condujeran fuera de la casa y a través del patio. El aire de la mañana era fresco y limpio, cargado con el aroma del humo de leña de su chimenea y el olor terroso del otoño.

Caminaron hacia la verja de entrada, la misma verja por la que Margaret había pasado innumerables veces desde que llegó al rancho. Pero ahora algo era diferente. Donde antes los postes de madera habían sido sencillos y desgastados por la intemperie, uno de ellos lucía ahora una talla reciente, con las letras grabadas profunda y suavemente en la madera.

—M. Cade —leyó Margaret en voz alta, con la voz entrecortada por la emoción.

Las letras estaban bellamente talladas, cada una cuidadosamente formada y pulida. Debajo, en un tamaño más pequeño, Elijah había añadido «Est. 1875», y más abajo, con el mismo esmero, «Hogar».

Margaret extendió la mano para tocar la madera tallada, trazando las letras de su nombre con dedos temblorosos. Su nombre real. Su nombre de casada. Su nombre elegido.

—Quería que el nombre de nuestra familia estuviera marcado en la verja —dijo Elijah en voz baja, con la voz ronca por la emoción—. El de él y el de ella, el mío y el tuyo. Para que nadie olvide nunca quién pertenece aquí.

—Y para que todos sepan que este es el rancho Cade —añadió Lucy con aire de importancia—. Y que es nuestro hogar.

Margaret no pudo hablar durante un momento. La sencilla talla representaba todo lo que siempre había deseado pero nunca se había atrevido a esperar. Un lugar al que pertenecía. Un nombre que era verdaderamente suyo. Un hogar que siempre la acogería.

—Gracias —susurró, girándose hacia Elijah con lágrimas rodándole por las mejillas—. Es perfecto. Es absolutamente perfecto.

—¿Lloras porque estás feliz o porque estás triste? —preguntó Lucy, preocupada de pronto.

—Feliz —dijo Margaret, arrodillándose para abrazar a la niña—. Más feliz de lo que he sido nunca en toda mi vida.

Pasaron la mañana celebrando el Día de la Reina: Lucy inventaba nuevas tradiciones reales y Elijah trataba todo el asunto con la seriedad que merecía. Margaret llevaba su corona de flores mientras hacía las tareas domésticas, sintiéndose a la vez tonta y profundamente amada.

Después del almuerzo, mientras Lucy recogía piedras bonitas junto al arroyo para algún proyecto nuevo, Margaret y Elijah se sentaron juntos en el porche delantero. Margaret remendaba uno de los vestidos de Lucy, y Elijah trabajaba en un arnés de cuero que necesitaba reparación.

—Elijah —dijo Margaret de repente, dejando la costura—. ¿Alguna vez piensas en tener más hijos?

Elijah detuvo las manos sobre el cuero. La miró con sorpresa y algo que bien podría ser esperanza.

—¿Tú sí?

—Sí —dijo Margaret, ruborizándose—. Quiero tanto a Lucy, y creo que sería una hermana mayor maravillosa. Pienso en cómo sería tener un bebé que fuera nuestro desde el principio. Un niño que creciera sabiendo que pertenece aquí, sabiendo que lo quieren y lo aman.

—Yo también he pensado en ello —admitió Elijah—. Más de lo que probablemente debería, teniendo en cuenta que solo llevamos unas semanas verdaderamente casados.

Margaret sonrió.

—Tenemos tiempo. Pero quería que supieras que, cuando llegue el momento, si Dios nos bendice de esa manera, seré muy feliz.

—¿Querrías más hijos? ¿Aun con todo el trabajo y las preocupaciones que conllevan?

—Precisamente por todo el trabajo y las preocupaciones —dijo Margaret con firmeza—. Quiero criar hijos que sepan que son amados. Quiero enseñarles a cultivar un huerto, a cuidar animales y a leer buenos libros. Quiero verlos crecer aquí, en esta tierra, en este hogar que estamos construyendo juntos.

Elijah alargó la mano y tomó la de ella, entrelazando los dedos.

—Te quiero, Margaret Cade.

—Y yo a ti.

Permanecieron sentados en un silencio apacible, observando a Lucy jugar junto al arroyo y escuchando los sonidos tranquilos del rancho. El ganado mugía a lo lejos, y en algún lugar un halcón chillaba mientras trazaba círculos en lo alto.

Según avanzaba la tarde, Margaret no dejaba de mirar el poste tallado de la entrada, todavía sin poder creer que su nombre estuviera allí, permanente y orgulloso, a la vista de todos. Ya no era Margaret Dalton, la hermana ignorada que vivía a la sombra de otra persona. Era Margaret Cade, esposa y madre, compañera en la construcción de algo duradero y bueno.

Esa noche, cuando se sentaron a cenar, Lucy levantó la vista del plato con la expresión seria que ponía cuando pensaba en asuntos importantes.

—Mamá —dijo—, ¿tendremos otro bebé algún día?

Margaret casi se atragantó con el agua. Miró a Elijah, que intentaba ocultar una sonrisa tras la servilleta.

—¿Y eso por qué lo preguntas, cariño? —logró decir Margaret.

—Bueno —dijo Lucy con naturalidad—, la señora Simmonds tiene tres hijos, y la señora Henderson tiene cuatro. Y todos parecen muy contentos. Solo me preguntaba si algún día podría tener un hermanito o una hermanita.

Margaret notó que le ardían las mejillas, pero también sintió una cálida oleada de felicidad ante la inocente pregunta de Lucy.

—¿Te gustaría tener un hermano o una hermana?

—Oh, sí —dijo Lucy de inmediato—. Creo que sería muy buena hermana mayor. Podría enseñarles cosas, como dar de comer a las gallinas y hacer coronas de flores. Y podría ayudarte a cuidarlos.

Elijah y Margaret intercambiaron miradas tiernas y esperanzadas por encima de la mesa. El futuro se extendía ante ellos, lleno de posibilidades que apenas empezaban a imaginar.

—Si Dios nos bendice con más hijos —dijo Margaret con cautela —, sé que serías la mejor hermana mayor de todo Wyoming.

—De toda América —declaró Lucy orgullosa.

Después de cenar y de acostar a Lucy con su muñeca y un cuento, Margaret y Elijah caminaron hasta la cerca que bordeaba el pasto del este. El sol se ponía, tiñendo el cielo de brillantes tonos

naranjas, rosas y púrpuras. Las montañas a lo lejos parecían sombras violáceas contra el cielo encendido, y las primeras estrellas comenzaban a asomar.

Elijah le rodeó la cintura con el brazo, y ella se recostó en su calidez, sintiéndose plenamente feliz. Hacía rato que había dejado la corona de flores, pero aún percibía el tenue aroma de las rosas silvestres en el cabello.

—¿Eres feliz? —preguntó Elijah en voz baja, la misma pregunta que le había hecho en su noche de bodas.

—Estoy en casa —respondió Margaret con sencillez—. Por primera vez en mi vida, estoy completa y absolutamente en casa.

—Yo también —dijo Elijah, atrayéndola hacia sí—. Tú convertiste este lugar en un hogar, Margaret. Tú y Lucy sois todo lo que importa.

Permanecieron juntos mientras el sol desaparecía tras las montañas y las estrellas iban poblando el cielo. A su alrededor, el rancho se sumía en la quietud nocturna. El ganado descansaba ya para pasar la noche, los caballos estaban tranquilos en sus cuadras, y la casa a sus espaldas brillaba con la cálida luz de las lámparas.

A lo lejos, Margaret distinguía el poste de la entrada con su nombre tallado, una declaración permanente de que pertenecía allí. Aquella era su tierra, su hogar, su familia. Ya no huía de nada ni fingía ser otra persona.

Estaba exactamente donde debía estar.

—Te quiero —le susurró a Elijah mientras los primeros coyotes entonaban su canto nocturno.

—Y yo a ti, señora Cade —susurró él.

Sobre ellos, el vasto cielo de Wyoming se extendía de horizonte a horizonte, cuajado de más estrellas de las que Margaret jamás hubiera imaginado. La tierra que los rodeaba era salvaje, hermosa y desafiante, pero era suya. Afrontarían juntos lo que viniera, ya fueran inviernos duros, cosechas difíciles o la alegría de hijos aún por nacer.

Margaret había encontrado por fin su lugar en el mundo. Había encontrado su hogar, su amor, su familia, su nombre tallado con

orgullo en la madera para que todos lo vieran. Se había encontrado a sí misma.

Y mientras las estrellas giraban sobre sus cabezas y el viento nocturno susurraba entre la hierba, Margaret Cade supo que, al fin, plena y para siempre, estaba donde pertenecía.

OTROS TÍTULOS DE MAISIE SUMMERFIELD

Consigue gratis este fantástico libro de Maisie y conviértete en un superhombre

Amar a un desconocido